



LA FUGA

*22 de mayo de 1938. Penal de San Cristóbal.
Algo está a punto de suceder.*

CARMEN DOMINGO





LA FUGA

22 de mayo de 1968. Penal de San Cristóbal.

Algo está a punto de suceder.

CARMEN DOMINGO



LA FUGA

Carmen Domingo



Primera edición: abril 2011

© Carmen Domingo, 2011

© Ediciones B, S.A., 2011

Concell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-666-4862-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados;
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan. [...]
Ser libre es una cosa que sólo un hombre sabe:
sólo el hombre que advierto dentro de esa mazmorra como si yo estuviera.

Miguel Hernández, *Las cárceles*

La fuga narra un hecho real sucedido en Pamplona, en el Fuerte de San Cristóbal, en 1938, y todos los nombres de presos incluidos en ella son, por tanto, reales. Sin embargo, en su mayoría, sus historias son inventadas para poder facilitar la ficción de unas situaciones que no son comprobables. Mantener los nombres de todos ellos ha sido un ejercicio voluntario como homenaje a todos los presos que vivieron, sufrieron y, en algún caso, murieron entre esos muros. A todos ellos va dedicada, con todo mi cariño y admiración, esta novela. Con la esperanza de que nunca más vuelvan a suceder cosas parecidas.

Este libro no sería el que es sin la ayuda, la paciencia y los consejos de Iñaki Alforja, a mi juicio una de las personas que más ha luchado por explicar todo lo acontecido el 22 de mayo de 1938 en el Fuerte de San Cristóbal.

Contenido

Monte Ezkaba. Fuerte de San Cristóbal Pamplona, 1938

Nota oficial. La evasión de los presos de Pamplona

1. Tarde del 21 de mayo de 1938, Fuerte de San Cristóbal
2. Noche del 21 de mayo de 1938
3. Madrugada del 22 de mayo de 1938
4. 7 de la mañana del 22 de mayo de 1938
5. 8 de la mañana del 22 de mayo de 1938
6. Mediodía del 22 de mayo de 1938
7. 7 de la tarde del 22 de mayo de 1938

Monte Ezkaba. Fuerte de San Cristóbal 22 de mayo de 1938 La fuga

HIMNO DE LA FUGA

1. 8 de la tarde del 22 de mayo de 1938
2. 8.20 de la tarde del 22 de mayo de 1938
3. 9 de la noche del 22 de mayo de 1938
4. 8.50 de la tarde del 22 de mayo de 1938, Pamplona
5. 11 de la noche del 22 de mayo de 1938
6. Avanza la noche del 22 de mayo de 1938
7. Madrugada del 23 de mayo de 1938, patio del penal

Epílogo. 14 días después, Roncesvalles

Evadidos

Notas

Monte Ezkaba
Fuerte de San Cristóbal

Pamplona, 1938

Nota oficial

La evasión de los presos de Pamplona

La prensa francesa a sueldo de los rojos, con motivo de la evasión del Fuerte de Pamplona de una cuarta parte del número de presos allí detenidos, que aprovecharon la benevolencia de los guardianes para dar muerte a uno de ellos y tumultuariamente se echaron al campo, se dedica a forjar fantásticas novelas de difamación contra la España nacional. De los presos fugados una gran parte se presentaron enseguida, reintegrándose al fuerte; otra muy importante fue capturada por las fuerzas encargadas de su persecución, siendo muertos en el encuentro una parte de los que se enfrentaron con las fuerzas de seguridad. Los jueces trabajan activamente para esclarecer la ayuda de armas pasadas por la frontera con destino a los presos fugados, así como para aclarar las actividades de súbditos franceses que en días anteriores parecían haber visitado los caseríos cercanos al fuerte.

Diario de Navarra, 17 de junio de 1938

Tarde del 21 de mayo de 1938, Fuerte de San Cristóbal

—Mañana salimos —dijo Leopoldo Pico con seguridad, pero sin levantar la voz, y apuró con una última calada rápida el cigarrillo antes de quemarse los labios.

—¿Mañana? —preguntó Julián Ortega sorprendido, y se giró para mirar a su amigo Juanito Iglesias, quien por toda respuesta levantó los hombros en señal de extrañeza.

—Pero si ha estado todo el día lloviendo a cántaros... —apuntó Daniel Elorza nervioso, quien, a la vista del tiempo que hacía, supuso que habrían cambiado los planes.

El clima no acompañaba, y aunque oficialmente la primavera había empezado, parecía que ésta no llegaba a Pamplona. En el monte apenas si habían brotado las primeras flores, y por más que los tímidos rayos de sol empezaban a reflejarse en los charcos de agua que se habían acumulado tras las lluvias y los primeros deshielos, en Ezkaba, por las noches, aún arreciaba el frío. Las temperaturas nocturnas no debían pasar de los cinco grados y sin alimentos ni abrigo parecía una difícil aventura intentar cruzar a pie los casi cuarenta kilómetros campo a través que habían calculado que los separaban de Francia. Con toda seguridad el frío y la humedad calarían sus huesos y en esas condiciones no lograrían alcanzar la frontera.

—Seguro que el Ulzama estará de crecida —comentó Julián queriendo quemar un último cartucho, a sabiendas de que una vez que Pico tomaba una decisión, no era fácil que la modificara.

Julián Ortega había conocido a Leopoldo Pico poco después de su traslado al fuerte. Era joven, estaba solo, desorientado, y Pico fue para él la figura de Ignacio, el hermano que había perdido semanas antes frente a un pelotón de fusilamiento junto a su mejor amigo. Unos años mayor que él, tenía unas férreas convicciones por las que era capaz de dar su vida, para él lo primero era el bien de todos y por todos luchaba... Leopoldo era la viva imagen de ese hermano mayor que había sido el presidente del Comité de Huelga de su pueblo, Bernardos, que pensaba más en la defensa de los jornaleros que en su propia

vida y pagó con ella. En Leopoldo había algo de Ignacio.

El 18 de julio Julián, como todas las tardes después de acabar el jornal, se encontraba tomándose un café en la taberna de un buen amigo suyo, Dimas. Allí fue donde se enteraron del pronunciamiento militar de boca de unos muchachos que subían corriendo por la calle Mayor. Poco tardaron en sumarse al llamamiento de ayuda que el gobierno de la República había hecho a los ciudadanos para que salieran a la calle a defender la legitimidad. De sobras sabía Julián, por las charlas que había oído en la Casa del Pueblo, lo que les pasaría si los militares se hacían con el poder en España.

De inmediato, sus amigos y él se armaron con lo que pudieron; unos con hoces, otros con escopetas, los más con las garietas que utilizaban en la labranza... no era el armamento idóneo para entrar en una lucha, pero les pareció suficiente. Enseguida cortaron las vías del ferrocarril y la carretera e impidieron la salida al coche de línea. De poco les valió su rápida reacción. A los dos días, un pequeño destacamento del ejército se les echó encima y rodeó el pueblo antes de que pudieran reaccionar. Por más que se escondieron en el monte todos acabaron detenidos a las pocas horas, y encerrados en una cárcel provisional en el pueblo.

Tras la detención los llevaron a Segovia, al Hospital de Asilo que habían habilitado como cárcel para que cupieran todos. Allí mismo les hicieron un consejo de guerra en el que a unos los sentenciaron a muerte y fueron fusilados ese mismo día, y a otros los condenaron a treinta años.

Los dos abogados de oficio que fueron encargados de los procesos de todos ellos iban de un lado a otro sin poder siquiera asistir a todos los juicios, ni muchísimo menos hablar con los que se suponía que eran sus defendidos. Julián se dio cuenta enseguida de que morir o ir a la cárcel dependía de algo tan trivial como si tenías la suerte de que el letrado asignado llegara con tiempo suficiente para entrar en lo que con prisas habían habilitado como sala para los juicios o si la suerte se cebaba con uno, y aparecía justo en el momento de escuchar la sentencia.

—Treinta años y al furgón con los que van a San Cristóbal —dijo el juez después de leer los cargos y escuchar a su abogado leer un papel en el que estaba su pulgar estampado como firma, al final de un texto en el que aparecía su nombre y una declaración que él no había realizado, pero en la que se confesaba

culpable de apoyo a la rebelión.

Julián tuvo suerte y lo enviaron a San Cristóbal. Dimas no tuvo tanta y se quedó en Segovia para siempre en una fosa común, junto a su hermano Ignacio, fusilado horas antes. Viajó acompañado. Cuando llegó al penal procedente de su pequeño pueblo segoviano lo hizo junto a cuarenta y un vecinos más del municipio de Bernardos. Cuarenta y uno condenados a treinta años de prisión de sesenta y tres detenidos en total. Al entrar en el fuerte, como equipaje tan sólo llevaba una cuartilla y un lápiz que le había dado un preso horas antes de ser fusilado.

—Ten, si un día te llaman de madrugada, al menos podrás escribir un último mensaje para tu familia.

—Pero... si yo no sé escribir —le dijo disimulando la vergüenza.

—No te preocupes, chaval, si lo necesitas, alguien lo escribirá por ti allá donde estés.

En seguida Pico le quitó de la cabeza las ideas derrotistas con las que entró en San Cristóbal, igual que hubiera hecho su hermano Ignacio, de estar vivo. Le sembró el espíritu de confianza por un futuro en el que de nuevo recuperarían lo perdido, que volvería a su casa, a su pueblo, con su gente. A partir de ese momento Julián, no tuvo duda, seguiría a Leopoldo adonde éste dijese. La capacidad de liderazgo y la seguridad que transmitía Pico al plantear todas las reivindicaciones y todos los planes no dejaba hueco para los dubitativos. Y él, ahora ya lo tenía claro, no pensaba volver a dudar o desfallecer nunca más. Por eso se arrepintió, casi al mismo tiempo que hacía el comentario, de querer convencer a Leopoldo de cambiar la fecha de la fuga.

—¡Mañana! Ya hemos tenido que aplazarla una vez y no pienso hacerlo una segunda —contestó con autoridad Pico mirando a sus compañeros y manteniendo la mirada fija unos segundos en cada uno de ellos. No era la primera vez que se ponía al mando de un grupo de hombres y sabía que, para lograr que no hubiera fisuras, no podía notarse en su voz ni sombra de duda.

—Hombre, Leopoldo... Aquel día decidimos entre todos que era mejor esperar; pensábamos que el ejército se quedaría en la zona del Ebro, que ganaría terreno a los golpistas y que acabarían subiendo a Pamplona —apuntó Daniel, dudando si seguir o no su argumentación, a sabiendas de que Pico era un hombre de una gran determinación. Y en esta ocasión no parecía que Leopoldo, ni por

asomo, se hubiera planteado variar el plan.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? El ejército republicano no sólo no logró avanzar según lo previsto, sino que además perdió algún que otro pueblo y según nos han contado han muerto cientos de camaradas asesinados en las últimas batallas —replicó Pico algo airado—. Y nosotros aquí seguimos, muertos de asco y sin ayudar a la República. ¿Quién va a ser el guapo que me diga ahora que la humedad y el barro van a impedirnos mañana caminar por el monte hacia Francia...? Parecéis señoritas asustadas. ¿A quién le importa un poco de fango y de agua? ¿Es que no os acordáis de por qué estamos aquí? ¿De cómo nos están haciendo vivir? ¿De cómo nos tratan? ¿De los camaradas que salen por la noche y a los que no volvemos a ver? ¿No pensáis en vuestras mujeres, en vuestros hijos, en vuestras madres? Si no hacemos algo pronto moriremos todos de hambre. Y entonces sí, se acabó. ¿Es eso lo que queréis? ¿Que España se quede en manos de esa gentuza que no respeta ni unas elecciones? Todavía queda guerra en la que luchar y vosotros aquí quejándoos como muchachas indefensas.

Se cruzaron las miradas y bajaron la cabeza avergonzados. Todos habían llegado a San Cristóbal después de pasar por otros penales y sabían bien lo dura que era la vida en prisión y lo que les estaban haciendo pasar los franquistas a los republicanos. No hacía falta que nadie se lo recordara, todos tenían experiencias. Todos tenían un muerto, un herido o un desaparecido en la familia. Pero nunca imaginaron llegar a los extremos en que vivían, parecía como si, literalmente, hubieran decidido matarlos de hambre para así eliminar un problema. Era increíble que los mantuvieran de este modo, cuando lo más fácil hubiera sido un tiro a cada uno y a la cuneta.

—Seguiremos el plan previsto y no se hable más. —Pico continuó hablando con arresto, con la autoridad que confiere el haber estado a punto de perder la vida en más de una ocasión por defender sus ideales, con la seguridad de que escaparse del penal era lo único que podían hacer para seguir luchando por su vida.

—Pero al menos aquí estamos vivos... —se atrevió a apuntar tímidamente Daniel, mientras se metía las manos en los bolsillos para evitar morderse las uñas y que se notara su nerviosismo.

Daniel había llegado al fuerte casi al mismo tiempo que los demás, un año atrás, pero no del mismo modo. Mientras sus compañeros vivieron el golpe de

Estado en sus localidades de origen y todos eran de procedencia humilde, afiliados a sindicatos, a agrupaciones de trabajadores o a partidos políticos de izquierdas, él no tuvo plena conciencia de lo que de verdad pasaba en el país hasta comenzar la guerra. Sí que era verdad que le preocupaba el ambiente que se vivía en las calles, lo que suponía un nuevo régimen, los cambios constitucionales... pero hasta ese momento la política que había vivido era de salón. En la tertulia de un bar que había cerca de la universidad se juntaban estudiantes exaltados a opinar de esto y de aquello, se enfrentaban con gritos y arengas a los falangistas de las mesas de delante. Pero la mayoría de los universitarios eran de familias acomodadas y no conocían la triste realidad que se estaba viviendo en España más que de oídas.

Daniel el 18 de julio del 36 estaba en Madrid. Había ido a estudiar Ciencias Químicas a la capital, a la facultad de la calle San Bernardo. La mala fortuna quiso que en su misma pensión viviera un militar, un comandante de fragata retirado voluntariamente el 12 de abril del 31, fecha en la que las elecciones municipales daban el triunfo a la República. Él tenía claro que no quería servir al nuevo régimen y pidió el retiro voluntario. Fue este mismo vecino quien presumió con todo aquel con el que se cruzaba de lo que se avecinaba. De que no tardaría en llegar una acción sorpresa de los militares que, como él, estaban descontentos y que eso ayudaría a encauzar España de nuevo. Que sus compañeros de armas, más tarde que temprano, se dejarían de milongas de frentes populares, de reformas agrarias, de constituciones laicas y de derechos de los trabajadores y tomarían las riendas.

En mala hora se le ocurrió replicar a Daniel, explicando lo que de verdad pensaba sobre la falta de lealtad que supondría que unos militares no apoyaran a la República que los había mantenido en los cargos que tenían a pesar de saber que eran reacios a ella. A los pocos días del golpe, sin saber qué hacer en Madrid, salió en dirección a Málaga, donde se encontraban sus padres. La mala suerte quiso que se encontrara con su vecino en uno de los controles, y lo detuviera sin dejarle llegar a casa. Y de ahí casi inmediatamente, tras un juicio que le pareció una pantomima, lo enviaron al Fuerte de San Cristóbal. Aunque él no estaba recluido en las brigadas, como sus compañeros, sino en pabellones, justo encima de las oficinas y la dirección, una de las zonas privilegiadas del fuerte reservadas a los universitarios.

Sí, había que luchar, que huir, que salir de aquella ratonera, pero Daniel no había vivido nunca una situación parecida y, aunque tenía el coraje suficiente, no estaba seguro de tener el valor de seguir adelante. Por eso sugirió cambiar la fecha.

—¿Vivos? ¿A qué llamas tú estar vivo? ¿A vivir sin ver la luz del sol? ¿A recibir como único alimento un caldo oscuro que sabe a orines? ¿A salir a enterrar casi todas las mañanas a compañeros nuestros muertos de hambre y enfermedades, cuando no fusilados contra la tapia? ¿A no poder ver ni abrazar a nuestros hijos y esposas? ¿A no poder salir de chatos con los camaradas? ¿A tener sobre nuestras espaldas condenas de treinta años, con poco más de veinte? ¿A eso llamas tú estar vivo? ¿Pero es que no os dais cuenta en lo que se va a convertir esto si no hacemos algo? ¿No os parece suficiente los dos o tres camaradas que mueren a diario? —contestó enfadado Pico apretando los puños con fuerza, conteniendo la rabia que tenía.

—No te enfades, Leopoldo. Me refiero, no sé, a que igual podríamos volver a hablarlo, esperar a un momento mejor, dejar pasar unos días más para que mejorara un poco el tiempo y entonces... —sugirió Daniel con un hilo de voz.

—Entonces ¿qué? Ya lo hemos discutido hasta la saciedad, hemos repetido una y otra vez el plan y sus posibilidades, y no tiene error. El que quiera que se apunte, y el que no que tenga claro que aquí, en el mejor de los casos, le harán un hueco en cualquier momento en uno de los cementerios de los alrededores. Así que ya lo sabéis, a quien no le guste, al menos que se calle, no quiero que llenéis de dudas la cabeza a los demás. No quiero volver a oír hablar de muertos, de dificultades o de lluvias. ¿Me habéis entendido? Ni una sola vez más. Vamos a llegar todos a la frontera, cruzaremos a Francia y luego volveremos a buscar a nuestras familias, y cuando estén a salvo, entonces, seguiremos en la lucha —concluyó airado.

Pico sabía que tenía que mostrarse convencido como el que más de que el plan trazado era perfecto. Todo lo que decidía y proponía era la única solución posible. Sólo así lograría tirar de sus compañeros más indecisos, ya le había pasado antes. No era nueva para él esta situación. Aunque era mejor no pensar en cómo acabó entonces. Leopoldo, cada vez que cerraba los ojos, todavía recordaba la última vez que se encontró rodeado de cuerpos sin vida. Eran los de algunos de los camaradas que, junto a él, habían puesto una carga de explosivos

para evitar que los sublevados entraran en Bilbao. Aquella acción podía haber sido un éxito, estaba todo perfectamente calculado, al minuto, al segundo. Los hombres apostados para tener control del puente e impedir que lo cruzaran, la dinamita que habían traído de las minas, tan pura y abundante que podía destruir una montaña si la colocaban bien, los horarios de los militares... Sólo tenían que dinamitar un simple puente que separaba Vizcaya de Álava. Sólo tirar abajo un maldito puente. Era sencillo, estaba bien planeado, no podía haber error. Pero no fue así, se les olvidó tener en cuenta la ruindad, la mentira, alguien los delató, y cuando fueron a volar el puente de Barambio...

—¡Señores, no se muevan —oyeron que les gritaban tras una tapia—. Hagan cualquier tontería y les reventamos las tapas de los sesos, todo el batallón los está apuntando!

Bajaron los brazos. Se separaron de la dinamita. No pudieron hacer más que seguir las órdenes que les daban, eso o morir sin la satisfacción de, al menos, poder llevarse a alguien por delante. Seguir adelante equivalía a una muerte segura y hubiese sido una locura.

El mundo se había vuelto loco. Tan sólo unas semanas antes celebraban en las calles alborotadas de toda España el triunfo del Frente Popular... luego, apenas seis meses más tarde, la lucha, las primeras bajas y al final la cárcel... la ilusión tan sólo había durado unas semanas. Demasiado bien sabía Leopoldo lo que era la muerte. No necesitaba que nadie se lo recordara. Antonio, Juan, Andrés, Ceferino... los había visto caer uno a uno a su lado sin poder hacer nada. Había tocado sus cuerpos calientes.

—¡Manos en alto y no se muevan! —insistió la voz.

Se quedaron quietos, obedecieron, pero, de pronto, ratatatatá, una ráfaga y luego otra vez y otra y cayeron de un plumazo la mitad de sus amigos.

—¡Cabo! ¿No les he dicho que esperen mis órdenes?

—Lo siento, señor, no sé qué he tocado. Se ha disparado sola. Estas armas hace poco que han llegado nuevas y...

—Pues controle usted, hombre de Dios, no vaya a dispararnos a nosotros. Que no vuelva a ocurrir, que luego sus compañeros actúan como por inercia y no van a dejar ni uno vivo.

—No pierda cuidado, no se repetirá mi sargento.

Así, sin darse ni cuenta, por el simple error de un cabo más joven de la

cuenta e inexperto, murieron seis de los hombres que habían trazado el plan junto a él.

Sí, la mala suerte podía dar al traste con un buen plan, pero ahora tenían que pensar que la suerte estaba de su lado.

—No moriremos. Ninguno de nosotros morirá. Saldremos de ésta y ayudaremos a ganar la guerra —insistió mirándoles uno a uno a los ojos para transmitir confianza, a pesar de que a veces ni él mismo estaba convencido de ello.

Se miraron y bajaron la cabeza. Sabían que Leopoldo tenía razón, no estarían peor de lo que estaban. Si los fascistas no lo habían conseguido, un poco de agua no podía asustarlos. Pero es que además del frío hacía tanto tiempo que no recibían una comida decente que no estaban seguros de que sus famélicos cuerpos acompañaran sus intenciones. Por no hablar de la escasa ropa de abrigo con que contaban.

—Domingo, mañana ya es domingo... parece mentira cómo pasa el tiempo —comentó Julián bajando la voz y metiéndose las manos en los bolsillos intentando entrar en calor.

Se giró para ver quién más estaba en el patio. Vio a un grupo de presos que se hallaban a unos metros de ellos y se acercaban paseando, si prestaban atención podían escucharlos. Casi de forma intuitiva lanzó una mirada de soslayo para advertir a sus compañeros que cambiaran de conversación. Era mejor ser prudente y no levantar la liebre. En sus condiciones, cualquiera podía correr con el chivatazo a un soldado a cambio de un plato de comida caliente o de un par de horas de comunicación en privado con la familia. Era mejor que no se supieran los planes, el que no tenía la información no podía hablar de ella.

—Mantenemos lo que dijimos y no quiero volver a oír hablar del tema. Aprovecharemos la misa de mañana para ultimar detalles —confirmó Leopoldo, y se levantó de la piedra donde estaba sentado para dirigirse con paso firme hacia el otro lado del patio.

En realidad, bien mirado, las lluvias pasadas habían sido una bendición. Esos días, en el patio, los soldados no les obligaban a pasear en columnas de a cinco, como era habitual, y podían hablar a su antojo en grupo resguardándose bajo la estrecha cornisa de la pared.

—Tendremos que avisar a los demás —comentó al fin Juanito Iglesias,

nervioso. Tan nervioso estaba que hasta ese momento ni se atrevió a abrir la boca. Entonces se empezó a frotar las manos una y otra vez, echándose el aliento a ver si conseguía que se le templaran.

Juanito Iglesias no estaba acostumbrado a estos ires y venires. Él trabajaba en la tahona con su padre y nunca se había metido en líos de política. La fatalidad quiso que el 19 de julio estuviera apoyado en la Casa del Pueblo, charlando con un amigo, cuando pasó a su lado un grupo de falangistas y, casi sin dirigirse a ellos, los detuvieron. «Hoy hemos empezado bien la mañana, estos dos rojos al menos ya no podrán darnos problemas», fue el comentario que oyeron cuando los llevaron al calabozo de la Guardia Civil. Allí fue donde conoció a Leopoldo. Juntos se enfrentaron por primera vez al fusilamiento de un compañero de celda y el azar quiso no sólo que se librasen juntos de correr la misma suerte, sino que además los soltaran al poco porque no estaban acusados de nada. Al salir se unió a Pico y acabó participando junto a él en el intento de voladura del puente.

—No nos apresuremos a hablar con nadie, tiempo habrá, tiempo habrá... que el día es muy largo —contestó Leopoldo, y se dirigió hacia donde estaban sentados en el patio Fernando Garrofé y Segundo Marquínez, dos vizcaínos que habían sido juzgados junto a él en Bilbao y que también estaban al tanto del plan. Ellos, más acostumbrados que sus compañeros castellanos al duro clima del norte, a las lluvias y al barro, daban por hecho que no había habido variaciones en los planes y ésa sería su última noche en el penal.

De los casi dos mil quinientos presos que abarrotaban el fuerte ese día, sólo un grupo muy reducido conocía la posibilidad de llevar a cabo una fuga de forma inmediata. Muchos de los que algo conocían ni siquiera sabían cuál era el plan exacto. Se limitaban a contribuir como podían con la información que les tocaba recabar o con los objetos que tenían que tener preparados y estaban pendientes de las señales y comentarios de Leopoldo, líder indiscutible de todos ellos, para cuando llegara el momento.

«Quizá se nos ha ido un poco de las manos la cantidad de gente que lo sabe», pensó Pico, acordándose del traidor que los denunció a la Guardia Civil poco antes de la explosión del puente. Eran otros hombres, era mejor no mezclar historias. Decidió no acercarse a ellos y les hizo una señal desde lejos con la mano confirmando que se seguía el plan previsto.

En total eran veintisiete presos los que en algún momento se habían visto

implicados de forma más o menos directa en los planes que se estaban fraguando de la fuga del día siguiente: ocho de Vitoria, cinco de Valladolid, tres de Segovia, tres de Pamplona y seis más de distintas ciudades españolas. Todos ellos presos políticos, a los que acabaron por unirse dos presos comunes.

Cuando empezó a fraguarse la idea de la fuga, no fue fácil la tarea de decidir quiénes eran los elegidos para participar. Merecérselo se lo merecían todos, pero el plan era demasiado arriesgado para llevarlo adelante sin un control muy estricto de los participantes para así evitar indiscreciones y lograr el éxito. No podían fiarse de nadie, el más inocente podía acabar siendo un soplón. Así, al principio, Leopoldo optó por empezar a comentar lo que maduraba en su cabeza con los compañeros que conocía de otros presidios y con los que tenía más confianza en la brigada. No era cuestión de arriesgarse a que un soplo lo desbaratara todo. Y poco a poco se fue ampliando el número según las necesidades que les iban surgiendo; que si un manitas, que si alguien que pueda dibujar un plano del penal, alguien que conozca a uno de los soldados de reemplazo para poder estar al tanto de las guardias y los días festivos...

«Todos son necesarios», se justificó a sí mismo al darse cuenta de la cantidad de gente que podía dar al traste con la operación, y ladeó la cabeza desechando la idea, mientras se sacudía alguna de las gotas de lluvia que le había caído encima. «Más incluso, deberían saberlo más personas... No abrirán la boca. ¿Qué pasará con el resto si nos vamos unos cuantos? ¿Qué harán con ellos? No podemos dejarlos aquí.»

Leopoldo Pico no destacaba entre sus compañeros por su físico. De mediana altura, y más bien delgado, tenía un cuerpo pequeño y flexible. Lo que lo distinguía del resto era su facilidad para transmitir sus ilusiones y hacer que los demás las vivieran como propias. Con carácter de líder, desde pequeño supo que no podía vivir encerrado ni sometido. El encierro en San Cristóbal no le ayudó a convencerse de lo contrario, sino a desear con todas sus fuerzas ser libre. Era capaz de sobrellevar una introspección austera que ocultara a los demás su incomodidad y su preocupación, y de mostrarse seguro y convencido, sin dejar de pensar ni un segundo en cómo salir de ese agujero. Duro como el acero en sus convicciones, su actitud de mando bastó para irlos convenciendo uno a uno de una idea que, a todas luces, era una locura: había que fugarse.

—Nunca nadie lo ha intentado antes ¿No lo sabíais? —preguntó Daniel.

—¿Y qué? ¿Eso qué tiene que ver con nosotros? —apostilló Rogelio Diz, acercándose al pequeño grupo.

Rogelio Diz llegó al fuerte desde un pueblecito de las Rías Bajas pontevedresas de poco más de tres mil habitantes. En Villajuán vivía con sus padres y su hermano Manuel, un cenetista presidente del Sindicato de Transportes de Marina de Villagarcía de Arosa. Casi el mismo día en que se enteraron del golpe de Estado, su hermano se ocultó en una casa del pueblo y él se lanzó al monte junto a Santiago, un amigo de toda la vida. Escondidos en el bosque veían cómo todas las mañanas falangistas y guardias civiles subían al monte a hacer descargas rutinarias al azar, por si mataban a algún furtivo. Una de esas mañanas Santiago fue el involuntario destinatario de una bala perdida. Entonces, Rogelio decidió regresar a su casa, la aventura había terminado para él. Solo, sin recursos y sin su amigo, poco podía hacer allí. A su casa fue a buscarlo la Guardia Civil. Se enteró entonces de que no eran al azar los disparos, sino que sabían bien que alguno de los vecinos del pueblo estaba allí escondido.

Al llegar al fuerte no conocía a nadie. Esa misma noche, en la brigada, intentando dormir pero sin conseguirlo escuchó un ruido de motor que en días sucesivos se fue repitiendo. Ese motor pertenecía a un camión que apodó «La raposa», era el sonido que avisaba de que iban a llevarse del fuerte a unos cuantos presos al azar para darles matarile en la entrada. Se lo comunicó enseguida a sus compañeros y eso le sirvió como salvoconducto ante ellos. Era de fiar. Y su pericia al distinguir los sonidos de todo tipo le hizo un hueco con los organizadores de la fuga.

Fue él, también, quien entró en contacto con el Manos, un carterista que estaba destinado en la cocina. «Hay que aliviarle el peso a los bolsillos de los ricos, amigo. Todos tenemos que comer.» Toda una declaración de principios que unió en el fuerte a algunos presos políticos con comunes. Por eso mismo luchaban todos.

—Leopoldo tiene razón —dijo entonces Rogelio cambiando a un tono animoso—. Hacer cosas cambia las cosas, no hacer nada deja las cosas como están, y tal como están no podemos seguir porque nos moriremos de hambre y de enfermedades. —Y se giró hacia Leopoldo para hacerle una seña y decirle que se acercara, e insistiera con su argumentación.

—¿Acaso no os acordáis de lo que pasó en las últimas elecciones? Tampoco

antes se había logrado unir a todos los partidos republicanos para luchar contra la derecha que nos ahogaba, y ya veis, las ganamos —insistió Rogelio.

Pico lo miró con cierta melancolía. A él aquellas elecciones lo apartaron definitivamente de su familia, de su mujer, de sus dos hijos. Se fue distanciando poco a poco de ellos porque el partido, los ideales, la lucha, superaron a la familia que acabó por quedarse en un segundo plano, en casa, a la espera, mientras él iba y venía. A Concha, su mujer, le costó entenderlo. Cada vez que salía de casa, se acercaba a la puerta con sus hijos de la mano y le hacía la misma pregunta:

—¿Y qué vamos a hacer nosotros, Leopoldo, si te pasa algo? ¿Qué será de nosotros?

—Tranquila mujer —contestaba siempre—. Aquí no va a pasar nada, esto son cuatro militares descontentos que controlamos en menos que canta un gallo. El Partido Comunista tiene cada vez más afiliados, y están los sindicatos y los otros partidos que también se han movilizado. No podrán con nosotros. Quédate tranquila con los chiquillos, que esto va a acabar en menos tiempo de lo que tardas tú en hacer un guiso. —Y les daba un beso a cada uno antes de salir por la puerta.

Pero Pico no acertó. Pasó y pasó mucho, y muy rápido. Y los cuatro militares acabaron siendo más de los previstos, y los partidos de izquierda no acabaron de organizarse, y él y muchos otros acabaron dando con sus huesos en la cárcel.

«Esta lluvia... esta lluvia... ¿cómo pueden tener miedo a la lluvia?, seguro que mañana no será peor la humedad en el monte que la que hemos tenido hasta ahora en la brigada... No hacen más que perder el tiempo con tonterías en lugar de pensar que mañana es domingo y no debemos cometer ningún error», se dijo con convicción, y optó por cambiar el rumbo en el patio del penal. Fernando, Segundo y Rogelio lo miraron y les hizo una señal para que supieran que se iba a descansar un rato. Prefería quedarse solo en una esquina del patio antes de que tocara bajar de nuevo a la celda y repetirse mentalmente todos los detalles del plan. Ciento veinte pasos para atravesar el patio, setenta de ancho, cinco pasos de separación entre ventanas...

Leopoldo Pico todavía se acordaba del día que llegó al fuerte, junto a diecinueve compañeros. Aterido por el frío invernal, sin poderse ni siquiera frotar las manos, porque las tenía esposadas; estaban en fila esperando que les

dijeran que podían ir pasando uno a uno para anotarlos en el registro de entrada. Instintivamente miró hacia donde había dejado hablando a Segundo Marquínez, Juanito Iglesias y Fernando Garrofé, todos de Vitoria, condenados como él casi el mismo día, ni moverse podían del frío que tenían. Hacía unos meses, entre todos intentaron volar el puente de Barambio, el lugar por donde, supusieron, iban a entrar los franquistas en Vizcaya. Fracasaron en su intento. A unos los pillaron en el mismo puente, a otros fueron a buscarlos los militares a la Casa del Pueblo.

Luego, a algunos de los que estaban implicados fueron a buscarlos y acabaron dando con cada uno de ellos. No se imaginaban que alguien había dado el chivatazo y los tenían controlados, estaban todos juntos, una imprudencia que les costó cara. Los archivos, los carnés, la propaganda... De aquello hacía ya casi diecisiete meses. Desde ese día se acabaron las bromas, los chatos de vino con los camaradas después de una jornada en el sindicato, el bullicio de los hijos, las conversaciones sobre el partido, los mítines, la República, la vida... Dolores... Casi sin darse cuenta se quedó mirando fijamente a un punto.

—Leopoldo, recuerda, más vale morir de pie que vivir de rodillas.

Dolores, La Pasionaria, no podía dejar de pensar en ella, en sus charlas, en sus planes, su decisión. Conocerla supuso para Leopoldo un cambio de aire, un nuevo rumbo. La echaba de menos, pero al mismo tiempo sabía que volvía a pensar en todo menos en estar con su familia, y eso le hacía daño. Al poco, sus ensueños fueron interrumpidos por la visión de unas palabras dibujadas en el trozo de pared debajo de la ventana en que estaba apoyado. Se acercó para ver desde más cerca y leyó:

Julián Gómez Ortega, preso el 14 de noviembre de 1934.

Condenado a muerte.

Decid a mi madre que muero inocente.

Camaradas, seguid luchando.

Pico había oído hablar de él a sus compañeros mineros. No lo conoció. Era de los que habían resistido hasta el final en la mina, pero acabaron apresándolo. Lo rodearon diez hombres en una caseta y no tuvo escapatoria. Muchos otros habían sido detenidos ese día y llevados al fuerte tras la huelga de octubre de

1934, camaradas quizá de ese mismo Julián Gómez Ortega. En aquel momento ni se imaginó que iría a dar con sus huesos a esa misma cárcel y leería sus últimas palabras. «De buena me libré entonces», pensó Leopoldo, que también había participado en el Octubre rojo, aunque en aquella ocasión sólo lo detuvieron unas horas. «De buena me libré.» De inmediato volvió a pensar en aquel 23 de diciembre de 1936. Por la mañana, ya en las celdas preventivas de la prisión de Vitoria, cuando recibieron el aviso de traslado. Los habían sentenciado el 28 de julio y cinco meses después todavía no los habían trasladado de prisión, y ahora no les iban a dejar pasar las navidades cerca de sus familias, se los llevaban a Pamplona. Parecía una broma del destino, pero no. Poco más de ocho horas tardaron desde que los informaron del traslado hasta que llegaron esposados al Penal de San Cristóbal. Ni despedirse pudieron.

Al llegar tuvieron una cálida acogida por parte de sus nuevos compañeros. Un nuevo grupo de presos siempre constituía un gran acontecimiento en la prisión, y aquel día no fue una excepción. Caras nuevas, noticias frescas... y quién sabe si con suerte podían traer entre sus pertenencias un trozo de chorizo o de queso que acabarían compartiendo con alguno de los veteranos del fuerte. Pero los diecinueve compañeros que llegaron con él ese día lo hicieron en peores condiciones de las que se imaginaban los que ya se encontraban en el Fuerte de San Cristóbal. Maltratados, torturados hasta la extenuación para ejemplificar, muertos de hambre, apenas si llegaron con lo puesto.

Nada más entrar, y tras atravesar el portalón del Fuerte de San Cristóbal, fueron conducidos casi a oscuras por una serie de galerías subterráneas a través del rastrillo[1] y de ahí llegaron al patio donde paseaban los presos. Estaba rodeado por tres edificios que lo limitaban: los pabellones de las brigadas primera y segunda, y el tercero en el que se encontraba la enfermería y el economato. Para cerrar el patio y convertirlo en el de una cárcel se construyó un muro de unos cinco metros de altura. Todavía existía un cuarto edificio que ellos no vieron, que estaba situado detrás del muro donde se encontraban las oficinas y viviendas de los carceleros, los soldados y los oficiales.

Al llegar, de inmediato los condujeron a una sala convertida en oficina donde estaba ubicada la Jefatura de Servicios, en la planta baja del edificio de pabellones. Allí los recibieron los funcionarios de prisiones. Con desgana, y sin prisas, les ayudaron a cumplimentar los requisitos imprescindibles para la

admisión en la prisión, los ficharon a todos, les leyeron sus penas y salieron de nuevo al patio. El frío se les metió en los huesos cuando al fin se vieron rodeados por los enormes edificios que más que prisión parecían cuarteles militares. A empujones los hicieron seguir adelante, hasta que entraron por una de las puertas del fondo y empezaron a bajar unas estrechas y oscuras escaleras que daban a un sótano en penumbra cerrado por una reja. La humedad aumentaba con cada escalón. Una humedad que ya no se separaría de ellos ni un solo segundo, y que a muchos provocaría enfermedades que los llevarían a la tumba.

El guardia que iba delante abrió la reja. Ese día, Leopoldo no supo calcular el tamaño que tenía la sala en que los metieron. No se veía nada. Anochecía, y por toda iluminación había una bombilla que le pareció de no más de 25 vatios, y colocada arriba del todo apenas alumbraba el techo. Por los ventanucos de no más de un palmo de alto que había en las paredes apenas si entraba luz en la estancia.

Nada más pasar la reja les hicieron un hueco en la primera nave.

—Debéis de ser de lo mejorcito —dijo con sorna uno de los militares que los custodiaba.

—Sí, con vosotros no ha habido duda. Nos han dicho que os metamos directos en la primera brigada. Debéis de ser unas perlas —apuntó otro.

Fue la primera vez que Leopoldo oyó hablar de las brigadas. Más tarde, con el paso de los días, se enteraría de que había distintas reclusiones en el fuerte, y que también había presos en otros edificios. A unos u otros iban a parar los detenidos tras ser seleccionados dependiendo del delito del que estuvieran acusados o simplemente según su afiliación política. La zona más deshumanizada de todo San Cristóbal estaba situada en el sótano y era la primera brigada, y allí habían ido a parar todos ellos.

La primera brigada era una larga galería compartimentada en espacios abovedados que llamaban naves, una detrás de otra, separadas por un pasillo como eje central, y separadas entre sí por enormes tabiques. En cada nave cabían unos cincuenta hombres estirados en sus jergones apretados unos contra otros. Como única iluminación tenía unas pequeñas ventanas a unos tres metros de altura que quedaban justo a la altura del suelo del patio. Por esas aberturas minúsculas en algún momento del día se colaba tímidamente la claridad del sol.

En las naves no había mesas, ni sillas, ni camas; por no haber no había casi ni aire para respirar, que de tan viciado que estaba parecía humo espeso.

Cuando entró Leopoldo tan sólo se encontró con un jergón, una especie de esterilla estilo saco hecha de hojas de maíz, usada ya por quién sabe cuántos presos y que había ido quedando como seña de su paso por ahí. Por el suelo unas cuantas mantas que tenían que compartir. Mientras lo recordaba, Pico volvió a notar la humedad que rezumaba el suelo procedente de los aljibes y las paredes de esa primera brigada donde conviviría entre piojos y chinches muchos meses. Días después de su llegada, se enteró de que en esa brigada se consumían medio millar de hombres. Como ellos, casi la totalidad de los dos mil quinientos prisioneros que ese 21 de mayo de 1938 abarrotaban el Fuerte de San Cristóbal eran presos políticos, capturados y condenados por los sublevados en los días siguientes al golpe de Estado que desencadenó la guerra civil.

—Repartiros esas mantas y coger cada uno una lata y una cuchara —les dijo con malos modos uno de los guardianes que los acompañaban.

—Aquí no sirven tonterías, hay que cumplir estrictamente el reglamento. No nos hagáis repetirlo si no queréis arrepentiros. Desde hoy se terminan las ideas políticas. Sería lamentable que nos obligarais a repartir leña por indisciplinados. Cuando cualquier funcionario entre en la brigada, todos, sin excepción, os pondréis de pie con la mano en alto, en señal de respeto. Os colocaréis en fila por el pasillo de la misma brigada para cuando se verifiquen los dos recuentos diarios de los penados. Tendréis limpia la nave y bien fregados los retretes y los lavabos —dijo el cabo.

—El agua se os dará cada veinticuatro horas y no durará mucho. Tan pronto como sintáis la corneta, prestad atención para enteraros de la orden que os dicten, y seguidla sin discusión.

—Los domingos hay misa en el patio, a la que, claro está, debéis asistir.

—¡Eso es todo! Ya podéis colocaros por ahí, por donde os plazca, y mucho ojo —concluyó el guardián haciendo sonar un talón contra el otro a modo de saludo al militar al mando que tenía a su lado antes de girarse para salir.

—Ya habéis oído. Ahora ya podéis colocaros donde os plazca. Venga, venga no pongáis esa cara, que aquí no estamos para ir derrochando en comodidades. ¡Vosotros!, hacedles un hueco a éstos —apuntó otro de los militares que los acompañaban, y se giró para salir.

El cerrojo chirrió al mover la llave para cerrar la reja de hierro que les vallaba el paso. Sus compañeros seguían callados. Como él, todavía no habían logrado acomodar sus ojos a la oscuridad reinante y no sabían dónde se encontraban. De fondo, el eco todavía dejaba oír los pasos y las risas de los guardias que se perdían a lo lejos recorriendo el camino andado.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de lo que él suponía una habitación grande y de techo elevado, en su cabeza Leopoldo Pico no dejaba de hacerse preguntas. «¿Dónde nos han metido? ¿Qué harán con nosotros? ¿Qué ocurrirá? ¿Cuándo vamos a encontrarnos con otros compañeros?»

—¡Camaradas! —oyeron que decía alguien a su lado como en un susurro... y se giraron intentando ver de dónde procedía la voz.

Pero esa tarde, todos los recuerdos de su ingreso en el fuerte le resultaban lejanos, casi tanto como su vida, su familia, sus reuniones en la Casa del Pueblo. La seguridad de que lo que iba a pasar al día siguiente cambiaría su vida le impedía lamentarse por lo sucedido. Él no era de éstos.

«¡Adelante, siempre adelante!»

Debía tener la cabeza fresca. Habían estudiado el plan a la perfección. Nada podía fallar. Había motivos más que suficientes para evadirse; otros prisioneros como él habían pasado por ahí y habían tenido peor fortuna. Aquéllos ya no estaban, pero a ellos no les pasaría lo mismo... «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», y así sería, Dolores, así sería.

«¡Adelante, siempre adelante!»

Cuanto más repetía los detalles del plan más se excitaba. Repasaba mentalmente una y otra vez el pequeño plano que había dibujado con todo detalle Ángel Arbulo. El chaval los tenía bien puestos. A todas partes iba con el papel escondido en los pantalones anotando medidas, distancias, hombres... No había posibilidad de error: una reja, la escalera, una puerta, otra puerta, la cocina, el rastrillo, la guarnición, las armas, otra puerta y, por fin... la libertad tras la última reja. Él nunca había pasado más allá del patio y sólo de oídas conocía y recordaba el camino por el que entró aquellas navidades en aquella maldita cárcel. Pero le parecía que tenía el plano grabado en la cabeza de tanto como lo había mirado.

«¡Bendito seas chico!», dijo alzando un poco la voz. «¡Bendito seas!», y apoyó la cabeza en una de las esquinas del patio. Aún tenía una hora para

descansar antes del próximo toque de retreta que anunciaba el recuento de las ocho, justo antes de la cena. Y veinticuatro horas por delante para ultimar los detalles de la fuga. Una fuga que los conduciría a la libertad.

Noche del 21 de mayo de 1938

—¡Saturnino Iriarte! Puedes pasar —gritó desde el fondo del pasillo uno de los funcionarios encargados de repartir destinos.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias —contestó el joven poniéndose de pie con timidez y agarrando la gorra con las manos mientras bajaba la cabeza en señal de agradecimiento y respeto cuando lo tuvo delante.

Saturnino recordaba a su padre cientos de veces haciendo ese gesto cada vez que el patrón se dirigía a él. Bajar la cabeza, no mirar a los ojos, era su forma de agradecer que le diera un trabajo y un techo para criar a sus hijos. Y le pareció apropiado repetirlo en ese momento.

—Has tenido suerte, muchacho, acaban de llegar las nuevas plazas, te incorporas mañana en el fuerte y esta vez cobrando. No te quejarás con veinte años recién cumplidos y lo bien que te van las cosas. Ya verás lo contenta que estará tu madre cuando se lo digas. Firma aquí.

Y Saturnino soltó la gorra con la mano derecha y tras apoyar con fuerza el pulgar en el tampón, lo colocó bajo su fotografía.

Todavía recordaba el agrado con que había recibido la noticia hacía menos de veinticuatro horas. No sólo ya no era un simple soldado de reemplazo, sino que, además, había logrado que se aceptara su solicitud para reengancharse y estaba dentro del ejército. Le parecía que era entrar por la puerta grande y además en la misma Pamplona, a poco más de cincuenta kilómetros de Lerín, su pueblo. ¡Destinado al mismísimo Fuerte de San Cristóbal! Sí, su madre iba a llevarse una alegría de las grandes cuando se enterase. La pobre, viuda desde hacía cinco años, había tenido que trabajar mucho para que su hermano y él pudieran salir adelante. Desde que empezó la guerra vivía asustada, rezando para que no llegara un aviso de incorporación inmediata y obligatoria de cualquiera de ellos dos al frente. Por eso pidió la incorporación voluntaria cuando supo que faltaban hombres en San Cristóbal. Al menos él no tendría que vérselas con nidos de ametralladoras, ni con trincheras, ni cazando desertores. Ahora

cambiarían las cosas, ése era el primer paso para que de una vez cambiara su suerte. Una vez dentro sólo tenía que obedecer órdenes para con el tiempo empezar a subir algunos puestos, y con su sueldo... con su sueldo podría hacer en su casa muchas de las cosas que ahora le parecían un sueño. Arreglar el corral, comprar unas gallinas... y quién sabe si también le daría para hacerse con un cerdo. Con eso tendrían resuelta la comida al menos durante un año.

El día de su alistamiento, recordaba cómo se quedó frente al espejo mirándose fijamente los ojos. Pequeños y hundidos, relucían como cuentas de vidrio negro, tal era la alegría que sentía por su incorporación al penal. Como *Canelo*, su perro, cuando alguien le daba para roer un hueso con algo de carne, acostumbrado a no encontrar nunca nada. Mientras lo recordaba, Saturnino alzó la vista y se quedó quieto mirándose de nuevo, repasando su camisa, sus pantalones, la gorra que se pondría al salir a la calle... Ninguna prenda era nueva, habían sido de su padre, pero todo estaba limpio y recién planchado. Se miró de frente y se atrevió a regalarse una sonrisa. No era de buena educación mirar de frente, había que bajar los ojos. Eso decía su padre, era señal de humildad, pero supuso que si uno se miraba a sí mismo podía hacerlo sin faltar el respeto a nadie. Su rostro, delgado por la falta de comida, dejaba ver unas facciones regulares, y todo hacía pensar que pronto desaparecería de su cara esa pelusilla que delataba su corta edad y acabaría creciéndole un bigote más que decente que le diera mejor porte. Entonces las muchachas del pueblo no dudarían ni un minuto cuando las invitara al baile, estaba seguro. Y luego le saldría una novia, y se casaría, y tendría unos hijos preciosos... Miró la chaqueta que le habían dado para llevar en el servicio, apoyada en el respaldo de la silla, tocó la bandera de España, la nueva, la gualda y amarilla relucía en el hombro. Le gustó cómo quedaba, pero no se atrevió a ponérsela por no arrugarla. Durante el servicio militar llevó la republicana, la roja, amarilla y morada, y también le gustó. En realidad, qué más le daban a él los requetés, los falangistas o los frentepopulistas, él quería trabajar y ayudar a su madre. Luego Dios diría. Que había que decir amén, pues se decía. Que ganaban los sin Cristo, pues ya diría salud camarada, si era eso lo que tocaba, y cambiaría la bandera de su brazo por la tricolor. Ahora debía tener la mejor de las disposiciones antes de incorporarse al Fuerte de San Cristóbal. Los suyos, de momento, eran éstos.

Conseguir que su destino fuera San Cristóbal había sido una suerte. El penal

estaba enclavado en la cima del monte Ezkaba, a pocos kilómetros de Pamplona. Su padre le había contado que empezó a construirse como fortaleza para proteger Pamplona de los carlistas durante el reinado de Alfonso XII y se terminó durante el reinado de su hijo, Alfonso XIII. Sin embargo, no se empezó a utilizar hasta octubre del 34 durante la revuelta minera, aunque en aquella ocasión fue ya como penal. Construido para impedir la entrada, ahora tenía que impedir la salida y a él fueron llegando muchos de los mineros detenidos en Asturias tras la revolución de octubre. En total detuvieron a casi seiscientos hombres, que fueron amnistiados poco después de que ganara el Frente Popular, en cumplimiento de la promesa hecha durante las elecciones. Luego, tras el comienzo de la guerra civil, los primeros detenidos en Pamplona y la comarca fueron llevados a San Cristóbal y muchos de ellos fueron fusilados esos primeros días, sin perder el tiempo en juicios. Había que hacer hueco y aligerar la prisión para los próximos que pudieran venir. No había espacio para tantos detenidos como llegaban. Los sacaban a una cuneta cercana, y los fusilaban los requetés o los falangistas que estaban destinados en el fuerte. Tal como morían los recogían entre unos cuantos e iban enterrándolos por los alrededores, en las curvas de la carretera que bajaba desde el monte Ezkaba hasta Pamplona.

—Le llaman la Ley de Fugas —le había dicho a Saturnino un compañero de reemplazo con quien se encontró el día que lo avisaron de su incorporación—. No sé de qué te extrañas. Me parece que es bastante habitual en estos tiempos que corren, hasta Franco la aprueba. Con tanto rojo suelto algo hay que hacer para tener sitio para todos los que van llegando —concluyó, y Saturnino prefirió no seguir preguntando.

En su familia, le parecía haber oído en algún momento, también había algún «rojo» de ésos y temió que de seguir indagando acabaran preguntándole si tenía algo que ocultar y acabara con sus huesos en el calabozo.

—Tiene razón usted, madre, a veces es mejor no discutir —comentó poco antes de salir en su casa, tras contar la anécdota—. Todo el mundo ha oído cosas, a todo el mundo le han contado algo, pero yo no lo he visto y lo cierto es que a mí me han dicho que en algunos de los partes de defunción pone bien clarito «muerte al fugarse». De modo que está más que justificado que les dispararan, ¿no le parece? ¿Quién les manda fugarse?

—Hijo mío... si tu padre estuviera vivo... Al menos no tendrías que haberte

alistado voluntario.

—No se preocupe por mí, madre —aseguró tranquilo Saturnino.

—Hermano, acuérdate de que alguno de nuestros amigos, incluso el primo Cándido, ha estado allá arriba —apuntó su hermano Julián, quien de momento había evitado alistarse argumentando que era el único miembro de la familia que podía generar ingresos.

—Bueno, bueno, seguro que no es tan complicada la situación como dicen. Ya sabéis que desde que empezó la guerra todo el mundo exagera.

—Tú ándate con cuidado con lo que pueda suceder, que con los tiempos que corren tan pronto entras para vigilar presos como acabas detenido —le comentó su hermano.

—De más lo sé, Julián, pero yo estaré en el penal sin moverme. Hasta allí no llegarán los combates, ni la guerra. Ya veremos qué hay que hacer después si cambian las cosas.

—Ten, llévate este queso y el pan, que al menos tengas algo para entretener el camino —dijo su hermano, y se acercó a él para darle un abrazo de despedida, y Saturnino se giró para dar un beso en la frente a su madre, quien, a su vez, le hizo la señal de la cruz en la frente y le regaló el rosario que siempre llevaba en su faldriquera.

—Dios te bendiga, hijo mío. Rezaré por ti —dijo su madre, y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando lo vio abrir la puerta de la calle para marcharse.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, hijo.

—Pierda cuidado, madre. Padre, allá donde esté, y usted, estarán más que orgullosos de su hijo.

—Cuida de madre, Julio. Cuídala bien. Dios la bendiga, madre.

Al salir al patio desde el edificio donde dormían los soldados el aire le dio en la cara y se abrigó. Hacía frío, pero no como el de los primeros días, aunque mucho más del que había pasado en su pueblo. La nieve había caído abundantemente aquellos días de febrero, cuando se incorporó al Batallón 311. Había arreciado mucho tras la nevada de la mañana y en su primera guardia el frío lo pilló por sorpresa. El frío, recuerda, era demasiado intenso para aguantar en el exterior durante toda la guardia, ni siquiera los presos aprovechaban todas sus horas de patio, porque muchos de ellos no tenían ni una mala chaqueta de paño para resguardarse. Aquellos primeros días fueron para Saturnino Iriarte una

toma de contacto a marchas forzadas con su nueva vida. Los turnos, las guardias, sus nuevos compañeros... También entonces, poco después de llegar al fuerte, fue testigo por primera vez de lo que acabaría siendo una de las rutinas del fuerte en invierno: en San Cristóbal «conservaban» a los muertos.

—Tú, ven conmigo. Ya que eres un recién llegado, agradecerás estar al tanto de las costumbres del fuerte tan rápidamente. Vamos a conservar a un par de presos que han muerto esta noche —gritó un cabo dirigiéndose a él casi sin mirarlo y mostrando una sonrisa socarrona.

—¿Conservar? —preguntó él extrañado.

—Sí, sí —confirmó Roberto, uno de sus compañeros con una expresión burlona mientras le indicaba que cogiera una pala y no siguiera hablando.

De inmediato se dirigieron a las brigadas, señalaron a un par de presos de la primera y sin más también les ordenaron que los acompañaran.

Esa mañana había amanecido con dos muertos en el penal. El médico dijo que por tuberculosis y había que enterrarlos para evitar más infecciones y contagios. Pero hacía días que la nieve impedía que se pudiera salir muchos metros más allá de San Cristóbal y acercarse a cualquier cementerio cercano, así que algo había que hacer con ellos para enterrarlos cuanto antes y evitar que siguieran contagiando...

—Ya podéis coger esas palas vosotros también y acompañarnos a la entrada del fuerte —dijo con tono autoritario Patiño una vez en el patio.

El sargento Patiño había llegado a España desde Sudamérica con la única idea de sumarse a la sublevación. Hijo de emigrantes españoles a Cuba, sus padres se fueron de España en el 32, cuando la República expropió la finca en la que trabajaba su padre como administrador, y siguiendo al rico terrateniente cruzaron el océano. Desde entonces, Álvaro Patiño soñó con regresar al país de donde los obligaron a irse. Poco después de las elecciones del 36 embarcó de regreso, y al llegar, con la guerra recién empezada, se fue directo al frente, donde a los dos días le hirieron en una pierna que a punto estuvo de perder y le quedó casi inútil. Le ascendieron y lo enviaron a un sitio menos peligroso para él. Así llegó destinado al Penal de San Cristóbal. En el fuerte, una vez acomodado a su nuevo rango y asumido su nuevo poder, el sargento Patiño sólo aparecía ante los presos cuando había que dar órdenes. Pequeño y regordete, su cojera había agravado un mal genio que, según algún compañero de regimiento, ya trajo

consigo desde las antiguas colonias. Al poco de llegar, alguno de los presos, o en su defecto algún soldado de reemplazo, ya tenían sobrada experiencia para hablar de su mal carácter.

—Venga, a no entretenerse hablando, que no tenemos todo el día —les azuzó un soldado.

—Vosotros dos —añadió Patiño señalando a Daniel y Julián, los dos presos que los acompañaban— poned a vuestros compañeros en esa carreta, que los sacamos a la puerta. Y rapidito, que no tenemos todo el día y hace un frío que pela.

—Con la helada que ha caído esta noche no podemos llevarlos a Berriozar y, de momento, tendremos que contentarnos con dejarlos aquí cerca enterrados —comentó el cabo.

—No miréis con esas caras. Bastará que hagáis una fosa de un par de palmos, con este tiempo no perdáis cuidado que no se descompondrán los cuerpos —concluyó Patiño, y volvió a entrar en el fuerte.

—Tiempo habrá de enterrarlos. Total, a estos rojos no les hace falta ni cruces, ni lápidas, ni la bendición de un cura. Van todos directos al infierno —comentó con sorna uno de los vigilantes mientras les abría la puerta del penal para que salieran.

—¿Les habéis podido sacar algo? —preguntó el cabo a los vigilantes.

—Nada, ni los zapatos que llevan se podían aprovechar en esta ocasión de lo gastados que estaban —contestó uno de ellos.

—Si es que tenemos la negra. El otro día los soldados que salieron volvieron con un par de chaquetas que se podían revender perfectamente en el mercado negro, pero hoy nada —comentó el otro.

—Vaya que los rojos que nos han tocado no nos sirven ni muertos. Pues estamos apaños —concluyó el cabo.

Hasta ese momento Saturnino no había entendido la orden que estaba dando su compañero, y lo que ahora oía preferiría no entenderlo. Sin tiempo siquiera de hacer algún comentario, vio cómo entre dos presos cogían los cadáveres y unas palas y se dirigían unos metros más allá de la puerta del fuerte. Y los siguió, a él tocaba vigilarlos.

De inmediato, Daniel y Julián empezaron a cavar una fosa que acabaría por tener unos cuarenta centímetros de profundidad por casi dos metros de largo. No

podían hablar. Mientras, los dos se miraban y miraban de reojo a los soldados que habían salido con ellos, que en ese momento hacían un aparte para encenderse unos pitillos.

—Sácalas, sácalas ya —susurró Daniel a Julián, quien, de tan nervioso como estaba, no atinaba ni a meter bien la pala en el suelo.

—Cállate, Daniel, que nos van a oír —contestó apurado Julián metiéndose la mano por dentro del cuello de la camisa.

—Venga, apúrate, que éstos se acaban el cigarrillo ya mismo y no nos dará tiempo de hacerlo.

Y Julián sacó de dentro de su camisa dos botellas con un papel metido dentro y colocó una entre las rodillas de cada uno de sus compañeros muertos.

—Camaradas —dijo Julián en voz baja, pero con solemnidad, cuadrándose y haciendo el gesto militar de saludo—. Al menos cuando os desentierren podrán poner os nombres, procedencia y vuestros familiares sabrán dónde y de qué modo disteis con vuestros huesos en esta tierra.

—Vosotros dos, menos cháchara ¿habéis oído? —dijo uno de los soldados.

—¡Saturnino! —gritó otro—. ¿No estabas tú vigilando a éstos?

—Sí, señor, no se preocupe, ya están acabando —contestó saliendo justo de un par de metros detrás de Julián y Daniel, quienes, sorprendidos por la cercana compañía que no habían visto antes, lo miraron para comprobar si se había dado cuenta del movimiento de las botellas.

—Venga, venga, ¿no habéis oído lo que ha dicho el cabo? Echar tierra ya sobre esos cuerpos antes de que alguien venga, no le guste todo lo que estáis enterrando y tengamos todos un disgusto —les dijo sin levantar mucho la voz y dándoles a entender que, aunque enterado de lo que pasaba, no diría nada de lo que les había visto hacer.

El invierno no entendía de muertos, y encima con las bajas temperaturas aumentaban los fallecimientos. Estaba claro que el mal tiempo no deseaba moverse, ni hablar de llegar a los cementerios de los pueblos cercanos donde normalmente se enterraba a los presos que morían. De modo que, en algún caso, para conservar los cadáveres hasta que se derritiera el hielo exterior y se reblandeciese la tierra, los enterraban en la esquina de la puerta. El frío, la nieve y el hielo se encargaban de conservar casi intactos los cuerpos hasta la llegada de la primavera; entonces sus compañeros salían, custodiados de nuevo, a

enterrarlos. A unos —aquellos cuyas muertes eran más difícilmente achacables a enfermedad, porque tenían una bala— los enterraban en los alrededores del fuerte, bajo tierra, y nunca eran desenterrados; a otros, los de la nieve y el hielo, luego los llevaban al cementerio de Ansoain, o de Beriozar, dos de los pueblos más cercanos. Éstos habían muerto por enfermedad.

Entonces se enteró Saturnino que de noviembre a marzo era cuando se sucedían más muertes en el Fuerte de San Cristóbal. Aquel año a razón de dos o tres por semana. Todas ellas con distintos diagnósticos, comentaba con el orgullo del que inventa historias el requeté García San Miguel, médico del penal. Unos por avitaminosis, otros por tuberculosis, algunos por edema pulmonar... La realidad era que la causa parecía más bien puesta al azar en el informe médico intentando no repetirse, porque lo cierto era que casi ni importaba, al fin y al cabo no daba tiempo de echarlos en falta. Las brigadas seguían llenándose de rojos. La cantidad de prisioneros aumentaba día a día, y con ello las dificultades para mantenerlos a buen recaudo y sanos.

El médico del penal tan sólo debía tener presente una cosa: no se podía hacer un certificado de defunción en el que se leyera muerte por desnutrición. Si no, alguno de esos falangistas que actuaban casi como funcionarios del recién nacido nuevo gobierno, y que de vez en cuando llegaban desde Valladolid para supervisar, podían preguntar qué pasaba con la comida que se enviaba a prisión si los presos morían de hambre. La realidad era que a las carencias alimenticias se sumaba el frío y las pésimas condiciones climáticas para facilitar la acción de la guadaña. Morir en el penal acabó formando parte de la cotidianeidad, e incluso muchos llegaron a pensar que era la mejor, si no la única, forma de acabar para siempre con su situación y las penas de la familia. La mayoría asumió como normal la conversión de la entrada en depósito de cadáveres.

Ahora, tres meses después de su llegada al fuerte, Saturnino se había habituado a los entierros, a las guardias, a las interminables horas a la intemperie solo en la garita, pasando frío, y a las madrugadas que le tocaba vigilar la zona entre la brigada segunda y el patio. Aunque, bien pensado, menos mal que le dieron esta segunda guardia como premio por su buen hacer. Era mejor sitio, no pasaba tanto frío porque podía resguardarse, y de vez en cuando podía hablar con algún compañero que pasaba arriba o abajo, o alternar su ronda con la de otro soldado que habitualmente se encontraba en las garitas del exterior del

edificio. No podía quejarse, ni aunque su turno durara muchos días veinticuatro horas, porque en realidad se sentía como un auténtico privilegiado.

Todo el fuerte estaba rodeado de garitas de guardia desde donde se controlaba el patio donde paseaban los presos, el edificio de brigadas, el de pabellones y el exterior. Los soldados, dos veces al día, formaban en el patio que estaba delante de los pabellones de la tropa e, inmediatamente, hacían el cambio de guardia. Normalmente eran unos diez en el interior, cinco en las garitas exteriores, más nueve de vigilancia por el penal y nueve más de retén en los pabellones. Un total de treinta y tres, sin contar los mandos. A Saturnino le reconfortaba saberse tan bien acompañado. No en vano el antiguo fuerte se había convertido en la prisión más segura del norte de España. Era imposible no sólo que los presos intentaran amotinarse, ni fuerzas tenían, sino que tampoco tenían oportunidad de escapar.

Pero no siempre estaba tan acompañado. Esa tarde, el relevo con los centinelas, los guardianes y el corneta había sido más rápido de lo habitual. Era vigilia de fiesta y muchos de ellos habían decidido pasar el fin de semana en Pamplona aprovechando los dos días que tenían de descanso y no querían perder ni un minuto. Él prefirió no cogerlos, quería acumular unos días de permiso, aunque para ello tardara cerca de cuatro meses y tuviera que hacer guardias y suplencias eternas. Con tres o cuatro días por delante bajaría a su pueblo y se quedaría en casa de su madre. Por eso no le importó doblar el turno cuando uno de los compañeros se lo pidió. Además, para cuando él librara, el tiempo habría mejorado.

—Vete, vete tranquilo... —dijo sin dudar—. Pero recuerda que me debes una —concluyó para que no hubiera problemas.

—No pierdas cuidado, Saturnino, cuando la necesites te la devuelvo.

Era noche cerrada cuando subió a vigilar los pabellones. De fondo oía soplar el viento y aumentaba esa sensación de soledad que tan poco le gustaba. Tan sólo, a lo lejos, se oían de vez en cuando las pisadas de algún compañero que subía o bajaba resonando por los pasillos. A esas horas apenas si había actividad en el fuerte, sólo un par de ventanas encendidas al fondo, y sólo se veían iluminados algunos trechos de la muralla que rodeaba el fuerte.

Una vez que estaban dormidos los presos, y cerrada la cocina, la actividad dentro del penal se limitaba a los pabellones de la tropa y al reducido número de

guardianes que hacían el turno de noche. Poco había que hacer a esas horas, salvo pasear o fumarse un cigarrillo a la luz de la luna, solo o en compañía. Saturnino aprovechó para sentarse en las escaleras de una de las puertas que comunicaba los pabellones con el patio de presos, dispuesto para liarse un cigarrillo. En aquel momento se oyeron unos pasos. Era Romualdo Herrera, uno de los guardianes que mejor se llevaban con los presos. Esa noche no podía conciliar el sueño y buscaba a alguien con quien hablar un rato.

—¡Claro!, hoy no tenemos más que hacer que sentarnos a esperar después del toque de silencio, sólo se puede dejar que pase el tiempo.

Madrugada del 22 de mayo de 1938

Hacía ya unas horas que el corneta había tocado silencio. A partir de ese momento, la obligación de dormir, o al menos de tener la intención de hacerlo y no hablar, era inmediata en todo el recinto carcelario so pena de castigo severo. Todos los reclusos estaban bajo llave, los soldados se paseaban arriba y abajo en sus puestos al acecho de cualquier ruido que pudiera resultar sospechoso.

Jovino Fernández, por la noche, igual que la mayoría de sus compañeros, no lograba conciliar el sueño. Los primeros días que vivió en el fuerte le costó acostumbrarse a dormir sobre el petate en el frío suelo. Iba vestido con la única ropa con que contaba, y allí, en medio de la oscuridad, agazapado y sin mantas con que cubrirse, aún esperaba que las cosas cambiaran y pudiera olvidarse de la maldita humedad. Pero lo cierto es que no lograba separarla de su cuerpo. No conseguía descansar; sufrimientos, desgracias, familia, amigos... y la libertad, la ansiada libertad siempre de fondo, los pensamientos se movían en su cabeza impidiéndole descansar.

«A la gente se la juzga más por los hechos que por las palabras», pensaba, y sus hechos no hacían presagiar el calvario que estaba viviendo. En la oscuridad de la brigada se le aparecían sin poder evitarlo las meriendas campestres a orillas del Sil. Allí iban los mozos en verano a divertirse, a disfrutar de sus primeros escarceos. Allí conoció a Julia. Menuda, nerviosa, una morena que acudió a pasar un verano a su pueblo y en la que ya no pudo dejar de pensar. Se prometieron. Todo hacía presagiar que en unos años Jovino formaría una familia, tendría sus tierras en Santa Marina del Sil, como las habían tenido sus padres y sus abuelos, y allí criaría a sus hijos. Pero el azar es caprichoso, y en octubre del 36, militante ya de la CNT, ingresó en el Batallón de Santander dispuesto a defender Oviedo de los militares sublevados, y allí fue, y luego a Bilbao, y más tarde a Santander... y la mala suerte quiso que poco después de que lo nombraran sargento fuera detenido en una refriega callejera. «A la gente se la juzga más por los hechos que por las palabras» no fue así. La condena fue

de treinta años, tuvo suerte, a punto estuvo de que fuera de muerte. Fue a dar con sus huesos a la cárcel de Bilbao, y de ahí a San Cristóbal, donde estaba desde noviembre del año anterior.

No había cumplido los veinte años y ya había lidiado con la muerte en más de una ocasión en el campo de batalla, pero nunca pensó que tendría que lidiar con ella por un plato de lentejas, como le pasaba ahora. Miraba a sus compañeros y no veía más que huesos, el hambre no los dejaba dormir y muchos de ellos morirían desnutridos. Esto era mucho peor que un cuerpo a cuerpo en el campo de batalla. Los fascistas habían conseguido que no pudieran defenderse, que se quedaran sin fuerzas... que el hambre pudiera con ellos. De pronto se distrajo en sus pensamientos. Se oían unos pasos. Debía de ser un grupo de unos diez, unos pasos ordenados, firmes, pero sin prisas. Iban escoltando a alguien que, al contrario que ellos, caminaba dubitativo, arrastrando los pies. «Mala señal —pensó—. Hoy a alguno le toca matarile.» Pasaron cerca de la ventana de su celda y escuchó a un guardián que decía:

—¡Javier Rocafort!, ¡Romualdo Morriones!, ¡Luis Magado!, estáis de suerte hoy, os podéis ir a casa.

—Estáis libres —oyó que gritaba un carcelero.

—¿A estas horas? —preguntó incrédulo Rocafort, y miró a sus compañeros.

—¿Acaso no queréis volver a casa con los vuestros? ¿No os espera nadie? —comentó con ironía uno de los guardianes empujándolos por el pasillo que conducía hasta la escalera.

Silencio.

Ninguno hizo más comentarios. De sobra sabían lo que se rumoreaba en el penal de cómo acababan los presos que ponían a esas horas en libertad.

—¡Alerta!, ¡hombres fuera! —dijo el vigía de la puerta de entrada.

—¡Alerta! —contestó el otro. Y se oyeron unas voces distantes de garita en garita avisando de que no dispararan, que el movimiento de hombres estaba controlado.

Al rato, poco después de que Jovino escuchara cómo se abrían las puertas del fuerte, se oyeron unas voces, un ir y venir acelerado de pasos, y al fin sonaron unos disparos. Los tres que habían sido elegidos eran del mismo pueblecito, Sangüesa, y los falangistas que llamaron eran del mismo pueblo. Como hacían siempre. Así aprovechaban y mataban dos pájaros de un tiro, posibles rencillas

vecinales y enemistades por la guerra. Jovino escuchó un llanto ahogado, a buen seguro los familiares de los fusilados también estarían cerca. Las malas noticias corrían rápido.

«Otros más que asesinan a la salida. Malditos sean. Otros que mañana estarán enterrados en esa maldita primera curva. Otros...», pensó Jovino con desánimo, y se encendió un cigarrillo a la espera de ver si habían acabado. A veces los mataban en turnos de tres, y luego otros tres, y pasaban unos minutos entre las distintas ejecuciones. Hoy, parecía, incluso tenían que dar las gracias de que sólo hubiera tres fusilados.

El hecho de que en el fuerte hubiera presos políticos que eran detenidos en la calle o en sus casas y se mantenían en prisión sin juicio ni penas, y casi sin constar en el registro, facilitaba la impunidad de su asesinato. Bastaba con dejarlos en libertad después de haberles sonsacado la información necesaria o decidir que no eran útiles porque no la tenían, y avisar unas horas antes a los falangistas o requetés de la zona para que vinieran. Ellos se encargarían de acercarse al fuerte amparados por la protección que ofrecía la noche y hacer prácticas de tiro a pocos metros. La suerte estaba echada para el desdichado elegido.

Inconscientemente, antes de dormirse, Jovino se incorporó intentando no molestar a sus compañeros de celda para dirigir su mirada hacia la pequeña abertura de la ventana desde la que se veía la puerta que, con ironía, ellos mismos habían bautizado como «la última salida». Ahora entraban de nuevo los soldados que hacía poco menos de diez minutos la habían atravesado con los tres compañeros fusilados. «A la gente se la juzga más por los hechos que por las palabras», ni el consuelo tenía de que fueran a arder en el infierno, ni ese consuelo siquiera.

—¡Asesinos! ¿Hasta cuándo vais a seguir matando? —gritó Jovino.

—¡Cobardes! —oyó que gritaban algunos presos amparándose en la oscuridad. Otros encendían las pocas cerillas con que contaban en señal de duelo. Luego unos rumores, los gritos de algún guardián que los mandaba callar y todo volvió a quedarse en silencio al poco.

Cuando tocaron diana a las 6.30 de la mañana, Jovino apenas había conseguido dormir un par de horas. Al despertarse levantó la cabeza como cada día buscando ver la luz. Al menos ahora estaba mejor, desde que lo habían

trasladado de la segunda brigada a los pabellones vivía más tranquilo. Suelo de madera, un camastro, una ventana que daba al patio. Aunque tuviera que compartir con cinco compañeros el espacio que originariamente estaba destinado a dos personas no le importaba. Quién le iba a decir a él que iba a ser de los pocos que tuvieran esa suerte cuando, nada más llegar, lo destinaron a la primera brigada.

—Vosotros dos, acercaos —gritó un día el jefe de servicio.

—¿Nos está llamando a nosotros? —se atrevió a preguntar en voz baja sorprendido Jovino Fernández. Muy delgado y con los ojos hundidos por la falta de sueño y de alimentos, todavía conservaba las mejillas coloradas que se ponen cuando uno ha hecho o ha ido a algún sitio que no debía. Como si estuvieran pillándolo en falta.

—¿*Michelín*? ¿Nos está llamando Michelín? ¿A nosotros? —preguntó sorprendido Ernesto Carratalá, mirando a su compañero y buscando confirmación.

—Vosotros dos. ¿Estáis sordos o qué? —insistió dando una voz.

Y los dos se levantaron como si tuvieran un resorte. Sánchez Pescador, que era en realidad el nombre del jefe de Servicio, había sido apodado Michelín por los presos debido a su gran barriga. Conocido por su mal genio y por sus castigos desproporcionados, nadie se atrevía a discutirle una orden. Así las cosas, convenía no enfadarlo y acercarse de inmediato. Él era, no sólo el responsable de controlar todas las llaves que comunicaban las brigadas, el patio y los pabellones, sino también el de encargar tareas a los presos que él elegía, por las cuales recibían algún pago.

—Hoy necesitamos una ayudita en la cocina —les dijo— y hemos pensado que seáis vosotros dos —afirmó Michelín señalándolos mientras se subía el pantalón y se apretaba un agujero más del cincho para evitar que se le cayeran resbalando por una oronda panza que hacía honor a su mote.

Ernesto y Jovino se miraron sorprendidos. Esa, llamémosla, oferta de trabajo, los situaba, de inmediato, en un nuevo escalafón carcelario. En primer lugar cambiarían la primera brigada por los «lujosos» y nada despreciables pabellones, y además tendrían la posibilidad de sisar alguna patata o un chusco de pan que les ayudara a pasar mejor el día. Algo que a ellos, que además no tenían familia cerca que pudiera enviarles comida, les suponía todo un lujo.

Los pabellones se encontraban en un edificio, frente a las brigadas, al otro lado del patio, donde había naves más reducidas y en mejores condiciones. En cada planta había once dormitorios, nueve de los cuales daban al patio y albergaban a unos cuatrocientos presos en total. En un primer momento, la dirección impuso que estas celdas fuesen habitadas por intelectuales, hombres de cultura, políticos, militares, los presos más jóvenes y... un grupo de falangistas que estaban detenidos tras la unificación por apoyar a Hedilla al negarse éste a admitir la jefatura de Falange por decreto de Franco. Allí tenían más independencia, más limpieza, menos contagio de enfermedades y más libertades horarias que en las brigadas. En realidad, todos los presos querían ir a parar a la zona que llamaron «el hotel» del Penal de San Cristóbal.

Aquel día, en cuanto oyeron la orden y vieron que se daba la vuelta, lo siguieron de inmediato. Intentaban disimular entre sus compañeros la alegría que les suponía ese traslado, pero todos los miraron con envidia.

Atravesaron el patio y entraron en la cocina. Allí los esperaba el Chato con su habitual gesto de fastidio. Aunque aumentar el número de presos a sus órdenes en lo que consideraba su territorio ampliaba su poder de cocinero jefe, le molestaba tener que ir explicando cada vez las faenas a los nuevos. Sobre todo si lo que le llegaban eran presos políticos. Con los comunes por lo general no tenía problema, obedecían las órdenes sin chistar, otra cosa eran los políticos. Éstos sí que eran un fastidio, cuando no se quejaban por algo, intentaban compartir con los camaradas la comida extra que les daban, o reivindicar mejoras, pero nunca se estaban callados. Los miró con desgana. Se secó las manos y sin saludarlos siquiera señaló hacia unos sacos que había en una esquina y le indicó con un gesto a uno de los presos que estaba en la cocina que se los acercara.

—Aquí tenéis—les dijo el Manos, uno de los presos comunes que trabajaba en la cocina como ayudante—, ya podéis empezar a pelar todas estas patatas—y sin mirarlos, empezó a arrastrar uno de los sacos. De inmediato les ofreció unos cuchillos oxidados que, a simple vista, no parecía que fueran a cortar nada con facilidad—. Cada día, al acabar, los dejaréis sobre esta mesa, para que siempre los tengamos controlados.

Al Manos lo habían detenido poco antes del inicio de la guerra por ganarse su sustento de forma poco ortodoxa, como él decía siempre que contaba su historia. Era un carterista más que avezado, hasta tal punto que para no perder la

práctica muchos días salía al patio, buscaba un preso y le avisaba de que a lo largo del día le robaría todo lo que tenía en los bolsillos. Cuando, al final de la jornada, y ante el asombro del preso y de sus compañeros, devolvía lo robado siempre comentaba irónico que había perdido práctica y que ésa era la forma que tenía de entrenarse, para que el día de mañana pudiera seguir «trabajando» cuando saliera de San Cristóbal.

—Mucho cuidadito con pelarlas a lo bruto y dejar patata pegada a la monda, que con los tiempos que corren no estamos para derroches —apostilló el Chato.

—Las patatas van a este lado —continuó explicando el Manos—. Y las mondas, tal como caen, se quedan en estas cajas de madera que tenéis aquí debajo. Tened cuidado, porque aquí no se desaprovecha nada y estas mondas van directas al caldo cuando no llega el suministro a tiempo desde Pamplona. ¡Ah! Y pobres de vosotros como os pillen robando algo. —E hizo una señal con el pulgar hacia abajo, que no necesitaba mucha interpretación.

Jovino y Ernesto se miraron sin decir palabra. Cuántas veces habían hablado en el patio acerca del contenido del caldo sucio que les daban por comida. Ahora sabrían si siempre eran las mondas o, por el contrario, a veces se colaban las patatas en la comida de los penados. Aunque, por la disposición de los sacos, de las cajas y de las ollas, enseguida tuvieron claro que el caldo para los presos casi siempre se hacía de mondas.

La cocina no era muy grande. A un lado había una puerta que comunicaba con el patio central, al otro una que daba a un pasillo que conducía a la Ayudantía, a los locutorios y al rastrillo exterior, y una tercera que ponía en comunicación el pasillo central del primer piso del edificio, y daba frente a la capilla, donde se encontraban unos centinelas. Jovino y Ernesto, con los cuchillos en la mano, se disponían a empezar a pelar patatas cuando entró Andrés, otro de los reclusos que ayudaba en la cocina. Algo más amable que el Chato, les explicó cómo debían pelarlas para que no se enfadara con ellos el «jefe», y en cuanto tuvo oportunidad les dijo, casi susurrando, que ya verían cómo el trabajo les iba a significar un aumento del rancho.

Efectivamente, en cuanto sonó el toque de fajina[2] y la cárcel se dispuso para la cena, ellos recibieron el «pago» por ese día de trabajo. Dos escudillas de la olla que estaba destinada a los oficiales, llenas de un caldo espeso que ni recordaban que pudiera existir. A ojo calcularon que suponía más del doble de

ración de la que recibían sus compañeros. No tenía muy buen sabor, pero al menos podían distinguir al fondo trozos de patatas, e, incluso, de algo parecido a trozos de pollo. Acostumbrados como estaban a comer agua caliente con un color y sabor indeterminados, ese cuenco les pareció un manjar de dioses.

A partir de ese día, y ya hacía casi tres meses, los trasladaron a pabellones y se fueron sucediendo de forma habitual las órdenes para trabajar en la cocina y en algún caso alternadas con las de desescombrar los exteriores del fuerte para que pudieran entrar los camiones de suministro sin problemas.

El edificio de los pabellones tenía tres pisos. Cuando llegaron, se enteraron de que los dos últimos estaban dedicados a celdas para los presos políticos y que en el primero se encontraban algunos de los dormitorios de los ordenanzas, los departamentos de Ayudantía, la cocina y el cuarto de los destinos. Cada piso estaba recorrido por un largo pasillo, de un extremo a otro, que debía tener unos cien metros. A ellos los llevaron directamente al segundo piso del edificio, justo encima de las oficinas y la Dirección. Les dieron una habitación que en condiciones normales albergaría a un solo individuo o quizá dos, pero en la que conviviría alguno más. Desde la ventana de la celda se veía el tercero de los edificios del patio, donde se encontraba el economato y la brigada del patio, donde vivían los presos comunes. En ese momento vieron cómo se dirigía a él el Manos al acabar su turno en la cocina.

Instalados ya en pabellones, vieron, asombrados, que aunque las puertas de hierro de las habitaciones que comunicaban con el pasillo estaban cerradas a cal y canto, las ventanas de su celda que daban al patio ni siquiera tenían rejas y el pavimento era una tarima de madera. Acostumbrados al duro suelo de la segunda brigada, a la humedad y a las verjas, les pareció que a partir de ese momento vivirían con un lujo con el que ni se habían atrevido a soñar.

—Recuerda que está prohibido asomarse —le dijo Jovino a Ernesto en cuanto entraron.

—¿Prohibido? —preguntó sorprendido Ernesto, retirándose de la ventana como si le hubieran dado una reprimenda.

—Sí. Me han dicho que los centinelas tienen la orden de disparar sin preguntar a todo aquel que esté asomado.

—Pero... ¿ni asomarnos? —insistió Ernesto.

—Nada, piensa que no se andan con chiquitas. El otro día le dispararon a

Julián sólo porque pensaron que había levantado el brazo. Por la noche, al abrigo de la oscuridad, puedes sacar la cabeza y dejar que el aire te dé directamente en la cara, pero nada más —explicó Jovino.

Ernesto se quedó mirando hacia el patio, pero desde una distancia prudencial, sin atreverse a acercarse a la ventana. Desde donde estaba, se veía a la perfección el trozo del edificio de las brigadas que les quedaba enfrente. Bueno, a decir verdad, tan sólo veían la brigada segunda y la tercera, las dos que estaban al nivel del patio, de la primera sólo veían las minúsculas ventanillas y se podía imaginar a sus compañeros atrapados abajo, en la oscuridad, entre el frío y la humedad. No había duda de que los pabellones eran un lugar para privilegiados. Desde ahí también podía verse el final del rastrillo, las dependencias donde fichaban a los recién llegados y la puerta que daba al locutorio. En el extremo opuesto se encontraba la cuarta brigada, la enfermería, la cocina y el economato.

Todavía no daban crédito a su suerte cuando oyeron unos pasos que se acercaban. Estaba claro que por el pasillo llegaba alguien. Acababa la hora de los paseos por el patio y los presos volvían a sus celdas custodiados por los soldados. Se miraron y prestaron atención a los pasos que se les acercaban. Se detuvieron de golpe, quizás eran compañeros de penurias trasladados allí como ellos. Durante unos segundos el silencio fue total, porque aunque habían oído abrir una puerta no sabían si se habría quedado algún guardia tras ella y podía escuchar los comentarios. Cuál no fue su sorpresa al escuchar la conversación de unas voces que se dirigían a otra celda.

—Hay que andarse con mucho cuidado con esos rojos —dijo una de las voces.

—Con quiénes, ¿con estos presos? —preguntó la otra sorprendida.

—Claro, ¡con quién va a ser! —replicó un tercero—. A Ángel acaban de decirle que uno de los que se encuentra en la primera brigada, un tal Leopoldo, es de armas tomar.

—Y he oído que es amigo de la comecuras esa que llaman Pasionaria. ¡Tenemos lo más granado del Partido Comunista entre estos muros!

—¡Pero hombre! No veis que se caen de hambre... Ésos no matarían ni una mosca.

—Demasiado bien los tratan, que están aquí y no enterrados en una cuneta.

—Los rojos hambrientos son los más peligrosos. No se te habrá olvidado

Asturias, ¿verdad? La que liaron, que hasta tuvieron que llamar a Franco para que trajera a los moros desde Melilla —insistió—. Por cierto, hablando de comer, me empiezan a sonar las tripas, vamos a ver qué tienen estos muchachos de rancho.

—¿Pero...? —inició Jovino sorprendido, sin dejar de mirar hacia fuera—. ¿Estás oyendo?

—¿Quiénes son éstos?

—Falangistas, parecen falangistas —contestó Jovino dudando.

—¿Acaso también los han detenido a ellos? —preguntó Ernesto con la inocencia de un chaval de diecisiete años.

—¡Pico tenía razón!, los han traído aquí. ¡Alcázar de Velasco, Chamorro y Rodiles! ¡Están los tres! A éstos no les ha gustado pasar a llamarse Falange Española Tradicionalista y de las JONS —dijo Jovino de inmediato, y añadió—: Bueno, no les ha gustado que quiten el punto 27, ese en el que hablan de su intención de no pactar en la conquista del Estado.

—¡Entonces es cierto! ¿Recuerdas que también Daniel lo comentó y no le creímos? Pensábamos que eran tonterías de intelectuales —replicó Ernesto.

Jovino lo miró como diciéndole que no había estado él en esa conversación, que no sabía de qué le hablaba, y que siguiera con su explicación.

—Sí, hombre. Él aseguraba que uno de los días que estaba limpiando los despachos de los oficiales se encontró con unos cuantos detenidos falangistas que estaban fumándose unos cigarros y manteniendo una charla animada con los guardianes —explicó Ernesto.

—Es que parece una broma de mal gusto. Unos falangistas detenidos... aquí, en el fuerte... con nosotros.

Se miraron sin comprender del todo lo que estaba pasando. Se podía hacer casi un chiste con eso de que hasta hubiera falangistas detenidos en San Cristóbal, si la situación no fuese tan nefasta. Un reducido grupo encabezado por Ángel Alcázar de Velasco estaba en el fuerte, compartiendo presidio. Aunque, claro está, mientras estaban a la espera de juicio vivían una situación de presos privilegiados. Y desde luego, supusieron, que los jueces iban a ser tan benévulos con ellos en el veredicto como lo estaba siendo su situación carcelaria. De hecho, no los habían visto hasta ese momento, porque ni siquiera paseaban por el patio con el resto de los detenidos, sino que lo hacían como privilegiados por las

zonas habilitadas para la tropa. Y después de la conversación que habían escuchado ya entendían el porqué.

Ernesto y Jovino se callaron, de nuevo se oían pasos. Se abrió la puerta y entraron dos presos más. Los miraron sorprendidos sin saber si iniciar la conversación.

—¿Eres Teolindo? —preguntó tímidamente Ernesto.

Teolindo no respondió y se lo quedó mirando sorprendido. No sabía que iba a encontrarse a nuevos inquilinos en su celda.

—Sí, eres tú. ¡Claro que sí! Entramos juntos en el fuerte. Lo recuerdo perfectamente. ¡Qué alegría!, hacía tiempo que no te veía y pensaba que te habían dado matarile. ¿Pero cómo no nos hemos visto antes? ¿Dónde has estado metido?

A Teolindo lo había nombrado el jefe de servicio Sánchez Pescador cabo de la brigada unas semanas antes de que a ellos los enviaran a la cocina. No le gustó mucho el ofrecimiento, pero no tenía elección, no podía rechazar el puesto. El castigo para aquellos reclusos que rechazaba lo que los soldados llamaban un «destino» era uno de los más horribles, permanecer incomunicado en la celda de castigo el tiempo que creyera oportuno el soldado que tomara la decisión.

—Desde este momento tú eres el responsable de cuanto ocurra aquí dentro de la brigada —le dijo Michelín a Teolindo mientras paseaban.

—¿Yo, señor? —preguntó sorprendido.

—Alguien tiene que ser. Establecerás un turno riguroso de limpieza del patio y de la brigada, un turno diario para colocarse frente a las gavetas y los repartidores de rancho. Recibirás dos platos de rancho en cada comida, el doble que tus compañeros. Los dos presos que elijas como ayudantes también recibirán un plato más de rancho, como tú. Espero, además, que hagas cumplir los castigos impuestos por cualquier funcionario del fuerte.

—Así mismo me lo dijo, no me dio opción. Me hizo encargado de la tercera brigada. Y a partir de ese momento empezaron a llamarme «cabo de brigada» y me trasladaron a pabellones —se justificó Teolindo, cuando sus nuevos compañeros le preguntaron sorprendidos el porqué de encontrárselo en pabellones.

—Querrían que te hicieras confidente —dijo Ernesto.

—Yo nunca dije nada —contestó a la defensiva.

—Yo no estoy diciendo eso, sólo que aquí nadie da nada gratis. Por eso... — explicó Ernesto.

—Bueno, dejémonos de parloteos y de suposiciones —cortó Jovino—. ¿Les contaste algo? —preguntó.

—No, yo nunca...

—Pues ya está. No tenemos por qué dudar de él. —Y zanjó la conversación.

Teolindo había nacido en una humilde familia en el lucense pueblo de Vivero. Desde muy joven había sabido apañárselas bien, y al llegar al fuerte su vida allí, con tan sólo veintitrés años, siguió siendo la de un buscavidas. Se encontraba solo en Pamplona, sin familia ni amigos cerca que pudieran traerle comida. Ni se acordaba ya del paquete con las dos mudas, un poco de pan y un trozo de queso que le llevó su abuela a la cárcel de Lugo poco antes de que lo trasladaran a Pamplona.

Al poco de llegar, decidió, entonces, que su única forma de sustento era hacer algún trabajillo. Si tenía que aguantar los treinta años de reclusión a que lo habían condenado, más valía pensar en algo para sobrevivir. Ideó entonces ofrecer sus servicios a presos que se encontraran en buena situación económica y que pudieran necesitar de alguien que les hiciera algún trabajo. Primero atendió a un viejo enfermo y casi paralítico, lavándole por entero, por lo que recibía tres pesetas y comida. Luego hizo la limpieza del patio sustituyendo al recluso al que le tocaba, y éste le daba dos pesetas y media barra de pan fresco, y así un día y otro; al cabo de unos meses, Teolindo y su amigo Guillermo, que también estaba en la celda con él y le ayudaba en sus faenas, habían logrado ahorrar entre los dos más de cien pesetas en vales del fuerte.

—¿Queréis? —dijo ofreciéndoles sardinas de una lata que acababa de abrir y un poco de pan, intentando entablar un primer contacto amable con sus nuevos compañeros y alejar de sus mentes la conversación anterior. Y éstos, no sabiendo si aceptar la oferta, lo miraron sorprendidos y agradecidos.

Compartir la poca comida que recibían los presos que tenían familia en Pamplona era habitual de la solidaridad entre los que no tenían nada. Al fin y al cabo todos eran compañeros de desdichas. Muchos de ellos, llegados desde zonas de España alejadas de Pamplona, no tenían a nadie que, desde el exterior, les ayudara enviándoles dinero al penal. Pero no lo era tanto compartir la comida que se obtenía a cambio de algún trabajillo en el fuerte. De hecho, muchos

presos tenían prohibido realizar trabajos, ya fuera porque estaban catalogados como peligrosos, o simplemente por su filiación política, o no encontraban ocupación porque aquellos reclusos que contaban con dinero para encargarse de faenas ya tenían a su preso de confianza elegido para solucionar esos menesteres y los nuevos no eran bien recibidos.

—Venga, arriba esos ánimos —dijo Guillermo, el otro de los presos que acababa de entrar—. Aquí estaréis mejor que en las brigadas, aprovechad la suerte que habéis tenido.

—Sí, coged una sardina, que os irá bien meteros algo de alimento en el cuerpo —insistió Teolindo.

Guillermo, cuando no estaba ayudando a Teolindo, ejercía como barbero. Lo llamaron los funcionarios para regentar la barbería y se pasaba el día en un cuartito destinado a ese menester atendiendo a su trabajo. Antes de eso, sin embargo, el director hizo sus arreglos económicos con él y entonces empezó a ganar dinero. Un dinero del que veía sólo una pequeña parte.

—¡Que no me entere yo de que haces ni un corte gratis! ¡En San Cristóbal no se da nada gratis, aquí no estamos para camaraderías rojas! Ni un afeitado a un muerto —le dijo el director y añadió—: Ya hablaremos tú y yo de la parte que te quedas y de la que me tienes que dar. Al fin y al cabo, te estoy cediendo un local gratis —concluyó con sorna.

Ese mismo día apareció publicada en la puerta de la Administración la siguiente nota: «Los detenidos de este establecimiento penitenciario sufragarán de su peculio de libre disposición los servicios de corte de pelo y afeitado que les hicieren aquellos barberos libres autorizados.»

Guillermo llegó en ese momento trasladado desde la brigada a pabellones y desde entonces, junto a su amigo Teolindo, los dos, pequeños, fibrados y nerviosos, empezaron a recuperar un poco de color y a rellenar algo sus escuálidos cuerpos con algo de carne. Estaba claro que podían comer más y mejor.

Entonces, Teolindo, no contento con todo el trabajo que tenía, se especializó en hacer chocolate. Aunque estaba terriblemente castigado hacer fuego, los reclusos cubrían a sus compañeros al anochecer, para así disimular el humo. Teolindo ideó una forma de cocción utilizando botes de conserva vacíos. Inventó una «cocina carcelaria»: debajo un bote ancho con aceite sobrante de las sardinas

en conserva, encima de éste un bote más estrecho, cortando por un lado una especie de ventana para que saliera el humo, y sobre los dos, otro bote con agua para hervir lo que se quisiera. El fuego se iniciaba con un trapo empapado de aceite, cerca de la puerta de la brigada se ponían reclusos que avisaban si se acercaba algún soldado. El improvisado infiernillo se camuflaba tras un par de patatas cuando venían los funcionarios. Así llegaron a hacer flan, chocolate y otros manjares cuando lograban que algún familiar los colara sin ser visto, o conseguían que alguno de los soldados de reemplazo vecino de Pamplona fuera benevolente con ellos e hiciera la vista gorda con la entrega de paquetes, aunque, eso sí, siempre a cambio de alguna moneda. Por eso tenían que prepararlo en cantidades mínimas, aunque más que suficientes para dar aunque sólo fuera una cucharada de alegría a los paladares.

—¡Me parece que hace siglos que no como una sardina! —comentó Ernesto.

—Yo casi ni me acordaba de su sabor —dijo Jovino. Ambos venían de provincias demasiado alejadas de Pamplona como para recibir ayuda.

—¡Y de postre, chocolate!

—Esto sí que es vivir bien —apuntó Jovino.

—¡Vaya, tenemos dos huéspedes más en pabellones! —se oyó un vozarrón por el pasillo. Era Pablo Redín, un montañero de Pamplona.

—Ernesto, Jovino, éste es Pablo —dijo Teolindo haciendo de anfitrión.

—Hola —dijo tímidamente Jovino.

—*Ongi etorriak gure txokora!*^[3] —dijo campechano Redín a los recién llegados, y añadió—: Teolindo, venía a ver si podías dejarme unos vales. No ha podido subir mi mujer esta semana y tengo que ir al economato a comprar un poco de pan, pero no me alcanza con lo que tengo.

—Aquí tienes —dijo sin más Teolindo, y le ofreció unos cuantos papeles.

Los vales era la única moneda válida en el penal. Vales de cartón que les obligaban a cambiar por pesetas y con los que circulaban como moneda de cambio.

—*Eskerrik asko, laguna!*^[4] —contestó Redín.

—Ten cuidado, Pablo, no levantes la voz. ¿No has oído las órdenes?

—De qué órdenes me estás hablando —replicó.

—Es que hago limpieza justo al lado del despacho del director —aclaró—. Y hoy ha llegado una orden, «de obligado cumplimiento en la España de Franco»,

según la cual, a partir de hoy mismo, 21 de mayo de 1938, se prohíbe el uso de cualquier lengua que no sea la española, bajo pena de muerte.

7 de la mañana del 22 de mayo de 1938

—No me lo explico, de verdad que no me lo explico —insistía enfadado el director del penal, Alfonso Rojas, mientras formaba pequeños montones con monedas y algunos billetes que iba desdoblado y colocando encima de la mesa tras sacarlos de una vieja caja de madera.

—¿Da su permiso, señor? —se escuchó una tímida voz.

—Pase. Pase y siéntese Muñoz, y déjese de parafernalias, cualquiera diría que es usted un timorato —contestó con un tono de voz que no presagiaba nada bueno.

—Buenos días tenga usted.

—Pase, ¿no le he dicho que pase? ¡Siéntese!

—¿Qué es lo que pasa, señor? ¿Algún problema? —preguntó tímidamente Carlos Muñoz, el administrador del Penal de San Cristóbal, colocándose las gafas que constantemente se le resbalaban por la nariz. Tras recibir la señal que lo autorizaba a entrar en el despacho, traspasó la puerta y se giró lentamente para cerrarla. Se alegró de su prudencia, desde fuera se habían oído los gritos e hizo bien en preguntar antes de entrar al despacho en lugar de hacerlo directamente como en otras ocasiones.

—¡Tres mil pesetas! ¡Este mes sólo hemos logrado juntar tres mil míseras pesetas en la caja del economato! —le espetó enfadado mirándolo a los ojos.

—¿Y? —se extrañó de la queja Carlos, a quien la cifra le parecía más que decente en los tiempos que corrían.

Carlos era el joven responsable de llevar las cuentas del fuerte, de inspeccionar el material que llegaba, de supervisar la entrada y salida de la comida... y el encargado de controlar las armas y la munición que se necesitaba. Procedía de una familia acomodada de Pamplona, su padre era el director de la sucursal del Banco de España de la ciudad y él, hasta hacía poco, se limitaba a ir arriba y abajo sin oficio claro. Una mañana, en el Banco conoció a Alfonso Rojas. Él estaba por casualidad en el despacho de su padre, intentando aprender

alguna de las herramientas del oficio, cuando llegó Rojas para una reunión. Carlos se quedó a un lado en el despacho, y hablando, hablando, le ofreció que trabajara para él llevando las cuentas de unos negocios que ni él mismo tenía claros.

Rojas, mucho antes de ser director de San Cristóbal, ya era conocido en Pamplona por tener unas finanzas siempre boyantes, aunque de procedencia poco clara. Su siempre buena relación con los gobiernos, fueran éstos del cariz político que fueran, así como su mano dura con los subordinados y los escasos sueldos que pagaba para aumentar su más que saneado patrimonio también eran proverbiales. Pero por lo que de verdad era conocido Alfonso Rojas era por haber sido uno de los dos protagonistas de una de las bodas más sonadas de la ciudad y que más comentarios suscitó. Acontecimiento éste que en provincias siempre daba de qué hablar.

Parecía claro, a juzgar por todos los comentarios vecinales, que, tal como transcurrió el apresurado noviazgo, don Alfonso había decidido casarse de un día para otro con una mujer más de diez años mayor que él para mejorar en prestigio y alcanzar una clase social a la que de otro modo no hubiera accedido. Doña Julia, la afortunada novia, era duquesa y su padre uno de los requetés más conocidos de la zona. Perfecto para prestigiar su más que holgada situación económica, pero de dudoso origen.

Así, el hijo de un campesino de la provincia pasó de ser un nuevo rico poco de fiar a recibir el tratamiento de duque, entrar directamente en los cuadros de mando de los requetés y recibir el nombramiento de director del Penal de San Cristóbal. Su mujer, en esa misma época, decidió incorporarse a las Margaritas, aunque prefirió no mostrarse voluntaria en frentes y hospitales. Optó por dirigir, desde su casa en Pamplona, a los grupos de jóvenes que acababan de incorporarse, coordinando las acciones que se llevaban a cabo en los domicilios de los requetés y en la confección de uniformes. «Dios, Patria y Rey —dijo doña Julia—, también están en las calles de Pamplona, no hace falta ir al frente, como si fuera un hombre.»

Poco después de que lo nombraran director, don Alfonso llamó a Carlos para hacerle una oferta de trabajo y, sin muchas más obligaciones de las que tenía hasta ahora; así, sin dudarlo, se fue con él a San Cristóbal. Fue muy claro con sus obligaciones. Le encargó llevar todas las cuentas, salvo las del economato,

de las que fue excluido de inmediato. Ésas las gestionaba directamente Alfonso Rojas con Riesgo, el encargado. Por eso, cuando le hizo la pregunta acerca del dinero acumulado, Carlos no sabía qué contestar.

—¿Cómo que y? ¿Cómo que y?, si pagamos a los camioneros y le damos la parte que le toca a Riesgo, en esta caja casi no se queda nada para nosotros.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Esto se tiene que solucionar. El mes pasado hicimos más del doble.

—Como usted diga, señor —asintió Carlos, y sin darse cuenta hizo un movimiento con la cabeza tan brusco que las gafas se le resbalaron por el tabique nasal hasta caérsele sobre las piernas.

—Claro que se hará lo que yo diga. ¡Faltaría más! Para eso soy el director. Le he prometido a mi mujer que en cuanto acabe esta guerra buscaremos un piso en Madrid, en una buena zona, y nos trasladaremos a la capital, y eso no se puede hacer sin dinero.

—Seguro que cumple usted su promesa, señor —apuntó el joven, sin querer sacar en la conversación temas que pudieran enfurecerlo más.

—Eso puedes jurarlo, muchacho. Como que me llamo Alfonso Rojas —contestó enfadado.

Poco sabía Carlos de promesas en los matrimonios. El de sus padres acabó pronto. Su madre murió al poco de dar a luz y no había vuelto a ver a una mujer en casa, como no fuera el ama de llaves, pero a don Alfonso ya lo iba conociendo y también doña Julia, y si ésta quería un piso en Madrid, estaba seguro de que iba a tenerlo. Le pareciera bien o no al director, le fuera más o menos complicado conseguirlo. Carlos sabía, porque había escuchado muchos comentarios, que lo mejor era no llevarle la contraria a la señora.

Alfonso Rojas se giró y prefirió no seguir hablando de su mujer. En esta ocasión por una vez el problema no era Julia, sino el maldito dinero, que no llegaba.

—A ver, dime. ¿No habíamos dicho que nos quedaríamos con la comida que las visitas trajeran a los presos? —le preguntó Alfonso a Carlos, mirándolo fijamente mientras apoyaba los dos puños sobre la mesa y hacía un leve gesto de querer levantarse tan intimidatorio que parecía que quisiera impedirle abrir la boca para contestar. No aguantó mucho el director la tensión de los brazos y

acabó por levantarse del sillón y moverse por la habitación.

—Sí, señor. Dio usted esa orden hace, al menos, un par o tres de semanas, si no recuerdo mal, y se avisó a los guardias de la entrada —contestó temerosamente Carlos mientras seguía con los ojos el ir y venir nervioso por el despacho del director y aprovechaba para limpiarse los lentes.

—Pues parece que si éstas son las cuentas, estos presos no pasan hambre o alguien se está saltando mi orden a la torera. ¿No acabo de decirte cómo están las cuentas de este mes? ¡Parece que estos rojos sólo gastan dinero en pan! Eso sí, todos los días se venden más de quinientas barras —contestó muy enfadado señalando de nuevo la libreta con las cuentas y los montoncitos de monedas que tenía delante, y se volvió a sentar mientras movía la cabeza de un lado al otro.

—Digo yo, señor, que será porque es lo más barato... —apuntó tímidamente el administrador, que ya estaba acostumbrado a que Alfonso Rojas se enfadara cuando la conversación versaba sobre dinero.

—Y estarás de acuerdo conmigo en que el pan es lo que menos margen de ganancia nos deja... —contestó levantando cada vez más la voz y lanzándole una mirada intimidatoria al joven que le obligó a bajar la vista.

—Bueno, visto así...

—¿Acaso no les gustan las conservas y los embutidos a los rojos? ¿No necesitan mantas con el frío que hace? ¿No fuman? ¿O es que no les mandan dinero sus familias? —insistió el director.

De nuevo se había sentado y levantado de la silla nervioso, y cada vez más enfadado. Movía con la mano la libreta de cuentas en la que estaban señaladas unas cifras en rojo y murmuraba para sí no sé qué de su perra suerte que Carlos no escuchó con claridad.

—¿Es que en esta prisión no trabaja nadie más que yo? ¿O es que nadie hace caso de mis disposiciones? Si esto sigue así acabaréis consiguiendo que me quede unos días a vivir aquí para ver qué pasa, y por qué no se siguen las ordenanzas. Hay algo que entre todos estamos dejando que se nos vaya de las manos y no estoy dispuesto a recibir, encima, una reprimenda de Burgos —concluyó enfadado.

Desde Burgos el gobierno nombrado por Franco seguía el día a día de las cada vez más abarrotadas cárceles españolas, puesto que enviaba a cada prisión el dinero y los alimentos que, calcularon, debían gastarse en cada preso. El

hacinamiento de personas en espacios previstos en el mejor de los casos para la mitad y en el peor para menos de una quinta parte, era un escándalo declarado. Tenían que solucionar el problema. No había más que vaciarlas para volverlas a llenar. La manera más rápida de lograrlo era la puesta en libertad de algunos detenidos sin cargos, pero estaba descartada. Las alternativas que quedaban eran pocas. Podían hacer juicios rápidos, en los que las penas eran muy frecuentemente de muerte, y así aligeraban. O bien dejar morir de hambre a los presos. Una opción, esta última, bastante seguida por los responsables de las cárceles, que, además, si vendían en el mercado negro la comida que se agenciaban por reducir los ranchos, conseguían unos ingresos fáciles y rápidos con el estraperlo.

Alfonso Rojas en cuanto llegó a San Cristóbal optó por sacar un beneficio aún mayor de su cargo. Y aunque practicó la ley de fugas con los presos no gubernamentales que al no constar no suponían un ingreso por parte de la administración central, intentó reducir al mínimo el gasto en alimentación destinado a cada uno de ellos, consiguiendo, de este modo, acumular a fin de mes unos beneficios que nadie controlaba. Para realizar esta labor no subía al fuerte a diario, por más que entre sus obligaciones de director se encontrara la de residir en él, porque así podía seguir con sus compromisos para con sus otros negocios en Pamplona. Cuando lo hacía sólo se quedaba unas tres horas, durante las que se dedicaba a supervisar aquello en lo que le parecía digno de emplear su tiempo. Y sobre todo lo referente a su economía. Al acabar, firmaba en el registro las órdenes de entrada y de salida de los presos que habían entrado y habían muerto esa semana y de inmediato regresaba a su comfortable casa en el centro de la ciudad. Justificaba de este modo no vivir en el penal, aunque todo el mundo sabía que la realidad era que su mujer nunca hubiera accedido a vivir con él en una cárcel.

En el penal, tenía una habitación preparada en la que no debía de haber entrado en más de cinco ocasiones. Porque, explicaba, la reservaba sólo para aquellos días en los que las inclemencias del clima le impedían regresar a Pamplona.

—Tres horas es tiempo más que suficiente para ordenar esta pocilga, y nunca soy necesario antes de mediodía —decía siempre que alguien se atrevía a sugerir que quizá si estuviera, al menos desde primera hora de la mañana, podría hacer

un seguimiento más estricto de las necesidades diarias, o dirigirse a la tropa para reconfortarlos en su tarea.

—Salvo en misa, claro está. El señor director los domingos llega aquí a las ocho en punto para estar con nosotros. No se ha perdido ni una misa —apuntó adulator don Manuel, el padre que la oficiaba, quien casualmente pasaba cerca de la puerta y había escuchado la conversación.

—Salvo en misa, padre. Salvo en misa, que ya sabe usted que para el oficio estoy a las ocho sin faltar —dijo utilizando el más zalamero de sus tonos, y el cura, don Manuel, al verlo, hizo un gesto benevolente con la cabeza y desapareció por el pasillo.

A Alfonso Rojas le llegó su nombramiento justo después de casarse, poco después de empezar la guerra. Estaba firmado por los que ya se hacían llamar el Gobierno legítimo y se consideraban con autoridad suficiente, puesto que habían establecido que en Navarra no había frente de guerra. En ese momento, el cargo le pareció un regalo más que merecido, un premio, por su apoyo constante a los requetés, y su posterior apoyo a la CEDA desde sus inicios. Y aunque prometió que viviría en el fuerte, se las acabó ingeniando para evitarlo y vivir en Pamplona.

—Cuando tienes la suerte de que tus amistades se encuentran entre los que tienen el poder, ya puedes echarte a dormir —confesó un día algo achispado a un teniente recién llegado a la guarnición, mientras con la mano acariciaba su anillo de casado.

Y la información corrió como la pólvora, pues estaba claro que esas amistades no sólo le garantizaban el puesto, sino que además, supusieron, caso de quererlo podía acarrear problemas a alguno de los que estaba trabajando en San Cristóbal. A pesar de ello, Alfonso Rojas seguía teniendo un problema de liquidez. Y eso no podía olvidarlo.

—¡El tabaco! ¿Estos presos no fuman? —insistió despertando de inmediato de la ensoñación en que se había quedado sumido mirando el dinero y dando un golpe en la mesa que hizo que rebotaran unos lápices que tenía encima.

—...

—¡Pues esto se acabó, Carlos!, te digo yo que se acabó, como que me llamo Alfonso Rojas. Aquí no vuelve a entrar ni un paquete ni una caja ni nada con comida desde fuera o rodarán cabezas —concluyó sentenciando.

Se acercó a la ventana, miró al patio del penal en el que empezaba a haber movimiento, y de pronto se giró y añadió:

—Dile a Sánchez Pescador, el jefe de Servicio, que si quiere puede seguir sumando kilos a su barriga a costa de los rojos. A partir de hoy haré la vista gorda, me da igual que se quede con la mitad, o que sustituya con ladrillos la comida que les llegue en paquetes a los presos, pero que no les entre nada. ¡A mí estos desgraciados no me toman más el pelo! ¿Quieren pan?, pues pan tendrán. Y ya puedes redactar una nueva orden y que conste bien grande: «Desde el Despacho de Dirección se hace saber que...» y bla, bla, bla, bla. Ya te puedes imaginar lo que sigue a partir de ahora, que en el economato no se puede vender sólo una barra de pan.

—¿Perdone? No le estoy entendiendo bien, señor —dijo Carlos sorprendido.

—A veces pareces tonto, Carlos, de verdad. Pues eso, que pan solo no se puede comprar. El que compre una barra de pan tendrá que comprar otra cosa más en el economato. Lo que sea, unas alpargatas, una libreta, un acerico... a mí eso me da igual, pero que compren algo más. —Y se sentó en el butacón de su mesa de despacho con la sonrisa bobalicona de satisfacción que siempre se le quedaba cuando creía haber dado con una idea genial.

—¡Claro!, ¡así aumentamos los márgenes! Muy buena idea, señor —contestó Carlos con un tono de alegría que esperaba se le contagiara a su interlocutor.

Alfonso Rojas se lo quedó mirando y suspiró. Si no fuera porque Carlos llevaba los libros de la prisión mejor que nadie y sin equivocarse ni una sola vez, porque era discreto y con alguien tenía que compartir el secreto de que más de la mitad de la comida que llegaba a San Cristóbal se vendía fuera de sus muros sin llegar a entrar en el fuerte... Sin olvidar que su padre desde el banco, en algún momento tendría ocasión de devolver el favor de que el chico estuviera trabajando. Y Alfonso Rojas no olvidaba que él tenía en el banco cientos de billetes de moneda de la república que ya no servía y que tenía que cambiar por la moneda que era ahora de curso legal. Si no fuera por eso y porque de Carlos fue la idea de revender casi un tercio de la comida que les llegaba y rebajar el rancho de los presos con agua, si no fuera por todo eso, el muchacho habría sido de los que estarían en el frente luchando contra los rojos junto a otros soldados de reemplazo. Por mejor decir, estaría ya muerto, porque con las gafas que llevaba dudaba mucho que hubiera logrado disparar con acierto una sola bala

antes de recibir él una.

Se lo quedó mirando unos segundos, dio media vuelta a su butacón y cogió uno de los albaranes que le llegaban del suministrador oficial del penal, señor Riesgo. «Menudo apellido tiene éste. Le viene que ni pintado», pensó, y se lo dio a Carlos.

—Ten. Han llegado hoy. Mañana mismo lo llamas y le explicas lo que acabo de decidir. A partir de ahora vamos a necesitar más provisiones que antes, las que se le ocurran a él mientras nos salgan baratas y podamos venderlas en el economato. El resto sigue igual, la carne que iban a enviarle la semana pasada se ha retrasado un poco y estará en sus almacenes mañana mismo sin falta. Venga, venga, no me mires así. Como no nos espabilemos no vamos a sacar nada.

—Pero señor... —dijo de pronto Carlos retomando la conversación anterior—, muchos de ellos apenas si tienen dinero para el pan... Piense que últimamente ya se están muriendo casi dos presos por semana de frío y puede que sea de hambre. Si no pueden comprarlo... Además, si seguimos así, como se enteren en Burgos de que están muriendo tantos, nos van a rebajar el presupuesto al mismo ritmo que disminuye el número de presos.

—¡Lo que me faltaba!, ¡ahora resulta que los pobres están debiluchos y va a ser culpa mía! Que se lo hubieran pensado mejor estos rojos antes de participar en esta guerra y se hubieran quedado en sus casas, esto no es un hotel. Y no pierdas cuidado, si se mueren dos rojos, mañana traerán tres nuevos para encerrar. Están cayendo como moscas. ¿Has visto lo que ha pasado en el frente del Ebro? —dijo con un tono de voz que a Carlos le pareció que era ya el tono ácido habitual—. Se creían que iban a ganarnos en el Ebro, y menuda ha sido, no hemos dejado títere con cabeza, han recuperado un poco y luego zas, a recular otra vez. De seguir así la guerra acaba antes de lo previsto y no nos queda mucho tiempo para hacer negocios. Así que hazme un favor y aprovechemos el tiempo que tenemos.

—Como usted diga, señor —asintió Carlos con timidez. Al fin y al cabo, pensó, él no había venido al fuerte a ayudar a los rojos, sino a hacer un poco de dinero para tener algo ahorrado al final de la guerra, mejor sería no preocuparse de cómo se conseguía. Total, preso más, preso menos, tal como estaban las cosas no se iba a notar.

—Si no tienen dinero que lo pidan en casa, que aquí no estamos para

servirles a ellos. ¿Vamos a enseñarles nosotros lo que es la ley de la oferta y la demanda? Que aprendan estos rojos que de nosotros no se ríe nadie, mañana mismo...

Alfonso Rojas iba a continuar hablando cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Adelante! —dijo, y se volvió para ver quién llegaba a esas horas tan tempranas.

Un tímido soldado de reemplazo asomó la cabeza por la puerta, sin atreverse a entrar del todo.

—¿Da su permiso el señor?

—Pase, hombre, pase.

—Buenos días tenga usted, señor. Me manda a decirle el padre Manuel que si va a asistir al oficio de esta mañana, que en menos de media hora empieza y ya se están empezando a colocar los presos en orden.

—¡Faltaría más! Para asistir a misa me he pegado yo este madrugón como todos los domingos, para qué si no. No regresaré a Pamplona hasta que haya acabado la misa. Ya se lo puedes decir a don Manuel y que vaya preparándome una silla.

—De acuerdo, señor.

—Por cierto, muchacho —se acercó el director a la puerta antes de que se marchara—, antes de ir a ver a don Manuel, pasa por la cocina y dile al Chato de mi parte que nos prepare un buen chocolate caliente, bien espesito, y unos cuantos mantecados de esos que requisó ayer Sánchez Pescador. Con este frío los vamos a necesitar para entrar en calor antes de la misa.

—Pero... ¿no va a confesarse usted? —preguntó Carlos sorprendido tras irse el soldado, y casi al mismo tiempo se arrepintió de hacer la pregunta.

—Sí, hombre, sí, pero Dios sabrá perdonarme. Con este frío cualquiera no se toma un chocolate para templar el cuerpo. Pero venga démonos prisa, no nos entretengamos más, que hay que hacer un repaso de todas las nuevas medidas y si no nos apuramos antes de la misa luego se me va a pasar la mañana en tonterías y me están esperando en Pamplona unos amigos que han venido a contarme cómo va la guerra. Siéntate —añadió.

Y Carlos abrió un cartapacio sobre el que se leía «Nuevas medidas administrativas de obligado cumplimiento en el Penal de San Cristóbal».

8 de la mañana del 22 de mayo de 1938

Baltasar Rabanillo, como todos los días poco antes de las ocho, atravesó el patio y se dirigió al lavadero que se encontraba bajo el edificio de la enfermería y el economato dispuesto a limpiarse para enfrentarse a una nueva jornada. Intentaban asearse todos los días, pero ni sus mujeres los hubieran reconocido en muchos casos. Delgados y sucios, en su mayoría, no había hojas de afeitar suficientes como para afeitarse a diario, de modo que unos iban afeitados, los otros con la barba de días, los más con las manos sucias y los pantalones raídos. Baltasar, alto, pálido y de anchos hombros, intentaba llegar siempre a tiempo de aprovechar el agua y rasurarse la barba. Destacaba entre sus compañeros en la fila mientras le llegaba el turno, porque se dedicaba a colocarse, de forma minuciosa, la camisa, la chaqueta, el cinturón... todo prendas prestadas pero «casi nuevas», explicaba siempre presumiendo ante sus compañeros.

Por la mañana, temprano, los presos de las brigadas se aseaban como podían, ya que tan sólo disponían de agua veinte minutos al día. Aquellos a los que aquel día habían castigado y no les habían dado permiso de salir al exterior de las celdas, lo hacían con el agua que recogían a lo largo de la noche dejando una lata apoyada en las paredes donde rezumaba la humedad; otros, con más suerte, podían ir a los lavabos que estaban empotrados en la pared de la nave central; los más acababan en el lavadero comunitario sorteando pulgas y chinches.

En esos momentos, se formaban largas filas formadas a toda prisa en un ridículo intento de abastecer de agua a más de quinientos reclusos que nunca llegaba a cumplirse.

El agua, siempre sucia y casi helada, reanimó a Baltasar y se olvidó por un momento del hedor permanente que salía de los retretes que tenía al lado y que le provocaba arcadas. Un retrete para cada cincuenta presos de la brigada primera, situado en una galería interior del penal sin ventilación ni posibilidades de higiene, no despedía lo que se dice buen olor.

Fernando Garrofé y Segundo Marquínez entraron en ese mismo momento a

lavarse. Los dos jóvenes iban charlando. Eran dos obreros que habían sido detenidos al principio de la guerra por repartir octavillas animando a la resistencia y que al poco de salir de la cárcel se habían juntado con Leopoldo Pico y habían participado en el intento de voladura del puente de Barambio. Desde entonces se habían hecho inseparables.

—Lo diga el cura o quien sea, Fernando, me da igual. Si el infierno es peor que San Cristóbal, eso habrá que verlo. Estando como estamos, no me da miedo ir a parar a él.

—Cuando volvamos a casa nadie se lo va a creer. No he querido ni contárselo a la Encarna por carta. ¡Agua veinte minutos al día y somos más de dos mil! —dijo Fernando mientras esperaba a que le llegara su turno.

—No creo que...

Tras ellos, entró Leopoldo Pico. Nada más verle se callaron y lo saludaron con el respeto que se ha ganado alguien que está fraguando una fuga; alguien que había logrado convencerlos de que un edificio que está construido para impedir la entrada, no podía impedirles la salida. Al verlos, Leopoldo se giró como para darles la espalda y susurró a su lado un inesperado «*Morgau nin elstelig*»^[5] y con un gesto les dijo que lo siguieran. Fernando y Segundo se miraron y de inmediato, sin mediar palabra, se dirigieron junto a Baltasar y Leopoldo hacia el patio. Cada uno en distinta dirección, pero sin perderse de vista por el rabillo del ojo. No hacía falta nada más. La suerte estaba echada y todo seguía su curso según lo esperado.

El hecho de que Pico se hubiera dirigido a ellos en esperanto, el idioma que utilizaban para comunicarse todas aquellas informaciones que de ninguna manera podía conocer alguien que no estuviera involucrado en la fuga, los puso sobre aviso de que había empezado la cuenta atrás.

Faltaba poco para que el reloj diera las ocho. A esa hora todos los presos habían empezado a salir de sus celdas de forma ordenada hacia el patio. No había que dejar que el cura se enfadara. Todos sabían que debían evitar llegar con retraso a la misa; de no hacerlo, eso era motivo más que suficiente para que don Manuel se irritara y consiguiera que los guardianes les dieran algún que otro vergazo como castigo por la tardanza.

Al notar el relente, Baltasar se arrepintió de haber dejado la chaqueta en la brigada, aunque ésta casi clareara de lo gastada que estaba. Estaba fresca todavía

la mañana de ese domingo de mayo y le recorría el cuerpo una especie de temblor que cualquiera podría asociar al mal tiempo, pero que él sabía perfectamente que estaba provocado por los nervios que tenía tras escuchar la frase de Leopoldo iniciando la cuenta atrás.

Mientras los soldados seguían con el recuento diario que hacían a las ocho menos cuarto conforme los reclusos iban entrando en el patio, Baltasar le guiñó el ojo a Julián Ortega, camarada suyo desde la cárcel de Segovia, condenado como él a treinta años por rebelión militar, para transmitirle la noticia con un gesto. «Hoy es el día», le informó levantando el pulgar, y se lo quedó mirando mientras el otro le contestaba con un leve asentimiento de cabeza para confirmar que él, al devolverle el guiño, había recibido la información correctamente. En ese momento, Baltasar, notando que la humedad del suelo se le subía por los pies, no pudo evitar pensar que en el monte el agua les dificultaría bastante la huida.

Jornalero y comunista militante, Baltasar Rabanillo era uno de los presos que habían llegado al fuerte procedente de Bernardos, como Julián. Aquel día en el pueblo no hubo robos ni muertos, pero poco tardaron en llegar los sublevados y hacerse con el control del municipio. En unos días, sesenta y tres personas fueron procesadas por no sumarse al golpe y de ellas dieciséis fueron fusiladas sin juicio, el resto fueron detenidos en una cárcel improvisada de la provincia y trasladados al Penal de San Cristóbal. Ni pudo despedirse de su mujer, que también había sido detenida y estaba a la espera de juicio en las dependencias habilitadas para las mujeres.

Al llegar al fuerte, Baltasar no sabía cuántos reclusos había en él, tan sólo que llegaba con cuarenta vecinos. Hizo un cálculo aproximado de unos doscientos, reconociendo de inmediato a Julián entre ellos, al haber coincidido en más de una ocasión en algún mitin en la Casa del Pueblo. Poco tardaría Baltasar en averiguar que se había equivocado en su suposición por varios cientos. De hecho, ahora el patio se les quedaba pequeño a los más de dos mil quinientos prisioneros que esperaban, obligados, a que diera comienzo la misa. En eso radicaba otra de las ventajas que tenían los militares: sólo ellos sabían cuántos eran y dónde estaban. Los reclusos, sin embargo, ni tan siquiera eran capaces de hacer una descripción exacta del lugar en que se encontraban.

Trabajo le costó a Baltasar entender el plano que Ángel Arbulo trazó para

Pico. Tal como lo dibujó el chaval, parecía que estaban hablando de una extensión de terreno y unas edificaciones mucho mayores de lo que alguno de ellos hubiera imaginado. Y cada vez que salía al patio intentaba reproducir los detalles que Arbulo les había facilitado, en un intento de memorizarlo todo para que llegado el día no necesitara ayuda.

—¿Estás seguro de lo que has dibujado? ¡Casi abarcaba toda la montaña! — exclamó Baltasar dudando de lo que veía, cuando se lo mostraron.

—Eso parece, amigo —contestó Pico, mientras Arbulo subía sus hombros como queriendo decir «esto es lo que hay».

Ángel Arbulo era un chaval de tan sólo diecisiete años cuando fue enviado a San Cristóbal con una condena de veinte años a sus espaldas. A pesar de su juventud se había presentado voluntario para ir al frente en cuanto empezó la guerra. Allí, la mala fortuna quiso que cayera prisionero al poco y lo enviaran a la cárcel de Gazteiz, de donde, tras un juicio nada claro, fue sentenciado y trasladado al fuerte.

Aunque trabajaba en una panadería junto a su padre, de haber tenido posibles su familia hubiera ido a la escuela. Ésa fue desde siempre la ilusión de su madre. La suerte quiso que en Vitoria, donde vivía, uno de los clientes de la panadería fuera un maestro recién nombrado por la República, docente convencido de la necesidad de que en España todo el mundo pudiera, al menos, leer, escribir y conocer las cuatro reglas básicas.

Don Raúl, a fuerza de dedicarle horas al muchacho al acabar su jornada laboral, no sólo le hizo coger afición a los números y a los cuadernos, sino que acabó por concienciarlo de la importancia que tenía que todo el mundo pudiera estudiar. Desde entonces siempre llevaba encima un lápiz y una pequeña cartilla, donde, en sus ratos libres, se dedicaba a practicar una y otra vez el alfabeto y las más simples reglas aritméticas. Esa afición, que pronto conoció todo el mundo en el fuerte, hizo que un día Pico lo tanteara y al fin, viendo su predisposición a la fuga, le pidiera colaboración:

—Aquí todos somos importantes, todos tenemos algo que podemos hacer, porque todos queremos salir de este matadero como sea. Ven, te voy a dar un bloc nuevo y otro lápiz, y vas a dibujar un croquis de los pabellones y el fuerte.

Ángel no pudo recibir mayor alegría, a pesar de que fue consciente, también, de la gran responsabilidad que suponía ese encargo que tenía entre manos. Pero

no dudó y se puso a ello de inmediato. Día tras día, anotaba todo aquello que creía que podía ser relevante para poder trazar un plan, sin perder detalle de las entradas y salidas de funcionarios y soldados, y de cada uno de los detalles de los edificios. Por las mañanas, aprovechando que por su juventud le dejaban pasearse más libremente por el fuerte, empezó a contar utilizando su propio pie como medida, comprobando una y mil veces que no se había equivocado con los edificios, los patios, los despachos, los pasillos a los que tenía acceso... Habló con guardianes y carceleros para, en medio de la chanza, sacarles toda la información que fuera posible sobre las guardias, cambios de turno, días de fiesta, hasta que logró lo que le pareció el plano definitivo de San Cristóbal. El boceto que serviría para trazar el plan de fuga.

Si no fuera porque iban a jugarse la vida, y no le gustaba hacer bromas con eso, Baltasar, con el plano delante, se hubiera apostado con el chaval su libertad a que mentía. Parecía imposible que el fuerte fuera tan grande y contara con tantos edificios. Y, de hecho, cada vez que miraba el papel, seguía pensando qué parte del plano no era invención de un chaval ansioso por escaparse de San Cristóbal. Porque si lo que estaba viendo era verdad, ni él mismo entendía dónde los habían metido. ¿Cómo habían construido semejante edificio? ¿De qué mente retorcida había sido la terrorífica idea de excavar un monte?

Al llegar al patio, los presos se colocaron en filas de a cinco, a la espera de que comenzara el oficio, deseando los más que la misa durara poco para poder hacerse de inmediato con el chusco de pan y la pastilla de chocolate Manterola que les daban cada mañana de almuerzo. La realidad era que ese desayuno no daba ni para alimentar a un canario, pero parecía que el cuerpo, con el paso de los días, se había hecho a la idea de que bastaba para pasar la mañana hasta que les repartieran el caldo transparente del mediodía, y el estómago se removía con fuerza a esa hora reclamando su alimento.

—¿Al final no ha venido Pedro? —preguntó Rabanillo a un compañero.

—Sí, lo hemos traído entre dos, no se aguanta solo de pie —contestó Juanito Iglesias, que dormía cuerpo con cuerpo con Pedro en la primera brigada.

—Intentad que no se desmaye esta vez, ya sabéis que a don Manuel le cuesta poco interrumpir la misa y si ve a Pedro sentado no dudará en bajar a darle unos golpes con la fusta hasta que se ponga de pie.

—Dejadme, dejadme que me siente un rato, que no tengo fuerzas —

suplicaba Pedro con un hilillo de voz.

Pedro llevaba dos semanas muy enfermo, incluso había llegado a delirar alguna noche, pero se negaba a acudir al médico. Al final sus compañeros, al ver que ni podía acudir a misa, lo convencieron de que fuera a ver a las monjas que estaban en la enfermería por si éstas podían darle algún remedio que le quitara esas fiebres.

—El doctor sólo visita lunes y miércoles. Pide hora para entonces —contestó sor Inés, sin molestarse siquiera en mirarlo.

—Éstos se creen que han venido aquí a vivir como quieran —oyó que le comentaba a una de las monjas.

Faltaban tres días para que García San Miguel, el doctor, volviera al fuerte, sólo había que esperar. Al fin, el miércoles, se pasó por la brigada para verlo.

—Dime, ¿qué tienes? —le preguntó, mientras lo empujaba con un pie hasta darle la vuelta para verle la cara.

—No sé, fiebres —contestó indeciso Pedro y casi sin fuerzas.

—Hermana —dijo sin mirar siquiera a Pedro—. A éste dele dos cucharadas de purgante, seguro que si limpiamos sus tripas mejora. Y mañana que salga al patio, como está mandado. Que éstos están hechos unos holgazanes y unos vagos; cualquier excusa les vale para no realizar sus tareas.

—Como mande, doctor —respondió la monja.

—Y tú, ya lo has oído. Ya te puedes poner de pie, que a mí también me gustaría estar todo el día tumbado a la bartola. —Y salió de la brigada.

Aquel primer domingo Pedro continuaba con fiebre y no subió a misa. No fue una buena idea. El cura mismo, tras el recuento, bajó a buscarlo, y con él a otros dos enfermos. Llevaba la fusta en la mano dispuesto a utilizarla si no salían al patio para el oficio. Aprendieron la lección, y, a partir de ese día, se ayudaban unos a otros para no faltar ni un domingo más.

Cuando vieron aparecer a don Manuel, todos se colocaron en posición de firmes en el patio. El capellán se disponía a comenzar el oficio como cada domingo sin tener ningún reparo en exhibir su pistola en el correaje con el que se sujetaba el alba, y que quedaba tapada tan sólo por la casulla.

—¡Franco, Franco! —celebró el párroco antes de empezar la misa como cada semana.

Se lo hacía repetir a los presos antes de dar inicio al oficio a modo de saludo.

Y ese día, como muchos otros, ellos respondieron con «¡rancho, rancho!», convirtiendo en broma la necesidad.

—¡Agachados! ¡De rodillas! ¡Un respeto al Altísimo! —gritó uno de los cabos.

De inmediato todos los presos del patio se agacharon en actitud creyente, con las dos rodillas en el suelo.

—Si se cree que con esto nos van a convertir es que no nos conoce —susurró Baltasar a su compañero.

—Paciencia, que es la última vez que hincamos las rodillas en este patio —contestó Julián. Y se dispuso a dejar que las palabras del cura siguieran sonando, mientras en su cabeza se repetía una y otra vez cómo iba a llevarse a cabo el plan.

—Compañeros, atentos, lo peor llega ahora —advirtió Rabanillo.

Y en ese momento, los hicieron ponerse en pie a todos y entonar el *Cara al sol* y levantar el brazo derecho saludando. Se había acabado la misa.

Álvaro de Retana, que había salido con los guantes puestos al patio, ese día dejó los dedos vacíos y al levantar la mano cerró el puño. Era lo único que se podía hacer en aquel momento. El autoproclamado «más guapo novelista del mundo» sólo era capaz de llevar a cabo ese intento de resistencia pacífica. Atrás quedaban sus quimonos bordados, las cejas depiladas y los labios pintados. Hacía meses que vestía con una raída chaqueta y unos pantalones de rafia rotos. «Hombre, hombre, en las que nos hemos de ver con estos fascistas de mierda. Con lo que yo era cuando salía a la calle, que se giraban a mirarme hombres y mujeres», insistía siempre con una mezcla de desaire y desengaño.

—Don Álvaro, cómo nos hemos de ver —le comentó Baltasar al verlo izar el brazo, y cuando éste le mostró el guante le hizo un guiño cómplice.

Álvaro de Retana era el intelectual de San Cristóbal. Aunque antes de empezar la guerra se ganaba la vida como novelista y periodista, también era modisto, escultor y pintor a ratos libres... un humanista, como le gustaba a él definirse, «algo libertino». Asiduo de la revista, era fácil encontrarlo en los clubes de jazz junto a «personajes de los menos recomendables», dijo el juez cuando lo sentenciaron. De nada le sirvió el reconocimiento popular por su trabajo. Sus maneras y modos de ser y comportarse hicieron de él una presa fácil para los morales ojos de los falangistas. Acudir a una manifestación vestido con

un mono de seda no facilitó nada que pasara desapercibido por la guardia encargada de controlar altercados callejeros. Lo detuvieron por alteración de orden público.

«Los rojos sois todos unos maricones y daréis con vuestros huesos en la cárcel. Os pudriréis allí», comentó el guardia. Ese mismo día fue a dar con sus huesos a un calabozo y de ahí poco después a San Cristóbal. Aunque todo el mundo conocía su tendencia homosexual, en el fuerte no supuso un problema. Cuando los presos, bajos de moral, necesitaban algo que les alegrara el día, Álvaro no dudaba en interpretar alguno de los cuplés que le habían dado fama en España. Lo que le sirvió para granjearse amistades.

—Y que lo digas Baltasar, y que lo digas. Éstos si pueden nos acabarán obligando a ir a misa diaria —contestó el escritor.

—Ay, don Álvaro, que de aquí no nos dejan salir como no sea con los pies por delante —apuntó desmoralizado un anciano que tenían al lado.

—Venga, venga, no sea usted pesimista —alentó Retana.

—Tenga confianza, ya verá como el día menos pensado vemos atravesar la verja a un destacamento del ejército republicano —apuntó Baltasar.

—Ni carné tenía yo, ni carné. Pero ya ven, me vieron hablando con los jóvenes en la Casa del Pueblo y me hicieron socialista. Así, sin más. Y mi hijo luchando en Asturias, con los falangistas. Se lo dije, que mi hijo estaba con ellos. Que lo habían llamado a reemplazo y no se negó —dijo el hombrecillo con un hilo de voz, intentando evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—No se preocupe usted, abuelo, ya verá cómo lo sacarán pronto de aquí y se encontrará con su hijo en el pueblo sano y salvo. Ya lo verá usted —contestó Álvaro, más tratando de consolarlo que de convencerlo de lo que le decía.

—Ay, hijo, Dios te oiga... —Y se alejó renqueando.

Poco sabía Álvaro de Retana de detenciones políticas, lo suyo fue un delito de «carne e inmoralidad», como decía en su ficha policial, a pesar de haberlo pillado en plena manifestación. «Detenido por querer a otros hombres y por escándalo público.» ¿Qué tenía de malo el amor? ¿Y los monos de seda? ¿Y la música? Nada, pero ahora debía pensar en la suerte, en esa suerte de cuplé que le rondaba al novelista por la cabeza: «Es la Pepa una “gachí”, que de moda está en Madrid. A veces, se presenta y para divertirse se lleva a veinte o treinta... Y como del “paseo” no suelen regresar, con bastante cachondeo así la suelen

cantar: ¡Pepa!, ¡Pepa!, ¿dónde vas con tantísimo “tío”, ¡Pepa!, ¡Pepa!, ¡que te vas a meter en un lío!». Definitivamente ese cuplé había sido un acierto y esos franquistas se estaban perdiendo con sus remilguerías, sus curas y sus mojigatos lo mejor de la vida.

—Muévete, Álvaro, que esto se ha acabado —dijo Baltasar.

Y tras cantar el dichoso himno, se dispusieron a hacer fila para recoger su desayuno, que previsoramente habían aprendido a repartirse a lo largo del día. Luego volvía cada uno a su sitio en el sótano a esperar la hora del paseo.

Álvaro miró a su alrededor, no tenía con quién cantar su cuplé. Las caras grises y desnutridas y la falta de alimento y esperanza le impedían compartir con ellos sus canciones. Estaban para pocas juergas. A su alrededor y desde los balcones que rodeaban el patio, los más de treinta soldados que custodiaban el fuerte también estaban allí oyendo misa, acompañados por funcionarios de prisiones y supervisados por los soldados de reemplazo que vigilaban a los presos. Los reclusos fueron volviendo a sus celdas en orden, no era el mejor momento para cantar.

«Qué ironía —pensó Baltasar—, hoy es santa Rita, la patrona de los imposibles, veremos a ver si es o no un imposible escaparse de este fuerte.»

Baltasar se sentía un tanto inquieto. Había dormido mal, bañado en sudor frío, nervioso, pensando en los acontecimientos que se les avecinaban. Tenía un malestar en el estómago provocado por la escasez de alimento de los últimos meses que parecía que había decidido ahora despertar. Su mente repasó una y otra vez el plan previsto, los pros y los contras, las posibilidades de éxito, los riesgos... «¿Y si nos disparan? ¿Lo harán a matar? Si nos capturan tenemos muchas posibilidades de acabar fusilados, pero ¿acaso no vivimos aquí como muertos en vida?»

Nadie conocía a ciencia cierta las respuestas. Aquélla era la primera fuga que se planteaba en el fuerte y probablemente sería la última, al menos de estas características.

—Maldita primera brigada —dijo Baltasar rascándose con saña—. Ni podemos ver las chinches para matarlas sumidos como estamos en esta penumbra permanente.

La humedad de aquel sótano, con las paredes y el suelo transpirando agua de los aljibes, era un nido perfecto para las chinches, capaces de colarse en

cualquier orificio. Primero aparecía una, luego dos y al cabo de pocos minutos había tantas que no valía la pena intentar matarlas.

—No te quejes tanto y empieza a matar alguna, al menos así tienes entretenimiento para un rato, ya que no podemos quemarlas —le dijo Leopoldo a su lado, mientras no quitaba ojo de una chinche que se acababa de posar en la tela de arpillera sobre la que dormía. Se quedó quieto. La miró fijamente. Alargó la mano, la aplastó veloz con los dedos y miró a Baltasar como queriéndole demostrar que él seguía su propio consejo. Y se rio mientras restregaba las yemas de los dedos para quitarse los restos de encima. No siempre se podían aplastar los problemas tan rápido como a las chinches, claro que, por suerte, tampoco los problemas se reproducían con la misma frecuencia que las chinches. Muerta una parecía que nacían veinte o treinta más para celebrarlo.

—Así, así vamos a aplastar a todos éstos. Uno a uno. Todos éstos se quedarán sin habla en un rato.

Baltasar sabía que Leopoldo tenía razón, sólo había una forma de librarse del enemigo, aplastarlo. Aunque sólo fuera de forma figurada, fugarse, escaparse era dejarlos planchados, heridos en su orgullo. Miró a las chinches y pensó que tan sólo les quedaban unos minutos para irlas cogiendo. Aprovecharía el tiempo, aunque no lograra matarlas a todas.

De pronto, sin venir a cuento, entraron cuatro soldados en la brigada. Al parecer se habían quedado sin permiso de fin de semana y Patiño había aprovechado para encargarles una inspección de las zonas en las que estaban los presos considerados más peligrosos. A todos los reclusos les pilló por sorpresa el registro en domingo y concibieron las peores sospechas.

«¿Se habrán enterado de lo que estamos tramando?», pensó Baltasar, a quien si le preguntaban en ese mismo momento quién de ellos lo habría «soplado» era capaz de dar un brazo por defender la discreción de sus compañeros.

—¡Maldito el momento en que se les ha ocurrido! ¡Registro! ¡Registro! — Leopoldo dijo las últimas palabras imitando a los guardias que acababan de llegar para avisar a aquellos compañeros que se encontraban más alejados de la puerta, y que ocultaron todo lo que pudieron. Y una sombra pasó por su mente, no podía volver a pasarle lo que en el puente de Barambio.

—¿Un domingo por la mañana? —preguntó Baltasar sorprendido, pues los cacheos y registros se llevaban a cabo con regularidad y nunca en día festivo.

—¡Esconded los libros! —dijo enseguida Julián Ortega nervioso, mirando a Segundo Marquínez, quien, de inmediato, se dirigió hacia donde estaban los retretes con la gramática de euskera y el diccionario de esperanto en las manos y los ocultó en una pequeña hendidura que había en la pared confiando en que no se les ocurriera mirar allí.

—¿Cómo ocultamos todo? —preguntó Segundo, preocupado, mientras levantaba las manos sujetándolo todo.

—No ocultéis nada más que lo imprescindible. Destruid todo lo que creáis que puede comprometeros, cuchillos, tenedores, papeles. Sobre todo que si os registran no os encuentren nada en los bolsillos. Hoy no pueden mandar a la celda de castigo a ninguno de nosotros. Somos más necesarios que nunca —dijo Leopoldo a los que estaban a su lado, y miró a Baltasar con cara de preocupación, pensando en los bocetos del plano de San Cristóbal que alguno de ellos llevaba en el bolsillo. La requisa de papeles solía ser exhaustiva y no podían permitirse que los pillaran con ningún papel comprometedor. Máxime cuando, por lo general, tras la requisa llegaba un interrogatorio que podía prolongarse horas y que por lo general acababa en la celda de castigo durante días.

—No te preocupes, Leopoldo. Seguro que esto es pura rutina. Nadie de nosotros ha dado el chivatazo. No encontrarán nada que les sirva de excusa para detenernos. Están enfadados porque no les han dado fiesta para bajar a Pamplona, eso es todo —le tranquilizó Baltasar, poniéndole una mano en el hombro.

—Como si necesitaran una excusa para detenernos —dijo Julián Ortega algo preocupado.

—¡Dios! —dijo Baltasar—. Estos hijos de puta van a dar al traste con nuestros planes sin conocerlos.

—Quizá pueda él ayudarte —dijo Leopoldo con ironía.

Mientras tanto, desde la entrada hasta el fondo de la galería, los guardianes removían una y otra vez las mantas y los escasos objetos, empujando y apartando a los presos a un lado y a otro como si se tratara de ganado.

—¿Quién de vosotros se ha ido de la lengua? —preguntó al fin Leopoldo con cierto tono de enfado, pero sin levantar la voz, imaginándose lo peor.

Fernando Garrofé contestó sin abrir la boca, tan sólo haciendo un gesto de

duda, antes de salir corriendo hacia una de las zonas de la primera brigada en la que escondían los escasos utensilios que habían podido conservar. Se apoyó en la pared y levantó la vista hacia la pequeña ventana. Cuando los soldados llegaron a su zona, sin moverse observó por el rabillo del ojo cómo estaban removiendo la esquina en la que estaban escondidos los pocos instrumentos cortantes que habían conseguido. Ni se fijaron en ellos. Tan convencidos estaban de que no podían tener nada tras todos los registros que habían sufrido, que movieron las piedras que los ocultaba de una patada, pero no se dieron cuenta de nada y regresaron sobre sus pasos.

—Nadie ha dicho nada —comentó Joaquín a Pico en voz baja—. Han encontrado los cuchillos que habíamos hecho con las piedras que pulimos, pero no les han parecido ni requisables.

—¡Menos mal! —se alegró Fernando—. Aunque, la verdad, no creo que nos sirvan ni para defendernos...

—Dejad de preocuparos de lo que pasará después. Ocultad ahora todo lo que sea importante, por si vienen dentro de un rato otra vez —dijo rotundo Leopoldo— y, sobre todo, no les deis ni un motivo para deteneros, alejaros de todo lo que sea incriminatorio.

—Sería una pena que los destrozaran o se quedaran algo de lo que tenemos en la brigada —apuntó Fernando.

«Todas las herramientas e instrumentos son de fabricación casera», se vanagloriaba siempre Baltasar, quizás el artesano más meticuloso del fuerte. Sus objetos más preciados eran cuchillos sencillos, hechos con mangos de cuchara, algún punzón o la chocolatera de Julián. Les bastó con robar de la enfermería aquellas sierritas que venían en las inyecciones para hacer filos que podían cortar.

Baltasar, a fuerza de, con mucha paciencia, limar con algunas piedrecitas del patio, había logrado hacer unos cuchillos tan primitivos como útiles. Una vez fabricada la hoja, acoplaba unas cachas de madera, de las cajas de naranjas vacías que tiraban en el patio. Luego, sujetaba las hojas con unos hilos sacados de las colchonetas. Aunque el cuchillo que más abundaba en el fuerte era el fabricado con las partes laterales de las latas pequeñas de sardinas. Durante horas, con mucha paciencia, se golpeaba su borde con otra chapa más dura para sacarles dientes y apenas sin esfuerzo ya tenía un cuchillo. El problema era si,

por un error, se cortaban al fabricarlo. Al comer poco y mal, si se hacían heridas tardaban semanas en cicatrizar.

Era sorprendente las cosas que podían llegarse a fabricar aprovechando el tiempo libre y derrochando destrezas que muchos de ellos ni sabían que tenían. Cada uno había desarrollado una habilidad. Además, entre los presos había ebanistas, fontaneros, grabadores... gentes que, aguzando el ingenio, con su habilidad manual lograban hacer objetos, con materiales de desecho, que eran verdaderamente curiosos. Desde una máquina de cortar el pelo hecha a partir de una lata de sardinas hasta un ajedrez fabricado con miga seca de pan, pasando por unas zapatillas con la suela de goma de las alpargatas que vendían en el economato y la tela de los trozos más gastados de ropa, cinturones a fuerza de sacar hilos de las colchonetas y unirlos, o una tijera, que, juntando dos cucharas, podía servirles tanto para cortarse el pelo como para arreglarse las uñas o afeitarse.

—Parece que no vamos a encontrar nada —dijo uno de los soldados.

—Espérate que hoy les toca enviar carta, alguno de ellos hablará más de la cuenta y algo pillaremos —contestó otro.

—Esto es Siberia —les había dicho uno de los guardianes que acompañaba a los soldados al poco de llegar—. No penséis ni en indultos ni en amnistías. Cuando escribáis a vuestros familiares, siempre cartas cortas y bien expresadas. Vamos, que no os andéis con florituras y decid sólo: «Estoy bien, mandad dinero», aunque os estéis muriendo, porque de aquí no sale ni una sola carta sin nuestra supervisión. Andaros al tanto con decir lo que no debéis.

—Cuidadito con equivocarse en lo que decís, que os jugáis las visitas. Ni un comentario, ni una crítica disimulada al Glorioso Movimiento Nacional o al Régimen —había añadido otro.

—Las visitas o algo peor. No olvidéis que las celdas de castigo llevan unos días vacías y con ganas de tener ocupantes —apostilló socarrón un tercero antes de salir.

Los soldados desaparecieron sin encontrar nada. Al acabar se despidieron dando un par de patadas para que los dejaran salir tranquilamente.

—Al menos hoy también les toca a ellos recibir visita antes de la comida, a ver si eso los relaja un poco —dijo en voz alta Joaquín.

—La mitad de estos muchachos son de reemplazo y nadie vendrá a verlos, un

motivo más para que estén enfadados y tomarla con nosotros —contestó Fernando.

—Siempre habrá una excusa para pegarnos, aunque sea el simple aburrimiento —dijo Baltasar.

—¡Pues esto se les acaba hoy! Camaradas, podéis estar seguros de que en menos de doce horas no nos encuentran. Y la próxima vez que nos tengan delante será en un combate frente a frente, pero ya como iguales —susurró a sus amigos Leopoldo con cara de satisfacción al ver salir a los soldados sin llevarse a nadie detenido.

Mediodía del 22 de mayo de 1938

—¿Te viene alguien hoy? —le preguntó Leopoldo a Baltasar mientras caminaba junto a sus compañeros dando la vuelta al patio.

—Pues no. La última vez que estuvo mi mujer aquí me dijo que intentaría conseguir dinero para venir cada dos meses, y este mes no toca —contestó Baltasar algo desanimado, metiéndose las manos en los bolsillos.

Aunque cortas y llenas de dificultades de comunicación, las visitas de los familiares eran el único consuelo con que contaban los presos en su devenir carcelario tras meses de reclusión. A veces, las simples anécdotas, inventadas en muchas ocasiones para evitarles contar las penurias que vivían, sumidos en una guerra que arrasaba con todo aquel que se ponía en medio, les daban temas de conversación que duraban semanas y los colmaban de esperanzas que, de sobras, sabían vanas.

—Mi Encarna tampoco viene hoy. Me mandó una carta y este paquete de tabaco con una vecina del pueblo que venía a ver a su hermano —comentó Fernando Garrofé juntándose a ellos algo desanimado y ofreciendo del poco tabaco que le quedaba antes de liarse él un cigarrillo—. Me decía que la niña estaba enferma y que los medicamentos que necesitaba eran muy caros. Se gastó todo el dinero con el doctor y no le quedó para venir, y ya va para tres meses sin visita. Y a Dios gracias en su última carta me dice que parece que la chiquilla ya está mejorando. Al menos que la cría salga adelante.

—Total, con un funcionario delante escuchando todas las conversaciones, las dos filas de barrotes y la tela metálica separando poco se puede hablar —dijo Ernesto, dándole fastidiado una patada a una piedrecilla que se le apareció.

—Razón no te falta —apuntó Fernando, aunque por el tono con que lo dijo no se le veía convencido—. Pero al menos las ves, ahí enfrente, aunque no puedas decirles nada, sabes que están bien.

No hacía ni una semana que Fernando podía disfrutar de darse un paseo por el patio junto a sus camaradas. Al poco de ser detenido, acusado de provocar

desórdenes callejeros y colgar carteles animando a la resistencia frente a los fascistas, fue trasladado a San Cristóbal desde la cárcel de su pueblo. Llegó con una condena de diecisiete años. Nada más llegar se enzarzó en una pelea con uno de los guardianes del fuerte. La fatalidad quiso que el hermano del vecino de su pueblo que lo denunció estuviera destinado a San Cristóbal y que al reconocerlo en la cola del rancho se lo recordara con cierta guasa.

—Así te hubiéramos disparado a ti en una calle oscura, y ahora no estarías dando problemas y gastando comida —le increpó Roberto en cuanto lo tuvo delante.

—Escúchame bien, desgraciado, porque si estuvieras en la calle ya te habría dado para el pelo. Aquí sí que te atreves a meterte conmigo. Eres tan cobarde como tu hermano. Denunciarme a cambio de un par de sacas de harina, se necesita ser mala gente. Vergüenza me daría a mí mirarlo a la cara si fuera mi hermano, vergüenza y asco. —Y escupió en el suelo.

—Mira, Fernando, no te pongas chulo, que tienes las de perder —le contestó amenazante Roberto mientras se le acercaba.

—Yo ya estoy aquí encerrado, ni que perder ni que ganar tengo, veremos cuando salga cómo lo tienes tú. Que a los de tu calaña se os reconoce pronto en la calle —respondió Fernando sin retirarse ni un paso y mirándolo fijamente a los ojos.

Y siguieron gritándose, y diciéndose de todo menos bonitos, y se fue liando cada vez más y a Fernando sus compañeros le decían que amainara, que no era buena idea seguir por ahí, que se iban acercando otros soldados y que en esa situación tenía las de perder. Pero ninguno de los dos aflojó y a punto estuvieron de llegar a las manos.

—¡Vosotros dos! ¡Orden! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó Patiño con fastidio.

—Nada de importancia, señor. Éste, que lo denunció mi hermano por ir por ahí pegando carteles socialistas en las fachadas, y bien denunciado que estuvo, y ahora va de chulo y quiere recibir también de mi parte. Pero no se preocupe, señor, que este rojo lo que necesita es que alguien le diga cuatro verdades y lo meta en cintura de una vez por todas. Y, si me lo permite, señor, de eso me encargo yo ahora mismo.

—Bueno, bueno, menos humos que aquí el único que decide cuándo y a

quién meter en cintura soy yo. Y a ti, ¿qué te pasa? No hace ni unas horas que has llegado y ya estás armando jaleo —le preguntó Patiño a Fernando, y éste, por toda respuesta, volvió a escupir.

Todos los que estaban delante se miraron temiendo lo peor. No era buena idea dejar en ridículo a Patiño.

—Vaya, ha llegado un chulito. Pues se te van a quitar las ganas. Mira por dónde, uno que va a dar hoy con sus huesos en la celda de castigo —dijo sin dudarlo Patiño cuando vio que Fernando no tenía intención de callarse.

—Así aprenderás a respetarnos. Ya puedes ir borrando el nombre de mi familia de tu boca. Y cuidado no vayamos a por tu mujer. Y no me mires así, que de sobras sabes que puedo hacerlo —le dijo Roberto, amenazante.

Fernando se paró en seco. Mencionar a Encarna fue como un mazazo inesperado.

—Cobarde. Meteros con una mujer indefensa... —susurró.

—Soldado, no pierdas más el tiempo discutiendo —ordenó Patiño—. A la celda de castigo con éste, una semanita a pan y agua y a ver si al salir ha aprendido modales.

Y por detrás, casi sin que Fernando se diera cuenta, se le acercaron dos guardias que, sujetándolo cada uno por un brazo, se lo llevaron a la fuerza. Y allí estuvo nueve días; le «regalaron» dos más de los prometidos a cuenta de Roberto, que se encargó de modificar las fechas de salida para que nadie lo sacara antes.

Hacía ya un día que había salido de su encierro, pero Fernando todavía no lograba abrir completamente los ojos cuando paseaba por el patio, porque la luz del sol seguía quemándole en los ojos. Sólo le animaba a continuar luchando la esperanza de ver, al menos, a su mujer, que esa semana, calculó, tenía que subir a visitarlo. Pero sus cálculos no fueron acertados. Y cuando llegó a la brigada tan sólo le esperaba un paquete de tabaco y una carta de Encarna. Tampoco ese mes podía subir a verlo. Y se derrumbó.

El locutorio donde se veían los presos con sus familiares era una sala estrecha sin ventanas, dividida por un pasillo protegido a ambos lados por una rejilla que impedía, casi por completo, ver la cara de la persona que tenías delante. En el pasillo que separaba la zona de los presos de la de los familiares había un soldado que lo recorría arriba y abajo durante toda la comunicación

para impedir el contacto físico y controlar, cuando no impedir, las conversaciones. Los familiares, antes de entrar, dejaban a los guardias los paquetes que les traían a los presos, y aquéllos, las más de las veces, no se los entregaban.

Fernando no era amigo de recibir visitas, lo había dicho siempre. Pero, mentía, se mentía a sí mismo para hacerse el fuerte, y había momentos en los que tan sólo una visita lograba hacer que no perdiera el ánimo. A pesar de eso, la suerte había vuelto a cebarse con él, y en las dos últimas ocasiones las noticias que le llegaban de su casa fueron tan malas que, para no añadir preocupaciones a su mujer, prefirió decirle que no se preocupara por él. Ahora se arrepentía...

—«Mejor será que esperes a que salga yo de este agujero. Quizás el próximo mes... —le escribió—. Y que se preparen todos en el pueblo, que aunque seas la mujer de un rojo tienen que respetarte como a la que más. Ya me encargaré yo cuando regrese al pueblo. Malditos sean.

»Cuida a Encarnita y cuídate tú.

»Te quiere, tu esposo.»

La carta que le escribió pudo salir de San Cristóbal gracias a una de las mujeres pamplónicas que, a modo de madrinan de guerra, subían a verlos una vez cada quince días llevándoles algo de alimento y ropa. No hubiera podido llegar a buen puerto de otro modo. En administración controlaban y leían todas las cartas que entraban y salían, y si no les gustaban, no sólo rompían la misiva, sino que además castigaban al receptor o a quien la había escrito.

Por suerte estaban esas mujeres, nada las paraba, conseguían convencer a los guardias de reemplazo ya fuera con buenas palabras o con chantajes.

Fernando no sabía leer ni escribir, y le pidió a Daniel que se la escribiera. Con el papel en la mano, doblado mil veces para que apenas si se viera, simuló un tropiezo, la deslizó hasta la bolsa de una de ellas y ésta logró esconderla en el refajo en un momento en que no estaba pendiente de ellos el guardián que estaba vigilando. Si le llegaba a Encarna, al menos tendría un consuelo.

Esas mujeres eran de lo mejorcito que les había pasado a los presos de San Cristóbal. Las emakumes subían al fuerte puntualmente todas las semanas, cargadas de paquetes y de buenas palabras. Algunas eran familiares de los presos, las más subían por simple solidaridad con los detenidos. Casi de madrugada, cargaban en sus espaldas sacos de ropa, comida y tabaco, y hacían el

camino a pie desde Pamplona hasta el monte Ezkaba para ver a unos presos que en muchos casos ni conocían, pero a los que querían ayudar.

Lo que al principio fue una idea desorganizada, al final se había establecido como un trabajo estricto que cumplían con rigurosidad, no querían fallarles a los que allí se encontraban. Así, juntaban durante la semana ropa y comida, y los jueves llegaban con todo en sacos que cargaban a la espalda. Había muchos *gudaris*, soldados nacionalistas, presos, instalados en los pabellones. Vascos y navarros detenidos sólo por serlo, que las esperaban ansiosos, pero también traían cartas de algunos familiares de otros presos de San Cristóbal procedentes de otras zonas de la Península. Y ellas lograban saltarse la censura. A las emakumes les resultaba más fácil colar los paquetes que recibían y las cartas. Algunos de los soldados de reemplazo que estaban en el fuerte eran hijos o amigos de los mismos pueblos de los que ellas venían, y cuando las veían llegar unas veces miraban hacia otro lado sin interesarse ni controlar demasiado lo que hacían, y otras les preguntaban ellos mismos por sus familiares.

Pero tener enfrente a la familia siempre era más tranquilizador.

—Saber que al otro lado está tu mujer... Ya verás como al final la verás pronto tal y como están las cosas —apuntó Baltasar con pena siguiendo la conversación e intentando insuflar un poco de optimismo.

Ernesto, alto, de carácter vital, debido a sus diecisiete años, rostro fino y nariz aguileña, los escuchaba sin decir nada. A él, desde que lo trasladaran a San Cristóbal hacía seis meses, no había venido nadie a verlo, y no creía que lo hicieran mientras estuviera en Pamplona.

Desde que lo detuvieron, poco después de salir de la capital hacia el frente, habían empeorado las comunicaciones, por no hablar de lo costoso del viaje y de que ni él mismo estaba seguro de que sus padres supieran a qué cárcel lo habían trasladado. Aunque, la verdad, bien mirado no podía quejarse, en realidad tenía suerte, porque no había perdido a nadie de su familia, ni tenía a ningún familiar detenido. Era el único que estaba preso. Tan sólo estaba lejos de casa, de Madrid; igual que él estaban muchos de los presos de San Cristóbal, y por eso nunca recibían visita.

—La última vez que la vi me hervía la sangre de saber que estaba ahí, delante de mí, en mi propio pueblo y yo no podía hacer nada por ayudarla —explicó Fernando—. Yo estaba con las manos atadas a la espalda, sentado en un

banco. En el pueblo no había ni cárcel, habían habilitado el patio de la escuela para los detenidos y nos habían sentado uno al lado del otro, y allí estaba Encarna, sin saber qué iba a pasar, en el suelo. Todas las mujeres enfrente y no nos dejaron ni abrazarlas. Tan hacendosa, tan buena con todo el mundo, cómo lloraba, con la chiquitina en brazos. Cómo se estaban portando con ella, que se cubría la cabeza con un pañuelo para que yo no viera que se la habían rapado. Cogieron a nuestras mujeres, a todas las de los que estábamos detenidos, y las pelaron. Así, sin más, sólo por hacer daño. ¡Nos hervía la sangre! «¡A por las mujeres de los rojos!», gritaban unos jóvenes con las camisas azules, y nosotros, sin poder salir, las veíamos pasar una a una. Todos esos falangistas habían llegado de Salamanca, se notaba que sólo querían hacer daño. Y yo aquí, sin poder hacer nada, sabiendo cómo la están tratando en el pueblo y con la niña malita. ¡Hijos de mala madre! ¡Se enterarán de quién es Fernando Garrofé cuándo salga de aquí! ¡Se enterarán!, te lo juro por mi mujer y mi hija. —Y dicho esto se llevó el dedo pulgar y el índice a la boca confirmando su promesa, mientras con disimulo se retiraba de la cara una lágrima que no había podido evitar que resbalara por sus mejillas.

—Tranquilízate, que no es bueno que estés así. Piensa que en nada estaremos fuera —apuntó Daniel, dándole ánimos.

—Fuera... —repitió Fernando como si no se lo creyera del todo.

—Venga, arriba esos ánimos. Al menos tú tienes mujer y una hija por las que luchar y por las que escaparte de aquí —apostilló Ernesto en un tono que no ocultaba su tristeza mirando a Fernando y que le hizo pensar en lo mucho que todos los que estaban allí habían perdido en muy poco tiempo.

Ernesto, los primeros días tras el golpe de Estado en Madrid, se encontraba reunido en la Casa del Pueblo y cuando salió, de camino a casa, a los pocos metros oyó una explosión y entonces vio cómo una bomba destrozaba el edificio del que acababa de salir. Se giró dispuesto a ayudar a sus camaradas, pero no logró sacar con vida a ninguno de ellos.

Impotente, no pudo ni quedarse al entierro por miedo a ser detenido, tuvo que huir antes de que los mismos falangistas que habían ido a ver si había supervivientes lo capturaran a él también, camino del frente. Esos primeros días del golpe había una anarquía total, hasta que finalmente se supo que Madrid era republicana. Para entonces él ya se había enrolado y se dirigía a Salamanca. Allí

fue donde, tras una refriega, acabaron por detenerlo. Con sólo diecisiete años, lo condenaron a otros tantos de encarcelamiento.

—A ver si hoy al menos, con un poco de suerte, los que vienen de visita logran colar algo de comida... —apuntó Ernesto, que se había quedado en los huesos en los meses que llevaba en el fuerte.

Por suerte, eran muy amigos de un grupo de vascos que siempre acababan por compartir los alimentos que les llegaban.

—Dejaros de sensiblerías y de pensar en comida. En nada estaremos en casa y comeremos unos buenos chorizos de las matanzas —señaló Leopoldo eufórico, mirando de reojo la fila de familiares que esperaban a entrar en el locutorio y contando mentalmente las escasas horas que los separaban del gran momento.

—¡La matanza! —suspiró Baltasar—. No dejo de pensar en la matanza. Lo bien que nos lo pasábamos ese día... ¡cómo gritaban los condenados! —Sonrió al pensarlo.

—Bueno, di, qué hacíais —preguntó impaciente Ernesto—. Los de ciudad no hemos visto nunca una matanza —apostilló intentando que la conversación derivara hacia temas más alegres.

—¡Eso sí que es pasar un buen día! —dijo de inmediato Baltasar—. Días antes ya estábamos pensando en el banquete que nos íbamos a dar. El día elegido, cogíamos a los cerdos bien engordados durante el año y los metíamos en el corral, al poco los sacábamos uno a uno. Los matábamos allí mismo, sujetos entre unos cuantos y los despiezábamos después de dejarlos sangrar lentamente. Una vez sacrificados todos, una de las mujeres encendía a un lado un fuego. Entonces cortábamos las chuletas del primero de los cerdos, y mientras ellas limpiaban y preparaban las tripas para hacer embutido, nosotros asábamos las chuletas y una pierna, y mientras tanto seguíamos preparando la carne hasta que podíamos comérmolas. Se me hace la boca agua con sólo pensarlo. Dorada, tierna, la cortábamos en grandes trozos, y al lado una buena bota de vino. Sin vino no se puede comer una buena chuleta. Lo demás para guardar, el embutido todavía tardaba unas semanas en estar curado, y el resto en salazón, para que no se estropeará. Luego, recordábamos durante días ese momento y siempre se nos hacía la boca agua.

—No sigas, que mis tripas ya se están quejando, mejor no sigas —apuntó Jovino—, que nosotros hacíamos algo parecido en el pueblo, parece que lo estoy

viendo.

—Cuando salgamos de aquí iremos todos a mi casa y le diré a padre que os mate un cerdo. Sólo para vosotros —aseguró Baltasar sonriendo a sus amigos.

—¡Ángel Arbulo, a comunicar! —gritó un guardia desde el fondo del patio interrumpiendo la conversación.

—¡Chaval, venga! ¿No has oído? ¡Que te han venido a ver! Anda, corre —le dijeron todos a una girándose hacia donde estaba el compañero.

—¡Voy! ¡Voy! —dijo Ángel levantándose de un brinco y dejando a medias la partida de cartas que estaba jugando. Y mientras corría hacia el locutorio se iba aplastando el flequillo para estar más presentable y se sacudía un poco la camisa y la chaqueta para que saltaran los piojos. Ángel llevaba unos viejos pantalones llenos de remiendos y la chaqueta de un traje que le había regalado un amigo antes de que lo fusilaran. Estaba sucio y había adelgazado mucho, pero sonreía feliz ante la inesperada visita.

Los domingos a la una de la tarde comenzaban las visitas de los presos de la primera y segunda brigada, las llamaban «comunicaciones orales» y duraban poco más de quince minutos. Los turnos de visita de cada uno de los grupos de reclusos estaban repartidos a lo largo de la semana, los lunes los pabellones de generales y oficiales, los martes los pabellones de la tropa, los miércoles la segunda brigada y los jueves la tercera. No era fácil para muchas familias llegar hasta Pamplona. Los gastos que conllevaba el viaje para ver a algún familiar al fuerte eran altos, por no hablar de las provincias que estaban en guerra, desde las que era prácticamente imposible salir para visitar a nadie, y de las pocas informaciones certeras que llegaban del paradero de muchos de los que estaban detenidos.

Ese domingo 22 de mayo ninguno de los del grupo que preparaba la fuga esperaba recibir visita, y la llamada a Ángel fue una sorpresa. Las miserias de la guerra habían aumentado las distancias y los familiares de los presos que no vivían cerca de Pamplona sólo podían acercarse al fuerte cada tres o cuatro meses, y eso para ver a sus seres queridos menos de media hora y encima casi sin poder entender lo que les decían. Por suerte, el chaval era de un pueblecito de Pamplona, y venían a verlo un par de veces al mes.

Ese día, de todos ellos, sólo Ángel y el pamplonica Guerendiain, un pelotari detenido en Barcelona antes de la guerra, fueron llamados a comunicar. Este

último regresó, además, con algo de comida. Era un preso común y no le tocaba comunicación, pero tuvo la suerte de que uno de los soldados que estaban en la entrada del locutorio era de su barrio y le hizo la vista gorda a su mujer y la dejó entrar a comunicarse mezclada entre los familiares de los otros presos. Recibió un paquete con un poco de ropa de recambio y algo de comida. El paquete entró casi intacto a San Cristóbal y se dispuso a compartirlo.

—Bueno, he tenido que sacar un chorizo para que se lo dieran a Michelín e hicieran la vista gorda, pero ha valido la pena. ¡Mirad lo que me han enviado de la matanza de casa! Es de la matanza de Navidad. *Txerri guztiei eltzen zaie san martin eguna!*[6] Y nunca mejor dicho —comentó a sus compañeros orgulloso mientras hacía gestos de que se acercaran porque iba a compartir con todos ellos lo que había recibido.

Tras saborear el inesperado regalo, se fueron repartiendo por el patio en pequeños grupos, para que los soldados no tuvieran un pretexto para castigarlos. A pesar de que al mediodía casi siempre solía calentar el sol, ese domingo se había levantado más frío que de costumbre y estaban todos frotándose las manos y moviéndose de un lado a otro para entrar en calor. Algunos incluso habían regresado a sus celdas para estar más guarecidos.

Sin embargo, la humedad de la primera brigada no facilitaba que los presos entraran en calor, y Leopoldo, Baltasar y Julián decidieron quedarse en el patio y pasear un rato, mientras se hacía la hora de la comida, para ultimar algún detalle sobre la fuga sin miedo a ser escuchados por oídos indiscretos.

—¿Sabéis si Ernesto ha hablado con el Manos esta mañana? —preguntó Leopoldo.

—Me ha dicho que está todo bajo control, que no nos preocupemos. Él será quien reparta la cena hoy —confirmó Baltasar, levantando el dedo pulgar en señal de triunfo.

—¿Y las llaves? ¿Comprobasteis ayer si Michelín las llevaba también asomando del bolsillo como cada día?

—Sí, sí, no te preocupes por eso ahora. No va a cambiar hoy Michelín su forma de llevarlas. Sólo nos falta que el chaval...

—Vosotros, ¡menos cháchara! Y alejaros de la entrada de pabellones —gritó uno de los soldados que vigilaban el patio.

Se pararon en seco y cambiaron de rumbo. No era el día de discutir.

Leopoldo no se había dado ni cuenta, pero al pasar por delante del edificio de los pabellones se lo quedó mirando. Ángel no había podido averiguar con exactitud el número de soldados que custodiaban el edificio, y la duda le rondaba por la cabeza. Nunca había entrado allí, pero sabía que ahí estaban los presos de más categoría —militares, intelectuales, estudiantes— y a veces había hablado con alguno de ellos, aunque rara vez coincidían en el patio. Los soldados acostumbraban alternar los horarios de paseo por el patio, para que no hubiera contactos frecuentes entre edificios y así, suponían, evitarían las tramas y las ayudas entre los presos. La suerte estuvo de su parte cuando alguno de sus compañeros de la primera brigada fue trasladado a pabellones, pero en realidad éstos eran los menos.

Daniel, Ernesto y Jovino vivían en los pabellones. Pero como cada uno tenía tareas asignadas nunca coincidían a las mismas horas y eso les impedía controlar, con exactitud, a los soldados y las guardias que hacían. Lo intentaron, y creyeron deducir el número y los cambios de guardia, pero a cada poco los cambiaban. En realidad, les parecía, era el edificio menos controlado, ya que los que allí vivían no eran, a ojos de la dirección, presos que pudieran darles problemas, ni a los que quisieran interrogar.

—No sabemos cuántos caballistas[7] hay. Aunque no creo que eso sea un problema. Porque poco van a ayudar o a entorpecer la fuga —comentó por lo bajo Leopoldo mientras andaba en dirección a las brigadas y les hacía una señal a Daniel y a Jovino para que se unieran al grupo.

—Tendríamos que preguntárselo a Teolindo o a Guillermo. ¿Alguno tiene dinero para el barbero? —preguntó Daniel—. Ésos sí que están siempre a la entrada del edificio y, a buen seguro, pueden darnos no sólo los horarios, sino también los nombres.

—Yo no me fiaría de ellos —apuntó Jovino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pico.

—Sí, eso, ¿qué quieres decir? —insistió Julián.

—Pues eso, que yo no me fiaría —repitió Jovino, y le dio una patada a una piedra—. A mí no me da buena espina, qué queréis que os diga.

Pico no quiso insistir y les hizo una señal a los demás para que tampoco lo hicieran. Ya se enterarían de otro modo. Él seguía pensando que no estaba mal haber incluido a un par de «chuqueles»[8] en los planes de fuga. Al menos así la

información de pabellones les llegaba de primera mano, aunque la verdad es que no siempre daban con ella.

—Yo mismo puedo ir a que me rapen. Pero habrá que tener cuidado esta tarde, porque el otro día me dijo Ernesto que hasta falangistas tienen ahí metidos y a ver si nos encontramos con ellos en el barbero y se acabó la conversación —comentó Baltasar con desdén a sus compañeros.

—No te apures que éstos no tienen problemas de comida, ni de ropa —dijo Leopoldo.

—Intenta que no se te note lo que quieres saber, así siempre será más fácil —dijo Julián, quien, siempre que... escuchaba a Jovino hacer una afirmación de ese tipo pensaba que el gallego tenía razón. Su «a un hombre se le juzga más por los actos que por las palabras» hasta ahora siempre había resultado cierto.

—Sí, cuidado con éstos. Pueden estropearnos los planes. Que éstos están detenidos, pero a saber lo que piensan —apuntó Daniel.

—¿Cuántos serán? —preguntó Julián.

—No deben de ser muchos, calculo que unos tres o cuatro, por lo que ha comentado Ángel.

—En nuestro piso del pabellón hay tres, ellos solos en una celda, claro —dijo Jovino

—Diría que alguno más en total —apuntó Baltasar—. Un día, en la enfermería, los escuché hablar a todos de no sé qué de unas fiebres que había tenido uno de ellos y por la conversación parecía que eran cuatro o cinco, pero vaya usted a saber. Éstos no se pueden contar, porque hasta las comidas hacen con los soldados, y hay que tener cuidado, porque si les damos la oportunidad son capaces hasta de matarnos con las manos.

—Mirad, ahora salen tres. Parece que también se quieren pasear. Cómo se nota que son unos privilegiados. Nadie les pone hora y míralos, ahí van, tan frescos, paseando su camisa azul de falangista por el fuerte. Ni han tenido que aguardar a que sea el turno de patio de pabellones —comentó Leopoldo.

—Tendremos que vigilarlos. A ver si nos van a chafar el plan —sugirió Baltasar.

—¿Qué habrán hecho? ¿No os extraña que estén ahí? Deben de ser de lo peorcito de la Falange, si no ¿a santo de qué iban a tenerlos ahí controlados? —preguntó Leopoldo.

—A mí no me dan buena espina, ¿qué queréis que os diga? —comentó Daniel—. En Madrid también iban así, en grupos pequeños, de no más de cinco, como señoritos educados y cuando menos te lo pensabas entraban en el bar donde habías organizado la tertulia y liaban una buena sin venir a cuento. Mucho traje, mucho poema, pero todos con una pistola bajo la chaqueta dispuestos a utilizarla. Os digo que no son de fiar.

—Mirad, ese de ahí es Alcázar de Velasco. Dicen que fue el que le pegó un tiro al teniente José del Castillo —comentó Baltasar.

—¿De veras? Pues es tanto como decir que fue el que empezó la guerra civil —apuntó Daniel.

—Motivo de más para no quitarles el ojo de encima —insistió Leopoldo.

—Tú por éstos ni te preocupes. Bastante ocupados están dando órdenes aquí y allá y devorando toda la comida que les envían y jugando al mus por las tardes con los soldados, como para preocuparse de nosotros —comentó Julián, y se quedó mirándolos mientras salían del pabellón. Al poco pasaban por su lado charlando animosamente.

—A éstos seguro que no les revisan los paquetes —apuntó Jovino.

—Venga, volvamos a la brigada, que en cuanto acaben todas las comunicaciones nos espera el cazo de agua caliente con monda de patatas. Ningún día he tenido tantas ganas de que nos den la cena como hoy —dijo Baltasar intentando disimular su nerviosismo.

—Sí, hoy hay que comérselo todo, que tenemos que coger fuerzas, aunque sea agua turbia —dijo Leopoldo.

La relación entre los presos políticos detenidos y los pocos falangistas que había en el fuerte era muy poco frecuente. Los falangistas tenían reservada en los pabellones una zona de celdas algo separada del resto de reclusos y en sus ratos libres de patio solían alternar con los guardianes, muchos de los cuales habían sido compañeros suyos. Tan sólo a veces coincidían unos minutos en el patio con los presos políticos cuando éstos lo atravesaban para dirigirse al patio de la tropa.

—Míralos, siempre en grupo, como tramando algo constantemente —dijo José Rodiles, mientras acababa de abrocharse el último de los botones de su camisa azul.

—Ni te preocupes. Muchos de ellos acabarán en una fosa en la puerta de este

mismo penal en menos de lo que ellos mismos se imaginan, y los demás seguirán en la cárcel mucho tiempo —aseguró Alcázar de Velasco.

—Ángel, ¡aquí hay más de dos mil presos! ¿O es que ya no lo recuerdas? —comentó Chamorro.

—Pues sobran unos cuantos. Cuanto antes libremos a España de esta chusma, antes ganaremos la guerra.

—Por lo que comentaron ayer el sargento Patiño y el cabo que le acompañaba, lo que se rumorea es que la guerra está a punto de acabar. Así que yo no me preocuparía —apuntó Rodiles.

—Al contrario, ni en Burgos saben cómo ni cuándo acabará. Por eso hay que controlar a todos éstos. Te digo yo que en cuanto pueden pasan información hacia fuera y a saber si no qué chismorrean todo el día —comentó Alcázar de Velasco mientras pasaban por delante de los locutorios hacia el fondo del patio, antes de llegar al rastrillo.

—¡Hombre, Ángel, que los ha venido a ver su familia! ¿De verdad los ves tú a estos presos hambrientos peligrosos? —apuntó Chamorro.

—Yo más bien diría que ni fuerza tienen de empuñar un arma si se la dejaran delante —dijo Rodiles.

—Yo sé lo que me digo, José. Sé lo que me digo. Que llevan unos días hablando a hurtadillas en pequeños grupos. ¿No lo has visto? ¿Acaso no te acuerdas cómo hace un par de semanas se pasaban incluso unas hojas de papel? A mí esto no me huele bien.

—¿Crees que tienen algo entre manos? —preguntó José Rodiles al ver por dónde iba encaminada la conversación, y le hizo un gesto con la cabeza preguntando si tenían que atravesar o no el rastrillo.

—Sí, sí, sigue, que tengo que recoger la correspondencia —contestó Chamorro haciendo un ademán con la mano.

—Saberlo a ciencia cierta no lo sé, pero seguro que con éstos hay que tener cien ojos encima, que nunca se sabe —contestó Alcázar de Velasco.

Llegaron al final del patio, saludaron al guardia que estaba en la puerta, intercambiaron un par de frases con él y atravesaron el rastrillo. Fueron a parar al patio de oficiales, donde estaban los pabellones de la tropa.

Los presos falangistas tenían muchas prebendas en San Cristóbal, al fin y al cabo estaban considerados casi como parte de la tropa. Podían alternar sin

problemas con los soldados y los funcionarios. Se sabían en tránsito, conmutada la pena de muerte por cadena perpetua, estaban así seguros de que más temprano que tarde su detención acabaría. Yagüe no los iba a dejar solos y les habían llegado rumores de que hasta Pilar Primo de Rivera estaba intercediendo por ellos con la misma Carmen Polo. Su detención no podía durar mucho tiempo, sólo había que esperar a que se solucionara el problema de Hedilla y todo lo que había arrastrado la Unificación. Ellos saldrían del fuerte. En San Cristóbal vivían sin problemas. Aunque había muchos requetés, también muchos de los guardianes eran falangistas, y éstos no los consideraban detenidos, sino camaradas en apuros que saldrían de su detención en cuanto se aclarase en Madrid lo que habían dicho acerca del decreto de unificación. Alguno, incluso, era considerado un héroe. Y cuando cruzaban «al otro lado», como ellos decían, los trataban como camaradas y aprovechaban para contarles anécdotas vividas antes y después del inicio de la guerra civil.

En esto de contar historias tanto Ángel Alcázar de Velasco como José Chamorro triunfaban entre la tropa. Los dos habían tenido en Madrid vidas y vivencias novelescas con las que encandilar a muchos de los jóvenes de reemplazo que se encontraban en el fuerte.

Pero ese día se aplazaron las anécdotas; Alcázar de Velasco había pedido que le localizaran una copia del discurso que Yagüe había pronunciado en Burgos, donde había pedido clemencia para los presos falangistas en cárceles franquistas. Quería saber qué pensaba hacer el régimen con ellos.

«Pido a las autoridades que revisen expedientes y lean antecedentes y que vayan poniendo en libertad a esos hombres para que devuelvan a sus hogares el bienestar y la tranquilidad, para que podamos desterrar el odio», había dicho Yagüe, en clara señal de apoyo a Hedilla y los hedillistas.

Añadía, del mismo modo, que los falangistas encarcelados fueran liberados para que volviesen a sus casas:

—«Donde también hay tristeza y miseria. En muchos de esos hogares, además del sufrimiento y además de la miseria, puede haber entrado la duda.»

Y no sólo eso, sino que Yagüe recordaba en el tercer año de la guerra: «habrá muchos que, cuando aquellos camaradas se jugaban la vida y la libertad en la calle, estarían muy cómodos y tranquilos en sus casas».

Aquellas palabras le costaron al coronel una nueva sanción, la separación del

servicio durante seis meses, pero no rectificó, e insistió en su discurso. En la mente del militar azul estuvo el recuerdo de las palabras del jefe Hedilla desde Radio Salamanca en enero de 1937:

«No creáis, españoles todos, que la Falange sólo piensa en reclutar milicias para ir a la guerra. Es nuestra preocupación cumplir lo que hemos prometido en lo que se refiere a nuestro programa social antes de la revolución y después.»

—No creo que nos ayuden mucho las palabras de Yagüe —comentó Chamorro poco ilusionado.

—Dale tiempo —apuntó Alcázar de Velasco—. Es una baza segura del nuevo régimen, tendrán que escucharlo tarde o temprano. Seguro que tendrán que escucharlo.

—Tiempo, tiempo es precisamente lo que nos sobra, Ángel. Aunque preferiría que me dejaran salir a luchar, a que nos mantengan aquí encerrados por defender la Falange de José Antonio. Aquí no hacemos nada y la patria sigue necesitándonos —concluyó Rodiles.

7 de la tarde del 22 de mayo de 1938

Saturnino estaba sentado en un banco de la sala de descanso de los soldados, cerca de donde estaba el comedor de la tropa. Tenía ganas de hablar un rato y se sentó a la espera de que llegara algún compañero que, como él, no tuviera permiso. En cuestión de un par de horas el penal se había quedado casi vacío y en esas dependencias era el único lugar en el que podría encontrar a alguien. Acababa de decidir que cambiaba la guardia ese domingo, y con ése ya iban tres seguidos que cambiaba. Aunque le hubiera gustado ir a Lerín a ver a su madre, cada vez echaba más de menos sus guisos, y prefirió cambiar el turno para asegurarse tres días seguidos en el próximo permiso.

En esta ocasión, el horario que le habían asignado era algo distinto que el habitual. Debía hacer guardia desde poco antes de la hora de la cena hasta bien entrada la madrugada. Prefería no saber las horas totales porque si lo pensaba bien casi tenía que cumplir el turno de dos para suplir así a los que faltaban. No se podía discutir. Era fiesta en Pamplona, y muchos de sus compañeros después de misa habían recogido su petate y habían bajado a la ciudad a divertirse, y los pocos que quedaban tenían que ampliar sus turnos. Miró a su alrededor, y en la sala en la que normalmente se juntaban unos diez soldados para descansar entre turnos sólo vio a Roberto, que, como él, llegaba en ese momento con un papel en la mano que acababa de firmar y en el que se le detallaban los horarios de las guardias para esos dos días.

Un domingo de cada seis, los soldados regulares destinados al fuerte disfrutaban de un permiso de dos días. Los de reemplazo, sin embargo, sólo lo tenían una vez cada dos o tres meses, dependiendo del tiempo que llevaran enrolados, del grado que tuvieran y de las necesidades que hubiera en ese momento. Con tan sólo un día libre por delante, algunos de ellos, sobre todo los de localidades más lejanas, intercambiaban su día con un compañero para, al menos, acabar por juntar dos y acercarse a visitar a la familia. Los de reemplazo y los soldados destinados al fuerte que eran de la zona aprovechaban ese día y,

en cuanto podían, bajaban desde el monte Ezkaba a divertirse en la ciudad y volver con las fuerzas repuestas.

A él, ese domingo, le tocaba hacer dos turnos distintos. Primero tenía que colocarse en una de las garitas que se encontraban en el muro del este, encima de los edificios de las brigadas cuarta y quinta, y pasada la medianoche debía trasladarse hasta el patio de presos. A la entrada de los pabellones.

—No está mal. Al menos el primer turno es un puesto cómodo —había comentado Saturnino cuando le dieron las órdenes—. Incluso podré echar una cabezadita sin problemas, no se dará cuenta nadie, para poder aguantar luego toda la noche —añadió mirando a su compañero, que no se tomó las órdenes tan tranquilamente como él.

—Tienes más suerte que yo. Ahora me toca bajar a sacar a Luciano de la celda de castigo. Creo que lleva casi dos semanas y si no llega a ser porque han querido meter a otro preso y lo han visto, nadie se acordaba de él.

—Pobre desgraciado —apuntó el joven soldado.

—Yo creo que ya ni se acuerdan de por qué lo encerraron, fíjate lo que te digo. Se lo he querido preguntar a Patiño, por si era un recluso de los peligrosos, que uno no sabe nunca de quién tiene que defenderse, y me ha contestado con un gruñido y ha seguido andando.

—¡Hombre!

—Sí, sí, te lo digo en serio. Éste ni se acuerda del motivo. No sería la primera vez que le pasa. ¿Recuerdas a Afrodisio González de Burgos? —dijo Roberto.

—¿Aquel morenito que murió al poco de entrar yo? ¿Era socialista, no? —preguntó Saturnino.

—Sí, ese mismo. Pues a aquél lo dejaron casi tres meses metido en la celda de castigo. Al salir gritaba pidiendo que le dejaran morir, le abrasaban los ojos con la luz del día. Si me apuras te diría que también se lo olvidaron y, como les pasó ayer, un buen día abrieron la puerta para hacer entrar a otro y allí se lo encontraron. Ni se movía casi, tuvieron que sacarlo entre dos.

—¿Muerto?

—Casi. En las últimas estaba, llevaba días sin comer y sin beber, rodeado de suciedad y excrementos. Ni vista tenía. Allí encerrado todo el día sin luz, se le quemaron los ojos al salir. Creo que murió a las pocas semanas, no pudieron

hacer nada para que se recuperase.

—¿Crees que estamos haciendo algo malo? —preguntó de pronto Saturnino cabizbajo mientras encendía un cigarrillo.

—Anda, dame uno, que a mí se me han acabado. ¿Qué quieres decir con hacer algo malo? —contestó.

—No sé, a veces me pregunto si estará bien eso de encerrar a la gente en sótanos sin luz y casi sin agua, negarles la comida que les envían de sus casas, leer las cartas de sus mujeres, escuchar las conversaciones con su familia cuando vienen a verlos... De hecho, ni siquiera entiendo cómo es que el capellán, durante la misa, ni siquiera hace mención de los enfermos o de los muertos y no les da la última bendición. Como si los presos no fueran hijos de Dios —replicó Saturnino compungido.

—Pero tú de dónde vienes. Parece que no sepas los tiempos que vivimos. Entérate bien de que los que están aquí detenidos son rojos. Éstos no quieren ni confesarse. Son el demonio. ¿Acaso crees que el padre va a perder el tiempo pidiendo clemencia para una chusma que si pudiera lo mataría? —respondió Roberto algo enfadado con su compañero.

—Pero ¿y el perdón de Dios? ¿Y la compasión?

—Saturnino, estamos en guerra, ¿o lo has olvidado? Ya puedes ir quitándote esas tonterías de los perdones de la cabeza, que con eso no ganaremos la guerra. La Iglesia tolera lo que está pasando porque Dios dice que nosotros somos los buenos y ellos son malos. Y Dios ayuda a los buenos y castiga a los malos, ¿no? Pues en éstas estamos. Esos rojos por no tener no quieren ni tener un dios que los ampare, así que a qué molestarse con ellos. Bastante hacemos teniéndolos aquí —insistió Roberto.

—Eso me decía mi madre. Supongo que tienes razón y algo habrán hecho si los tienen aquí encerrados, pero... no sé, esos rostros sin color, esos cuerpos casi sin carne, sus dedos largos... A veces pienso que entran en San Cristóbal como personas y que acabamos vigilando a cadáveres vivientes. Ni a los animales se les trata así en mi pueblo.

—Guárdate mucho de hacer comentarios de este estilo con Patiño delante, que como te oiga te veo sin ni un solo permiso más en lo que te queda de destino. Como se enteren de que andas por ahí compadeciendo a estos rojos estás acabado, hazme caso —sentenció Roberto.

—Bueno, no es eso lo que quiero decir, no me estás entendiendo bien, lo que me pregunto es... —empezó a rectificar Saturnino, dándose cuenta de que en realidad sólo se estaba poniendo en peligro y no arreglaría nada siguiendo la conversación por esos derroteros.

—Mira chaval, hazme caso, lo mejor que puedes hacer es oír, ver y callar. Así seguro que no tendrás problemas. Que tienes que hacer una guardia, pues a la guardia. Sin más. Que se muere un preso, pues lo enterramos. Ya se ocuparán otros de preocuparse de cómo los tratan. Nosotros estamos aquí para recibir órdenes y cumplirlas, no para cuestionarlas.

De pronto se escuchó un ruido de pasos aproximándose a donde se encontraban los dos. Otro de sus compañeros se acercaba por el pasillo y, sin decirlo, callaron los dos.

—¡Eh, vosotros!, ¿os apetece tomaros otro café con leche? —dijo Romualdo—. Hoy el Chato está generoso y nos ha dicho que si queremos podemos pasarnos por la cocina para repetir. Han llegado los suministros que esperaban hace un par de semanas y hay café del bueno.

El café escaseaba en el fuerte incluso para los soldados; sólo el director tenía siempre a su disposición una jarra. La tropa llevaba semanas bebiendo una especie de achicoria oscura que no hacía más que revolverles las tripas. Y cada vez que iban a quejarse a la administración siempre les respondían con la misma cantinela:

—Al llegar, la partida de café está a punto de llegar, muchachos. Siempre hay problemas. Cuando no son los rojos, con esto de la guerra, los que impiden que nos lleguen los alimentos, es este maldito clima que enfría los radiadores de los camiones dejándolos inutilizados un tiempo.

Al final la promesa se hizo realidad, y el día anterior había llegado la partida de café de la que llevaban semanas oyendo hablar. De modo que cuando les hicieron la invitación no dudaron en aceptarla y dirigirse hacia la cocina. Una oferta semejante no podía ser rechazada. Quién sabía cuándo iban a volver a disfrutar de una buena taza de café.

Al llegar a la cocina, todo estaba tranquilo. El Manos y el Chato recogían sin demasiadas ganas lo que supusieron eran las sobras de la comida del mediodía. Tan sólo se escuchaba el revolotear nervioso de unas cuantas moscas alrededor de un plato con restos de lo que parecía, a juzgar por el color, una especie de

puré de ingredientes indefinidos.

—¿No tenías tú que sacar al que está en la celda de castigo? Ésta es su cena —dijo Sánchez Pescador, quien, sentado en una silla tras la puerta que lo ocultaba de miradas indiscretas, estaba dando buena cuenta de una ración extra de comida.

—Pensaba ir a sacarlo después de la cena, señor. Al fin y al cabo, no puede tener mucha prisa —comentó Roberto irónico.

—Como si quieres ir mañana, muchacho, aquí ya nadie se acuerda de él. Y en las celdas tenemos rojos más que suficientes.

Saturnino se lo quedó mirando y volvió a pensar que no era justo. Que había cosas que no estaban bien, fueran o no rojos, seguían siendo personas.

—¿Queréis una taza de café? —preguntó el Chato portando en una mano un par de vasos y en la otra una humeante cafetera que quitaba el sentido sólo con el aroma que desprendía.

—¡Claro, Chato, gracias!, nos vendrá bien algo caliente antes de empezar la guardia, a ver si logro templarme un poco antes de subir a la garita, que estoy viendo que arreciará el frío también esta noche y tengo turno doble —comentó Saturnino.

El Manos los observaba desde la otra esquina de la cocina sin que se dieran cuenta. «¿Así que éstos serán dos de los que hagan la guardia mientras repartamos el rancho esta noche?», pensó, y enseguida le pareció que sería una suerte que fueran ellos, porque ninguno de los dos tenía aspecto de oponer mucha resistencia si se vieran atacados por sorpresa por unos cuantos presos.

—¡Eh, Manos! —gritó el Chato—. Ponles también a estos chicos un mantecado de los que han llegado hoy. Que tienen guardia toda la noche en la garita y no queremos que se mueran de frío, mejor será que suban con los estómagos llenos.

Saturnino y Roberto no salían de su asombro. Su suerte había cambiado. Aunque tenían que quedarse trabajando mientras sus compañeros se iban a pasar el día con sus familias, ellos al menos iban a disfrutar de manjares poco propios de esos tiempos. El Chato pocas veces hacía ofrecimientos así y, aunque sorprendidos de ser los invitados elegidos a un banquete propio de oficiales de rango, se acercaron sin dudar a recoger el inesperado regalo.

—Venid, coged uno, estos mantecados están para chuparse los dedos, se

deshacen en la boca. Los ha traído una de las mujeres que han subido esta tarde a comunicar. Eran para su marido, creo, y aquí el señor jefe de servicio le ha hecho el favor de aligerarle el equipaje y confiscárselos —dijo el Chato irónico, haciéndole una reverencia a Michelín.

—Órdenes son órdenes —respondió con guasa Sánchez Pescador—. Además, a ver si así aprenden que de mí no se ríe nadie y, como le dije a esa señora el otro día, si vuelvo a oír que alguien me llama Michelín acabaré quedándome con todo lo que les traigan a los presos.

Todos se quedaron sorprendidos de que Sánchez Pescador conociera su mote, pero la prudencia era buena consejera y no hicieron ningún comentario.

—Muchas gracias —acertó a decir de nuevo Saturnino, algo tímido, mientras alargaba la mano hacia la caja en la que, según le pareció, hacía un buen rato que alguien ya había empezado a dar buena cuenta de su contenido.

—¡Vaya!, qué ven mis ojos —exclamó el sargento Patiño entrando en ese momento en la cocina—. Parece que estáis cogiendo fuerzas para superar una larga jornada de trabajo... Pues venga, ya que habéis empezado no escatimemos. ¿No había por ahí un poquito de vino dulce, Chato? Eso también nos ayudará a entrar en calor. —Y se dirigió a uno de los armarios que estaba al lado de la puerta, donde, vieron todos asombrados, parecía que había botellas más que suficientes para que toda la tropa entrara en calor.

—Así que a vosotros dos os ha tocado guardia —comentó Michelín.

—Ya ve, señor, alguien tenía que quedarse en el fuerte. Al final somos bastantes menos de la mitad —contestó Roberto.

—Así es, muchacho, otra vez nos tocará a nosotros irnos de fiesta —apuntó Patiño—. Ahora acaban de despedirse el alférez y un sargento que bajaban a Pamplona, y esta mañana he visto salir al teniente. Aprovechemos que somos pocos los mandos en la plaza para disfrutar de estos pequeños manjares. En un par de días el fuerte volverá a la normalidad y no tendremos más remedio que volver al rancho y olvidar todo esto.

—Mi sargento, ¿puedo hacerle una pregunta? —interrumpió Saturnino, en un tono que evidenciaba cierta duda en si seguir o no hablando.

—Claro, dime, chico.

—Verá, es que el otro día, en la sala, limpiando los fusiles, nos dimos cuenta de que muchos de ellos no funcionaban. Y casi todos me dijeron que estaban en

tal mal estado porque era armamento italiano, y no era muy bueno. Y yo les dije que no podía ser italiano, que debía de ser alemán, por lo que había oído comentar. Qué otro motivo habría para que no funcionaran bien.

—¡Chico!, ¿alemán, dices?, ya nos gustaría a nosotros tener aquí la munición y los fusiles alemanes. Ésos, cuando llegan a España, van directos a parar al frente, que es donde de verdad hacen falta. ¡Aquí, total, lo único que hay que hacer es vigilar a estos muertos de hambre! —dijo Patiño.

—Razón tiene, mi sargento.

—¡Manos! —dijo de pronto el Chato, dándose cuenta de que había un oído indiscreto en la cocina—. Deja lo que estés haciendo, ya lo acabarás más tarde. Vuélvete a tu celda y regresa poco antes del toque de fajina. Hasta entonces nada tienes que hacer aquí.

Al Chato, vecino de la zona, desde que fue detenido por robar un gorrino en su pueblo, lo condenaron al fuerte. Desde muy niño, desde que se murió su padre, trabajó en la taberna del pueblo. Pero justo al comenzar la guerra la cerraron y en su casa su madre y sus ocho hermanos se quedaron sin el único sustento que entraba. Así que él, ni corto ni perezoso, salió a buscarlo. Funcionó un tiempo, pero no tardaron en pillarlo. No estaba acostumbrado a la bribonada y lo enviaron al calabozo.

Tuvo mala suerte aquel día. Al tiempo que él, llegaron muchos detenidos del frente, y los soldados apenas si distinguían a los comunes de los presos políticos, y acababan recibiendo un trato parecido. Y del calabozo del pueblo a la cárcel de Bilbao y de ahí un juicio rápido y a San Cristóbal. Y así llegó al fuerte, torturado, maltratado, habiendo recibido un trato de preso político siendo común. Y sin saber nada de política. Una vez allí, en el fuerte, sí que hicieron distinciones. Y por primera vez en su vida disfrutó de un trato privilegiado si se comparaba con sus compañeros. En aquel momento estaban repartiendo trabajos, y a los presos comunes les daban los más agradecidos y menos pesados, así que él se ofreció como cocinero y fue desde el principio el encargado de la cocina y del reparto de alimentos. De algo le sirvió repartir comida entre las nueve bocas que tenía que alimentar y que a todos llegara. Luego, conforme entraban más presos, fue aumentando el número de los que eran destinados a ayudarlo en la cocina, y con hombres a su mando aún fue más severo en el ejercicio de su poder. De modo que más valía llevarse bien con él, porque en caso contrario

hacía sus más y sus menos en la distribución. Podía revolver el caldo y que llegara algo de posos sólidos, o servir agua turbia en la que como máximo flotarían un par de lentejas, o, como había sucedido en alguna ocasión, tropezar como por casualidad, hasta verter la comida de un preso que, entonces, se quedaba sin comer ese día.

El Manos se quitó el mandil y se secó las manos. Salió de la cocina sin abrir la boca. Era una lástima que el Chato se hubiera fijado en él, de quedarse un poco más hubiese sabido, con exactitud, cuántos soldados y carceleros había destinados esa noche en el fuerte. Aunque tampoco estaba mal lo que había oído, a buen seguro Leopoldo le agradecería la información.

—Ahora ya podéis hablar con libertad, que aunque el Manos es de fiar, y es un común, últimamente le estoy viendo intimar mucho con algunos de los presos políticos y prefiero no arriesgarme —afirmó el Chato, mirando a Patiño.

—¡Pero hombre de Dios! Qué van a hacer éstos, ¿no los ves?, si a duras penas pueden con su alma cuando salen a pasear por el patio. Que ya te estás encargando tú de que no repongan fuerzas —apuntó Michelín irónico.

—Di que has hecho bien, amigo. Eliminada la posibilidad, eliminado el peligro —sentenció Patiño—. Hacer no pueden hacer nada, pero ahora podemos hablar con más tranquilidad y sin temor a que cualquier cosa que digamos acabe sabiéndose en cualquiera de las brigadas.

Monte Ezkaba
Fuerte de San Cristóbal

22 de mayo de 1938

La fuga

HIMNO DE LA FUGA

*Camaradas, ya se abrieron las puertas,
ya se terminó la esclavitud,
ya se rompieron las fuertes cadenas
que oprimían a la juventud.
Sé rebelde y jamás te acobardes
ante el enemigo opresor,
triunfarás en la vida cuando aplastes
al fascismo cruel, siempre traidor.*

8 de la tarde del 22 de mayo de 1938

«No podíamos haber elegido mejor día para la fuga», se dijo Pico satisfecho sentado en una esquina del patio, mientras miraba al cielo y veía cómo se alejaban a buen ritmo unas nubes bajas y oscuras. Horas antes parecía que estaban amenazantes sobre el fuerte y ahora, en el firmamento muy lejano, ni siquiera estaban ya sobre el monte Ezkaba. Esta ayuda inesperada del viento auguraba un final de día frío, pero despejado.

«La mitad de los militares están en Pamplona de descanso.... Y la otra mitad aburridos en sus guardias o jugando a las cartas con los compañeros. Eso, junto a la lluvia de ayer, lejos de dificultarnos la huida nos la facilita, porque también a ellos se les complicará la reacción», concluyó levantando un poco la voz.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Daniel Elorza, que se encontraba a su lado algo ensimismado por una conversación que había tenido un poco antes con Rogelio Diz, quien insistía en lo fácil que iba a resultar todo.

—Sí, bueno, no. En realidad estaba pensando en voz alta. Daniel, esto está a punto de caramelo. No nos queda más que esperar a que llegue la hora de la cena —contestó Leopoldo con una sonrisa de satisfacción.

—Pues apenas si falta un rato para que nos la den. Está oscureciendo y ya empiezan a encender las luces. Y hace poco acabo de ver cómo algunos soldados se iban hacia su pabellón para descansar antes del cambio de turno. Mira, ya está el Manos saliendo de su brigada con el mandil puesto y yendo hacia la cocina, así que en nada estará preparando la gaveta con la cena —explicó Daniel.

—Cada vez que me imagino la cara que se le va a quedar al Chato... Cuando entre con los dos que llevan la comida, como todos los días, y al acabar de repartir el rancho, ¡zas! Me apuesto todo lo que tengo en los bolsillos a que ni por un momento se le ha pasado nunca por la cabeza que su reparto un día iba a ser distinto —comentó Baltasar con seguridad, sentándose junto a ellos.

Y, mientras lo hacía, sacaba hacia fuera los forros de sus bolsillos mostrando que estaban vacíos. Cuando se vio con los bolsillos fuera no pudo evitar reírse de

su ocurrencia.

—¡Tú nunca pierdes, Baltasar! Malo apostar en contra tuya —comentó Daniel.

—Chaval, aquí uno apuesta lo que tiene. Y ya sabes que el que no tiene nada que perder, tiene mucho que ganar. —Y se rio de nuevo complacido.

—¡Vosotros, a las brigadas! ¡Y menos cháchara! Ya tendríamos que haber empezado el recuento y se nos está haciendo tarde. ¡Se acabó el patio por hoy, que ya no son horas de andar fuera! ¡El primero que haga el tonto se queda sin cena!, no estoy hoy para tonterías —gritó Roberto desde lejos con mal genio, mientras con el fusil les hacía una seña para que no se quedaran los tres juntos hablando y fueran desfilando rapidito escaleras abajo.

—Eso, venga, dejaos de parloteo, que no es buen momento de hacer enfadar a nadie —apuntó Saturnino indulgente, que en ese momento acababa de empezar su turno y le tocaba quedarse en el patio vigilando. Y girándose hacia su compañero, le dijo—: Venga, déjalos tranquilos que están todos ateridos de frío y no pueden casi ni moverse.

Los cuatro se miraron y, sin mediar palabra, pero despidiéndose con un gesto y una sonrisa que indicaba nos vemos en un rato, Baltasar y Leopoldo se dirigieron a la escalera que daba a la brigada primera y Daniel y Rogelio se fueron hacia los pabellones. Estaba claro que los soldados a los que no les habían dado permiso ese día no estaban de muy buen humor.

También eso, pensó Leopoldo, jugaba a su favor. En días como ése, alejados del control de la mayoría de los mandos, los soldados acostumbraban juntarse en el comedor de oficiales y alargar la sobremesa más de lo habitual, acompañados por unas cuantas botellas de vino tinto conseguidas de algún familiar de preso a cambio de alguna prebenda, ya fuera ampliar el rato en el locutorio o dejar pasar una carta. Era la única forma que tenían en San Cristóbal de compensar su fastidio por tener que hacer doble turno de guardia.

Leopoldo sabía que uno de los principales problemas de las fugas era decidir el momento justo en que llevarla a cabo. Evaluar con acierto si todas las circunstancias eran las apropiadas, y detener el intento si no lo eran; decidir las personas adecuadas para participar y evitar filtraciones peligrosas; valorar si la fuga se continuaba si surgían condiciones adversas, caso de tener algún imprevisto; y establecer prioridades acerca de los pasos a seguir realmente

trascendentales para llegar a buen puerto. Si no, la fuga podía acabar de la peor de las maneras. Si se dejaba pasar una buena oportunidad por descuido, o se erraba en la fecha elegida por simple premura, podía significar, en el mejor de los casos, que ésta quizá no volvería a realizarse en semanas, o incluso en meses, y en el peor, que habían dejado escapar la posibilidad y nunca se fugarían.

Por eso Leopoldo desoyó todas las sugerencias de aplazarla. Había pensado y repasado una y mil veces los compañeros con quienes llevarla a cabo, la fecha elegida y las condiciones necesarias. Un día festivo, con menos cuerpo de guardia del habitual vigilando el fuerte y a una hora en la que, a punto de acabar el día, todos andaban más relajados en sus deberes fue la ecuación elegida. Además, jugaban con la ventaja de que habían planeado algo que no tenía antecedentes de ningún tipo, lo que no haría sospechar a los soldados en ningún momento que alguien estuviera pensando llevarlo a cabo. Si de algo se arrepentía Pico era, tan sólo, de haber tardado tanto en decidir la fecha adecuada. Algunos muertos podían haberse evitado de haber adelantado el día de la fuga.

Ahora ya era tarde para arrepentimientos. Estaban a punto de cambiar el rumbo de los acontecimientos, y, aunque a veces los minutos pasaban tan lentos que se hacían horas, ya daba igual; ahora no corrían hacia atrás, restando horas de una condena, sino hacia adelante, hacia la libertad. Poco faltaba para las ocho, y entonces, como era habitual, escucharían al corneta dar el toque de fajina que los alertaba de que empezaba el reparto de la cena. Ése había sido el momento elegido y así se lo había explicado a todos ellos.

—Venga, repasémoslo por última vez —pidió Daniel, sin poder evitar morderse las uñas por los nervios, al acabar la misa esa misma mañana.

—¡Pareces un colegial asustado! Tanta universidad, tantos estudios y luego a la hora de la verdad no os sirven pa'na —contestó Baltasar con fastidio, y se quedó mirando a Pico, quien dio la última calada al cigarrillo y luego, con los dedos pulgar e índice, aplastó el extremo encendido para apagarlo.

Leopoldo descubrió un día que los callos que tenía en los dedos no dejaban pasar el calor. Desde entonces, casi siempre que apagaba un cigarrillo restregaba la colilla entre los dedos hasta deshacerla. De este modo se podía aprovechar algo del tabaco que quedaba en la boquilla.

—Tú y yo —dijo Pico señalando a Baltasar y haciéndoles una señal a todos para que se acercaran con disimulo poco a poco y atendieran la explicación. No

convenía que hubiera fricciones entre ellos, así que prefirió repasar por última vez el plan—. Simularemos una pelea antes de que salgan de la brigada el Chato y los dos presos que lo acompañen, justo en el momento en que regresen de repartir la comida con la gaveta vacía.

—El Manos es uno de ellos, ¿verdad? Uno de los que lo acompañarán, quiero decir —quiso confirmar Daniel, y miró a Baltasar temiéndose otro comentario irónico.

—Sí, el Manos se ha encargado de que hoy le toque el turno a él para bajar a la brigada a repartirnos el rancho —aseguró Leopoldo.

—Y cuando acaben de repartir... cuando estén cerca de la verja de salida, desde detrás... ¡zas! Le daré un buen golpe a Leopoldo y empezaremos una pelea que los distraerá —continuó Baltasar y, mirando a Pico, añadió—: Bueno, no te daré muy fuerte, pero tiene que parecer una pelea real.

Leopoldo inició una tímida sonrisa de asentimiento, como queriendo bromear, y dio un par de saltos como si fuera un púgil, pero se arrepintió, y le indicó que continuara.

—¡Eso, zas! —repitió Daniel queriendo mostrarse, con su comentario, tan entusiasta como sus compañeros, a pesar de estar, a todas luces, más nervioso y temeroso que ninguno de ellos.

—¡Eso, muchacho! —apuntó Rogelio Diz.

—Bueno, con la pelea todos se dispondrán a separarnos, y se distraerán y entonces tú —y señaló a Julián— te metes por detrás de ellos y le coges las llaves al soldado que los acompañe, que si nuestros cálculos no están equivocados debería ser Michelín. Como siempre, llevará las llaves en la faldriquera. Entonces te haces a un lado y dejas a Segundo que se encargue de atarlo, y mientras tú, Fernando, te encargas del otro.

—A partir de ahí, no tenemos más que ir subiendo —continuó Baltasar—. Hacemos dos grupos y sin perder ni un momento hasta llegar al patio.

—Pero luego vendréis a por nosotros, ¿no? —preguntó Daniel.

—Claro, claro, lo siguiente es ir a pabellones —contestó Leopoldo—. Una vez allí unos a pabellones y los otros a las otras brigadas. El Chato ha confirmado que en el fuerte habrá menos de la mitad de la tropa, así que según parece no habrá más que un oficial vigilando en cada una de las salas y otro controlando las puertas entre las distintas áreas.

Eso fue por la mañana, después de la misa. Lo repasaron y a todos les quedó claro. A pesar de eso, desde entonces cada uno se lo había ido repitiendo una y mil veces para no olvidar detalle. Ahora, ya en la brigada, Baltasar, Julián, Segundo, Fernando y Leopoldo estaban a punto de llevarlo a cabo. Ya se oían los pasos de dos guardianes descendiendo por la estrecha escalera que daba al patio y se miraron nerviosos, esperando verlos entrar. Algo más atrás, bajaban los prisioneros encargados de repartir la cena en su ronda de costumbre y el Chato con su cucharón en la mano. Al poco, según lo previsto, por la puerta de la galería entraban los penados acarreado las gavetas y los chuscos de pan.

Como siempre, nada más abrir la reja, se dirigieron al final de la brigada recorriendo las distintas naves y, una vez en el fondo, empezaron a repartir la cena. Fueron pasando por delante de cada uno de los presos; todos ellos dispuestos contra la pared con la escudilla en las manos esperando a que les llegara su turno. Primero pasaba el Chato con los chuscos de pan, luego los presos que llevaban la gaveta, uno a cada lado aguantando las asas, y un tercero, el Manos, era el que llevaba el cazo para servir el caldo.

Poco antes de llegar a la altura en que se encontraban Leopoldo Pico y Baltasar Rabanillo, el Manos los miró. Tenía el privilegio de ser uno de los dos presos comunes que sabía que hoy iba a tener lugar la fuga, pero apenas si había podido intercambiar unas palabras con Leopoldo informándole de la reducción de la tropa y del mal funcionamiento de alguna arma, y aunque suponía que no había habido cambio de planes desde entonces quiso confirmarlo. Leopoldo asintió con la mirada.

Al llegar a su altura, el Manos hundió con parsimonia el cazo en el agua turbia que tenía delante y removió intentando encontrar un contenido sólido que sabía que no existía. Entonces le sirvió uno a uno a sus cinco compañeros de fuga, y los miró como queriéndose disculpar por la falta de alimento.

—Vaya —bromeó Julián, intentando controlar una risa que delataba los nervios que tenía—. Parece que hoy subirán las apuestas, porque diría que hay poco más de una docena de garbanzos en este plato de caldo.

—Sí, desde luego, hoy hay menos comida que nunca. Parece que también se han ido de fiesta los cocineros y que santa Rita no quiere acordarse de nosotros —comentó Segundo.

El Manos se los quedó mirando como queriéndoles decir que no siguieran

por ahí la conversación. El Chato esa tarde estaba de buenas, pero podía ponerse de malas tras un simple comentario de ese estilo y se acabaría el reparto ecuánime. Julián miró a los lados; ni sus compañeros ni los guardianes que estaban con ellos prestaron atención a sus gestos, que confirmaban al grupo que el número de soldados que estaban en la reja controlando era la mitad que el habitual y que todo estaba en orden. En realidad, los soldados jamás se molestaron en pensar que unos cuantos presos hambrientos y desfallecidos iban a hacer señas que indicaran que iban a alzarse en su contra, y los gestos de Julián pasaron desapercibidos.

Acabaron de repartir la comida en la primera brigada y, cuando se acercaron a la reja y la abrieron para volver a la cocina a reponer el rancho y seguir repartiendo la cena en la segunda brigada, los reclusos que estaban más cerca de la puerta contuvieron la respiración mientras oían chirriar la cancela. Era la señal. Pico y Rabanillo, tal como habían planeado, empezaron a increparse a voces y enseguida iniciaron una pelea. Entonces, alguien soltó una exclamación en voz baja y Michelín, vigilando la puerta para que salieran el Chato y los presos que llevaban la gaveta, se giró.

—¡Maldita sea! Se puede saber ¿qué estáis haciendo vosotros dos? —gritó Michelín sorprendido por la pelea.

Baltasar y Leopoldo en el suelo, ajenos a todos los comentarios, seguían peleándose. Mientras, como un resorte, los reclusos de la brigada empezaron a jalearlos.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Saturnino, entra! Ayúdame a sujetar a estos dos, que se van a enterar de lo que de verdad duele recibir un puñetazo en cuanto nos los llevemos arriba y los metamos en cintura. Y vosotros tres —les dijo Michelín nervioso a los reclusos que llevaban el rancho— ayudad a Roberto.

El Manos sujetó a cada uno de sus compañeros de reparto indicándoles que no intervinieran, que no era cosa suya. Que dejaran la gaveta y se quedaran atrás viendo lo que pasaba. Y en ese momento, Julián por detrás ya se había hecho con las llaves de Michelín, sin que éste se diera ni cuenta de lo que estaba pasando, Juanito Iglesias le ató los pies para impedir que se escapara y luego las manos, y otros dos compañeros suyos, Fernando Garrofé y Segundo Marquínez, colocados a un lado de la puerta, habían inmovilizado a Roberto en el mismo momento en que éste entraba atraído por el barullo que había escuchado desde

fuera.

En apenas un par de minutos estaban detenidos, les habían quitado las pistolas desarmándolos y los habían atado a las rejas.

—Me parece a mí que eso de meternos en cintura va a tener que esperar —dijo Baltasar mirando a Michelín, quien, sin dar crédito a lo que le estaba sucediendo, no era capaz ni de abrir la boca.

—Vaya, parece que se nos han quitado las ganas de hablar —dijo Pico, y les hizo una señal a Julián y a Baltasar. Éstos, de inmediato, se dispusieron a quitarles las chaquetas a Roberto y a Michelín, mientras Leopoldo les tapaba la boca con una mordaza.

El desconcierto fue grande en toda la primera brigada, aunque a pesar del alboroto no todos los presos se enteraron de lo que estaba pasando. A aquellos que se encontraban en las últimas naves no les llegó el jaleo hasta algo después; tan sólo cinco presos conocían los planes de fuga, y a sus compañeros les pilló por sorpresa.

—Esto es lo que vamos a hacer —explicó Pico a los que se le empezaron a acercar rodeándolo y llenándolo de preguntas por lo sucedido—. Camaradas, escuchad, estamos más cerca de la libertad que nunca. Por ahora, tenemos en nuestro poder las llaves que nos permiten salir de la primera brigada al patio. Pero sólo con éstas no nos sirve de nada llegar a la puerta, así que aún nos queda mucho camino que andar hasta que tengamos las llaves de todas las rejas del fuerte. Intentad pasar desapercibidos.

—Pico, ¿qué pasará? ¿Y los guardias? —gritó uno.

—¡Os habéis vuelto locos! No podemos salir, ¡nos matarán a todos! —gritó otro.

—Matemos a estos dos para empezar, y al menos habrá dos fascistas menos —gritó otro agarrando a Michelín y a uno de los soldados.

—Camaradas, un poco de silencio, por favor. En primer lugar, nosotros no somos unos asesinos, así que no quiero muertos. Ni un solo muerto, ¿me habéis oído bien? —exclamó con autoridad Leopoldo, y las voces se acallaron de inmediato.

Intentar evitar al máximo el derramamiento de sangre se había convertido en una especie de obsesión para Leopoldo. Muchos de los chicos que estaban allí eran simples soldados de reemplazo que habían sido llamados a filas y estaban

en el ejército por el simple hecho de estar en la ciudad, y en el momento equivocado, cuando estalló la guerra. Chicos de diecisiete y dieciocho años que a duras penas sabían leer y escribir y para quienes estar en el fuerte suponía tener algo que llevarse a la boca en momentos de escasez y esquivar una muerte más que probable en el frente. No eran éstos los que tenían que morir. Estaba claro que no eran éstos.

—¡Las cosas a partir de ahora se harán como yo diga! —gritó Leopoldo subido a una piedra para que todos lo oyeran—. Seguiremos los planes previstos y ataremos a todos los soldados con que nos vayamos encontrando. De momento quedaros aquí, en cuanto tengamos el resto de llaves bajaremos a buscaros. Cuanta menos gente salga al patio, más fácil es que pasemos desapercibidos y logremos llegar hasta el guardián que custodia las llaves de la reja de la entrada a San Cristóbal.

—Mientras, id preparando vuestros petates con todo lo que os parezca indispensable para la huida hasta la frontera francesa y no arméis alboroto, no vaya a ser que os oiga desde fuera alguno de los soldados que vigilan el patio —apuntó Julián.

Se aplacaron las voces y sólo se oyeron susurros. Los más no sabían ni qué pensar de lo que estaba pasando; los menos tenían claro que saldrían de San Cristóbal y que había que esperar un poco más. Si Leopoldo decía que volvería a avisarles de que la entrada estaba abierta lo haría. Era un camarada en quien se podía confiar sin dudar.

—Segundo, Julián, Baltasar, Manos, Fernando, venga, id saliendo sin hacer ruido. No perdamos más tiempo aquí abajo. Aseguraos de que estos dos están bien atados, y cuidado que aún nos queda el que está a la entrada de las brigadas. —Se puso una de las chaquetas y le dio la otra a Baltasar.

—¿Al piso de arriba? —preguntó Baltasar.

—Sí —confirmó Pico.

—Hay un solo soldado custodiando cada planta. Y al menos Jovino tiene que venir con nosotros —se apresuró a informar el Manos.

8.20 de la tarde del 22 de mayo de 1938

Antes de salir lo habían hablado, y Rabanillo lo recordaba a la perfección, ninguno de ellos debía quedarse solo una vez que dejaran la primera brigada atrás. Había que hacer dos grupos antes de salir fuera y abrir las rejas de todo el edificio en el que se encontraban. Uno se dirigiría hacia las brigadas del patio para abrir las puertas de cada piso y el otro iría hacia los pabellones, para comprobar qué presos de los que estaban allí se querían sumar a la fuga. Se harían de este modo con seis u ocho armas, las de los soldados que estaban custodiando las puertas, hasta llegar al exterior, y las que pudieran encontrar en los pisos de pabellones. Entonces sí estarían en disposición para dirigirse a la Jefatura de Servicios, donde se encontrarían con aquellos soldados que no estaban en sus dependencias cenando o descansando.

—No debemos separarnos, juntos seremos más fuertes que de uno en uno y podremos cubrirnos las espaldas si tenemos que defendernos —ordenó Leopoldo.

Tras ascender por las escaleras de la brigada, sorprendieron al guardián, que, para su desgracia, estaba sentado en una silla adormilado. Se miraron, y sin hacer ruido lo sujetaron por la espalda y le taparon la boca. Lo ataron y se hicieron con las llaves, dejándolo en el suelo maniatado, amordazado y aterrorizado. No se escuchó ni un ruido. Se miraron, alzaron los pulgares en señal de éxito y se acercaron con sigilo a la puerta del patio.

—Que alguien coja sus armas —susurró uno de ellos antes de dirigirse hacia el patio.

Al llegar, ya con las llaves que les permitían salir a él, volvieron sobre sus pasos a la primera brigada a por otros compañeros, y de vuelta subieron por la escalera de caracol que comunicaba las brigadas superiores para abrirlas. Tenían que averiguar qué compañeros deseaban sumarse a la fuga.

Una vez allí, con sigilo entraron en el cuarto de servicios e hicieron lo mismo con el guardián de la segunda brigada que se encontraba revisando los paquetes

de los familiares que debía repartir esa noche. Estaba acompañado de tres ordenanzas a los que ataron y amordazaron, antes de que tuvieran tiempo para reaccionar. Les arrebataron las armas y se las repartieron entre ellos.

—¡Camaradas! Ya pensaba que había cambio de planes. Alegría de veros —dijo un preso abrazándose a Baltasar cuando éste subió con las llaves en la mano para abrirle la puerta.

—¿Viene alguien más? —preguntó Baltasar.

—De momento estos dos han dicho que salen con nosotros —confirmó uno de ellos que salía acompañado por unos compañeros de cautiverio.

Al poco, se sumaron diez reclusos más que llegaban desde la primera brigada y se dividieron en los dos grupos previstos. En apenas cinco minutos la fuga estaba más que encarrilada.

Algunos salieron hacia el patio; otros hacia la cocina, donde estaba el Chato hablando tranquilamente con un guardián. Ambos quisieron defenderse, pero de poco les valió hacerlo. Tenían orden de atar a todo aquel que se resistiera; fuera éste preso o no, no podían dejar que un preso común fuera quien acabara dando la voz de alarma y diera al traste con la fuga. Los encerraron en un cuarto, acompañados de dos cocineros más y tres presos comunes.

—Desde luego, es una suerte que en esta zona casi no haya soldados y que estén todos vigilando la entrada y salida del fuerte y el perímetro. Esto va a ser coser y cantar —dijo Segundo con evidente buen humor.

Se dirigieron a las primeras plantas del edificio de pabellones. En las oficinas no había nadie. En silencio, por el pasillo, se acercaron a la cancela que los separaba del resto de las instalaciones y que estaba vigilada por un ordenanza.

—¡Eh!, tú —gritó Leopoldo vestido con el uniforme de un soldado que custodiaba la entrada—. Ábreme la puerta, que me he dejado las llaves. Y como se entere de mi olvido el teniente nos va a castigar a todos —concluyó señalando a Baltasar y a dos presos más que también se habían puesto el uniforme.

El guardián no vio razón para no franquearle la entrada a unos soldados y abrió. Se dio cuenta de su error demasiado tarde. Cuando, con la cancela ya abierta, bajó los ojos y vio que el calzado que llevaban eran zapatillas de esparto abrió los ojos como platos y levantando la cabeza les dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¡Socorro! ¡Presos! ¡Se escapan! —pudo atinar a decir, segundos antes de caer desmayado

tras recibir un golpe en la cabeza.

Lo redujeron enseguida. No podían permitirse que alguien diera la alerta. Enfrente, desde los pabellones, seguían atentos a todo lo que sucedía.

—Bien hecho, Fernando, que descanse un rato. ¿Puedes atarlo, Segundo? — Éste cogió el cinturón y se dispuso a atarlo a uno de los barrotes de la verja.

—¡Ernesto!, mira, ven, ven aquí —dijo Jovino algo alterado sin separarse de la ventana de su celda. Desde los pabellones se veía perfectamente la puerta que conducía a la escalera de la primera brigada y observaron que había movimientos extraños de entradas y salidas de hombres.

—¿Pero... qué está pasando? ¿Ya ha llegado el momento? ¿Están saliendo de la primera brigada? Pero si son poco más de las ocho de la tarde —exclamó Ernesto, sorprendido por la premura.

—Mira, ahí, ahí en la esquina, se están peleando unos cuantos con Roberto.

—¡Hostias! ¡Mira! ¡Mira ahora! ¡Le han dado en la cabeza y se ha caído al suelo redondo! —gritó Jovino.

En la esquina del edificio de las brigadas un grupo de hombres atestaba un golpe certero en la cabeza de Roberto. Parecía que uno de los presos llevaba en la mano un martillo y alguna que otra herramienta contundente. De inmediato, otro de sus compañeros, remató la faena. Se miraron como queriéndose decir que no había que arriesgarse a dejarlo con vida.

Por suerte pudieron evitar que Roberto diera la voz de alarma. Su intento fallido le había costado la vida. En ese momento no lo dudaron y le propinaron una serie de golpes en la cabeza. Los presos que estaban asomados a las ventanas de los pabellones pudieron ver la escena y sólo eso les bastó para imaginarse lo que estaba pasando.

—Pero... ¿Qué están haciendo? ¿Se han vuelto locos? —comentó con sorpresa Ernesto.

Tan sólo tres de los presos que se encontraban en pabellones estaban al tanto de la fuga. Los demás, entre sorprendidos y sobrecogidos, no dejaban de pensar y comentar las posibles consecuencias en todos ellos que iba a tener la situación que estaban viendo.

—Entonces era verdad... —comentó un tanto apesadumbrado Teolindo—. Los rumores de la fuga que a todos nos parecían inverosímiles eran ciertos... Pero si yo he hablado con Pico esta mañana y me ha dicho que ni me preocupara

que no estaban para fugas... Y mira ahora, está ahí en el patio con todos éstos. Es él quien los está dirigiendo a todos.

Pico, al mando, cruzó en sentido longitudinal, hasta que, en compañía de cuatro reclusos más, desembocó en la Ayudantía, donde sorprendió y desarmó a Patiño.

—Hijos de mala madre —le dio tiempo a decir a Patiño—. Os vais a enterar de lo que es bueno en cuanto os pillemos. Esto no quedará así.

Sin demasiadas contemplaciones lo sujetaron entre tres y lo metieron en un cuarto dedicado a guardar la ropa sucia de la tropa y, estirado boca abajo en el suelo, lo amordazaron y lo ataron para que no pudiera moverse.

Tras pasar la verja que limitaba con la Ayudantía, detuvieron al portero y a un cabo de limpieza que apareció inesperadamente y los encerraron a los dos en un cuarto de herramientas cerca de la cancela. Ahí cogieron todo lo que consideraron que les podía ayudar en su huida: un martillo, una alcatana, una llave inglesa y otros objetos contundentes. Supusieron, a falta de fusiles y pistolas, que podrían hacer las veces de armas.

Avanzando por el pasillo y casi en un silencio sepulcral para no ser descubiertos, llegaron al portal de salida de los pabellones que daba paso al exterior del edificio, frente a la capilla. Aquel portal del primer piso quedaba a nivel del suelo debido a la configuración del terreno. Hasta ese momento no entendieron lo que quería decir Arbulo cuando se afanaba en explicar que se encontraban metidos dentro de un monte. Era verdad, alguien había vaciado un monte para construir el Fuerte de San Cristóbal. De ahí lo profundo de la primera brigada, y lo elevado, en comparación, de la zona que daba a la iglesia.

Se detuvieron y miraron a derecha y a izquierda. Allí había siempre dos centinelas, uno apostado en la entrada de la capilla y otro que paseaba arriba y abajo del muro que quedaba justo en frente. Los reclusos, calculando el momento en que el último estaría más distanciado, se abalanzaron sobre el que estaba junto a la puerta y le arrastraron dentro del pasillo. La fuga ya no se podía parar. Aunque se había iniciado en las brigadas, los movimientos y algunas voces ahogadas empezaron a notarse en pabellones.

Más o menos simultáneamente, unos miembros del grupo de presos sorprendieron al otro centinela cuando se disponía a cargar el fusil. Le desarmaron, le despojaron del capote y del correa y cruzaron el patio para

encerrarlo en el cuerpo de guardia de pabellones, donde otros del grupo ya habían sometido a otro guardián. Prácticamente sin lucha, iban reduciendo a todos los soldados que se iban encontrando.

Al final, los juntaron a todos en el mismo cuartito, atados en el suelo, y mirando hacia la pared, dejaron como custodia a un penado armado con un fusil, y cerraron la puerta para evitar que los demás pudieran darse cuenta de lo sucedido. Al acabar, y ya con los pabellones neutralizados, volvieron a las brigadas para unirse al resto de los sublevados.

Fue en ese momento cuando un corneta, en el que nadie había reparado, empezó a gritar y a hacer sonar su instrumento poniendo en peligro todo el plan de fuga. Unos gritos que despertaron a Saturnino del sopor en que se encontraba. «¿Qué está pasando?», se preguntó todavía obnubilado en su garita.

—¿Qué ocurre? —atinó a gritar.

—¿Quién arma ese alboroto? —contestó otro de sus compañeros desde la garita del fondo.

—Todos quietos, y dejad las armas en el suelo sin rechistar —contestó una voz que salía de la oscuridad y que Saturnino no supo distinguir de quién era, aunque le resultó familiar. Al momento se acercaron a él para sujetarlo unos cuantos presos. Se miraron, no habían previsto qué hacer si uno de ellos se resistía a entregar las armas. No se resistió. Saturnino en el fondo entendía que acabaran por intentar una huida a la desesperada por las condiciones que les estaban haciendo vivir.

—Pero vosotros... ¿vosotros qué hacéis aquí?

—A callar, que ahora los que mandamos somos nosotros —dijo Segundo.

—¡Válgame Dios, si vais armados! ¿De dónde habéis sacado estos fusiles? ¿Son vuestros? —preguntó el soldado.

—No, si te parece son de tu padre... —dijo con sorna Baltasar Rabanillo.

—¡Y vais con uniformes! —exclamó Saturnino.

—Venga, venga, no perdáis tiempo con tonterías —azuzaba Leopoldo, y salió dejándolos con él.

—Estáis locos, pensároslo bien —dijo el joven—. No llegaréis vivos a ningún sitio —añadió—. Acaba de escaparse un corneta. ¿Cuánto creéis que tardarán en subir los requetés por el monte? Es mejor que os quedéis aquí, la reprimenda será menor si os encuentran dentro. Yo me comprometo a que no le

hagan nada a todos aquellos que decidan no salir del fuerte. ¡Palabra!, yo me comprometo. Hacedme caso, que si no está puede ponerse muy, muy feo — insistió Saturnino.

Los dos hablaban, tratando con un último esfuerzo que la fuga no fuera a más, que se quedara en un intento.

—Las posibilidades de éxito son mínimas. ¿No os dais cuenta? Trae, dame las llaves —le dijo a Rogelio, quien se las dio sin problemas—. Voy a cerrar la puerta del penal.

—Hay gente que quiere escaparse —apuntó Rogelio, quien ya, a la vista de cómo estaba evolucionando la fuga, había decidido que no saldría del penal.

—Te doy mi palabra de que abriré la puerta a todo aquel que me lo pida. — Se giró para hablar a los presos que se acercaban a él queriendo salir—. ¡Parad, parad!, no veis que os van a matar en el monte —gritaba, se desgañitaba, intentaba impedir lo que, a todas luces, era ya inevitable. Que cientos de ellos fueran perseguidos y cazados como conejos en el bosque—. Yo me hago responsable de la vida de los que os quedéis, tenéis mi palabra —seguía gritando Saturnino.

Consiguió convencer a algunos, pero muchos de ellos hicieron oídos sordos. Era mejor tratar de alcanzar la libertad que morir de hambre en el Fuerte de San Cristóbal. Estaba claro que los franquistas acabarían con todo aquel que se encontraran en el monte sin espera de juicio.

Baltasar salió sin hacer caso a lo que le decía el soldado, que seguía gritando. Él, junto con Fernando Garrofé, Juanito Iglesias y Segundo Marquínez, habían sido los encargados de entrar en la cocina y retener al guardián, a los cocineros y a tres funcionarios, y encerrarlos en el cuarto de herramientas. Desde allí, armados con dos martillos, una piqueta, dos trozos de cañería y un hierro, llegaron a otra puerta exterior custodiada por dos centinelas.

Baltasar, vestido con el gabán y la gorra del guardián, empuñó su pistola y con un grupo de seis cruzó el patio hacia la oficina. Llevaban al jefe de Servicios y a un ayudante con las manos atadas a la espalda, así pudieron engañar al guardián que estaba al otro lado de la puerta de rastrillos por la que se accedía al patio del cuerpo de guardia. Le detuvieron y le quitaron las llaves que abrían las salidas.

Simultáneamente, el otro grupo de siete presos, capitaneado por Pico, se

dirigió a la oficina de Ayudantía. Lograron entrar y desarmaron y obligaron a ir hasta la puerta de los rastrillos por la que se pasaba al exterior del penal a todos los que se encontraban allí. Accedieron entonces a otro patio en el que se encontraba el cuerpo de guardia. Obligaron al ordenanza a llamar al guardián Sacristán, reclamando su presencia en Ayudantía. Sacristán abrió el rastrillo, entró, volvió a cerrar y se dirigió, con todas las llaves, a la Ayudantía. Pico y los demás lo asaltaron, le golpearon en la cabeza hasta dejarlo sin sentido y se apoderaron del llavero antes de atarlo y encerrarlo en la oficina con Sánchez Pescador y el ordenanza, que estaba aterrorizado. Después, volvieron a las brigadas para reunirse allí con el primer grupo.

Todos los participantes en la fuga, conforme iban dando por acabadas las tareas que tenían asignadas, se juntaron en el patio. Eran en total unos cincuenta presos. Ahora quedaba sólo la parte más importante de la fuga, salir de San Cristóbal.

—Redín. Tienes que ayudarnos —pidió Pico al montañero.

—Leopoldo, no sabes lo que estás diciendo. Esto no es fácil. Se necesita conocer el terreno...

Cuando Leopoldo le expuso su plan, Redín le había ido explicando las dificultades con que se encontrarían a la salida, para caminar por el monte hasta alcanzar Francia. Aunque apenas si estaban a unos cuarenta kilómetros de la frontera. Pero había que estar preparado, no sólo no era fácil dar con la dirección correcta, sino que además las condiciones climatológicas eran adversas y había que tener cierta resistencia física para poder aguantar sin problemas. El terreno que rodeaba el fuerte era extremadamente adusto, no tanto por colinas y hondonadas, que no había demasiadas, como por la multitud de laderas de los valles y la humedad. Estarían a la intemperie y sin ropa con la que guarecerse del frío. Tendrían que cruzar franjas de terrenos sembrados y vadear el Ulzama. Además, el clima de Pamplona siempre era así, era probable que por lo menos durante la mitad del día estuviera lloviendo con esa lluvia helada y fina que se metía en los huesos y para la que no tenían impermeable que les ayudara a protegerse.

—¡No puedes quedarte aquí! —exclamó Pico, mientras con una mano iba haciéndoles señales a los demás para que se dirigieran hacia el rastrillo.

—¡A mí, seguidme a mí! —dijo Baltasar—. Yo tengo las llaves.

Y algunos hombres se fueron dirigiendo hacia la entrada. Los pasillos del rastrillo estaban levemente iluminados, pero no necesitaban luz. Todos los habían recorrido al menos en una ocasión y lo conocían a la perfección. Se dirigieron al rastrillo, abrieron sus dos puertas y llegaron hasta el patio donde estaban los edificios ocupados por la guardia exterior. Estaban en el patio de la tropa. Y los soldados, en su comedor, se hallaban cenando.

—No os preocupéis por los de reemplazo, ya veréis que éstos no son un problema —aseguró Pico contundente—. ¡No abandones ahora, camarada!

—¿Estás seguro? —preguntó Baltasar.

—Como que no hay Dios, que estos de reemplazo no nos van a dar problemas —contestó Leopoldo dejando a Redín, que los miraba salir sin decidirse a acompañarlos.

Entonces se dirigieron hacia los rastrillos que vallaban la entrada del patio y llegaron al patio que ocupaba la guardia exterior. Según lo previsto, los soldados estaban cenando en el comedor. Cuando algunos los vieron, lejos de defenderse, se quedaron quietos, a la espera. Los presos se limitaron a apoderarse de los fusiles de todos ellos, que estaban apoyados en la pared interior, y salieron prácticamente sin tener siquiera que decirles nada.

Sólo faltaba neutralizar a los centinelas que vigilaban desde las garitas que rodeaban el fuerte, y que eran unos diez. Si iban uno a uno, sin hacer ruido, para que los demás no se enterasen, no habría problema. Sirviéndose de varios soldados como si de una coraza humana se tratara, lograron que se rindieran sin tiros algunos de ellos, los otros, sorprendidos por detrás en la guardia, fueron atados a sus mismos puestos. Sólo uno de ellos, que casualmente había salido en ese momento de su garita, al regresar se encontró con un grupo de presos y levantó su arma. Los reclusos no se lo esperaban y no supieron qué hacer. Mientras, el centinela disparó hiriendo a uno de los presos en un talón. El resultado fue que en menos de media hora estaban todos encerrados en sus propias dependencias sin sufrir daño alguno.

Acabada la refriega, y con todas las puertas del Fuerte de San Cristóbal abiertas, los cabecillas de la fuga, con Leopoldo Pico a la cabeza, regresaron a la prisión. Estaban decididos a abrir todas las puertas de brigadas y pabellones que todavía estaba cerradas, y a animar a sus compañeros a que se fugaran del fuerte.

—¡Venga, camaradas! ¡Daos prisa! ¡Abrid todas las puertas! ¡Quitad todos

los cerrojos! ¡Que salgan todos los compañeros que quieran! ¡Somos libres! — voceaba Ernesto corriendo a un lado y otro del patio con un manajo de llaves.

Se repartieron las llaves y, con un detalle que parecía planeado, cada uno de ellos se dirigió a una parte distinta del fuerte. Al último edificio al que se dirigieron fue a los pisos altos de los pabellones. Mientras Jovino atravesaba el patio para entrar por la puerta de acceso, oía cómo, desde las ventanas, los presos preguntaban: «¿Qué pasa?, ¿Qué sucede?», y él, gritando por los pasillos, sólo era capaz de decir:

—Salid, camaradas, ¡estamos libres! ¡Venga, daros prisa! ¡Libres, estamos libres!

Y así lo fueron haciendo todos los presos, en tropel, desordenados, unos con maletas, otros con los jergones, los más con lo puesto, y en el patio se encontraron con el resto de compañeros. El patio parecía una colmena humana que iba y venía sin saber a dónde dirigirse a la espera de que los compañeros que estaban en el patio de la tropa, a punto de controlar a los soldados que en ese momento estaban cenando, les dieran paso.

Los primeros presos que atravesaron el patio y llegaron a una explanada en la que se encontraban los edificios de oficiales y los pabellones de la tropa, eran todos de la primera brigada. Para evitar sorpresas de última hora se aseguraron de que no había, como estaba previsto, ni un solo guardián vigilando esa zona, y de que todos los soldados de reemplazo estaban cenando. Tal era la despreocupación que reinaba entre la tropa. Los primeros presos lograron cruzar por delante sin que al parecer nadie se percatara de lo que estaba pasando, tan pendientes estaban de comerse el rancho. Sin embargo, algunos de ellos, al levantar la cabeza en el momento en que pasaban los reclusos en dirección a la entrada principal, vio movimientos extraños, pero hicieron como si no pasase nada. Al fin y al cabo la mayoría de los que estaban de guardia ese día seguían siendo aquellos chavales que habían jugado juntos en las mismas plazas que los evadidos, nacido en los mismos pueblos, compartido amigos e incluso familias. El pertenecer a uno u otro bando, en muchos casos de reemplazo, sólo fue cuestión de puro azar. Así, entrar en el comedor, evitar que se levantasen cuando los vieron y quitarles las armas fue tarea fácil, como anticipó Leopoldo.

Mientras, el resto de reclusos había ido saliendo de sus celdas y se encontraban ya en la verja que cerraba el patio. Aunque la mayoría no sabía qué

hacer, la inercia hizo que muchos de ellos siguieran a aquellos que iban en dirección al rastrillo que daba a la puerta de entrada. Sin detenerse a pensar si era de verdad lo que querían. Una puerta abierta a la libertad era algo demasiado tentador como para echar cuentas y pararse a pensar los pros y los contras. La libertad no podía tener ningún contra.

—¡Hacia Francia! ¡Hacia Francia! ¡Adelante! ¡No perdáis tiempo! —iba diciendo Fernando y animando con los brazos a todos para que atravesaran el rastrillo y se dirigieran a la puerta de entrada.

—Camaradas, hacia el norte, todos hacia el norte —gritaba Segundo.

El patio de los soldados estaba repleto de reclusos, que en cuanto llegaron a la entrada principal se dispusieron a huir monte arriba, sin prestar ni siquiera atención al pabellón de los soldados, donde estaban todos sentados en el suelo, con las manos atadas a la espalda. Eran las nueve de la noche y casi la totalidad de los dos mil quinientos hombres detenidos en el Fuerte de San Cristóbal estaban en el patio de la tropa. Entonces alguien dijo:

—No os quedéis parados. Antes se ha escapado un corneta; de prisa, corred, poco tardarán en llegar desde Pamplona los franquistas y los requetés armados hasta los dientes. No podemos quedarnos aquí dentro porque nos matarán.

La duda sembró los rostros de muchos de ellos de inmediato. ¿Ya sabían en Pamplona que había una fuga? ¿Había posibilidad real de huida? ¿Podrían alcanzar la frontera francesa? ¿En realidad sería una trampa?

Sin saber bien dónde se encontraba, Leopoldo volvió a los pabellones en busca de Redín.

—¡Pablo!, ¡Pablo! Tienes que ayudarnos. ¡Te lo pido por lo que más quieras! La vida de todos nosotros depende de ti. Sal a indicarnos qué camino tenemos que seguir —suplicó Pico.

—Estáis locos. Ya te lo he dicho. Nadie en su sano juicio se aventuraría a salir sin conocer el terreno —le explicó Redín.

—Tienes que ayudarnos, tienes que salir con nosotros y guiarnos por el monte.

Pablo Redín no sabía qué decir. Él no tenía una condena política y en nada habría acabado su estancia en prisión. No podía jugársela en ese momento. Le pidió a Leopoldo unos minutos para pensar lo que iba a hacer. Se salió a la escalera y apoyado en la barandilla se quedó mirando fijamente hacia el suelo.

Tras dudar unos segundos, cogió sus pertenencias, se ató sus alpargatas y asintió con la cabeza mientras se dirigía a la salida. Las emakumes que subían todas las semanas a llevarles comida también estaban arriesgándose por los demás. Muchos de los detenidos eran también presos nacionalistas, como él, pero detenidos por motivos políticos. Ésos también se merecían al menos saber el camino por dónde ir para intentar salvarse.

—Lo que tenga que ser será. El que quiera que me siga. ¡Nos vamos a Francia! —gritó al fin Redín.

—No te vayas, Pablo, es una locura —apuntó entonces Teolindo temeroso.

—No llegaréis vivos a la frontera —insistió Guillermo.

—Lo que tenga que ser será —insistió Redín. Y cogió uno de los fusiles de los compañeros que había ido a buscarlo, un palo para poder utilizarlo como cayado y salió.

Las puertas del fuerte estaban abiertas y Segundo y Fernando se afanaban en insistirles a todos que salieran, que no se quedaran parados:

—¡Podéis salir!

—Las puertas están abiertas, ¡el que quiera que salga!

En el rastrillo la confusión era enorme. Era como un embudo en el que unos iban en una dirección, otros regresaban al patio, otros se quedaban parados pensando... Una vez allí los presos debían decidir si irse o no. Unos cargados con los petates, otros con las manos en los bolsillos a la espera de encontrarse con un compañero en el que confiaran y preguntarle qué hacer, otros buscando armas con las que salir... Caminaban despacio, unos alegres, otros temerosos, los más sorprendidos porque no sabían lo que se había estado tramando, se dirigían hacia la salida sin saber qué iban a encontrarse una vez fuera. Empezaron a escucharse los primeros «Viva la Segunda República», «Abajo los fascistas».

Había una enorme confusión, porque muchos estaban temerosos de que el ejército apareciera inmediatamente.

Una vez fuera Leopoldo no se movió. Prefirió descansar un rato, dejar que el ritmo de su corazón disminuyese para recobrar el aliento.

—¿Te das cuenta, Baltasar? Lo hemos conseguido. ¡San Cristóbal tiene todas las puertas abiertas! ¡Somos libres! ¡Libres!

—No podemos quedarnos aquí, Leopoldo, en nada subirán desde Pamplona —iba diciendo Baltasar.

—¡Ya vienen! ¡Ya están subiendo! ¡Los requetés! ¡Todo el mundo a correr!
—gritaba Segundo.

—Venga, Leopoldo, vámonos —le dijo Baltasar.

—Vete tú delante, vete, Baltasar, yo me quedo aquí a que acaben de salir todos y luego os alcanzo.

—Leopoldo, quedarse ahora es una locura —contestó Baltasar preocupado.

—Venga, Baltasar, Leopoldo —gritó Juanito mientras corría monte abajo.

—Vete, yo voy en seguida. —Y después de darle un abrazo se giró y entró en el rastrillo.

A Leopoldo le dolía la cabeza y se sentía agotado. Volvió a salir del rastrillo y empezó a correr por el monte. Desde donde se encontraba podía ver los puntitos luminosos de las linternas de los falangistas. Las bengalas que disparaban para iluminar la zona, las ráfagas del faro que estaba colocado encima de uno de los camiones.

Leopoldo se acordó de su mujer, Concepción Mazo, diecisiete años cuando la conoció, de eso hacía tres años tan sólo y podía quedar viuda en menos de veinticuatro días con dos hijos pequeños a los que criar y alimentar.

—Pero qué miedo podéis tener —gritaba Pico a todos aquellos que no se atrevían a seguir por el monte y que, derrotados y temerosos, se encaminaban de vuelta a San Cristóbal—. ¿Qué os pasa? No os dais cuenta de que nosotros somos más de dos mil quinientos y ellos apenas si son un centenar. No os quedéis parados. Corred, corred hacia Francia —insistía Leopoldo cada vez más sorprendido de la reacción de sus compañeros y dudando si regresar al fuerte para convencer a algunos de ellos.

—Leopoldo, Leopoldo —dijo Daniel—. Déjalo estar, no tenemos tiempo. ¿No te das cuenta de que esas luces son la señal de que ya han dado aviso a Pamplona? En menos que canta un gallo tendremos a todos los requetés de Pamplona persiguiéndonos por el monte.

Leopoldo se lo quedó mirando. Quizás había esperado demasiado de hombres aterrorizados y muertos de hambre.

—Está bien —claudicó—. Al menos casi la mitad parece que está huyendo.
Nos vemos según lo acordado —le dijo a Daniel y, tras abrazarlo, echó a correr.

9 de la noche del 22 de mayo de 1938

Después de salir huyendo sin tener claro hacia dónde debía dirigirse, Baltasar se dejó caer aprovechando el desnivel que le ofrecía el monte hasta descender algunos metros. Esperó un momento hasta asegurarse de que nadie lo seguía. Intentó localizar con la vista a Julián, Segundo, Fernando o Jovino para juntarse con alguno de ellos como habían previsto, pero no vio a ninguno. Entonces, sin pararse a pensar que debía haberse hecho con un arma para lo que pudiera suceder, echó a correr, agachado, hacia el punto donde, recordaba, le había dicho Redín que podía saltar de nuevo hasta llegar a un camino y cruzarlo para adentrarse en el bosque. Oyó las voces de algunos de sus compañeros perseguidos por los falangistas y los requetés, aunque no los vio.

«Maldita sea nuestra suerte», pensó mientras se agazapaba para no ser visto e intentar determinar a qué distancia se encontraba de los disparos. «Maldito corneta.»

Oyó los tiros y las carreras. Los sintió cerca, tanto, que tuvo que contener el impulso de ponerse de pie y rendirse, con los brazos en alto. Estuvo a punto de hacerlo cuando oyó a compañeros suyos gritar, pidiendo que no les dispararan, que los dejaran vivir, que tenían familia e hijos y que no querían morir y al poco unas ráfagas de metrallera. No, eso no era lo que habían planeado, lo que habían imaginado que sería la fuga. No tenía que haber muertos.

Los gritos de sus compañeros, más exagerados de lo que él suponía necesarios, en realidad sirvieron para alertarlo. El sentimiento de gratitud por la sensación de camaradería que sintió en ese instante afloró en su interior. Levantó un poco la cabeza, vio a lo lejos cómo algunos habían caído, cómo otros, todavía de pie, levantaban las manos rendidos ante la evidencia de que no podían hacer más que dejarse atrapar para intentar salvar sus vidas. Observó cómo uno se llevaba la mano al brazo, o tal vez a lo que quedaba de él. Creyó distinguir a Juanito Iglesias. A su lado uno de sus compañeros lo ayudaba como podía a sostenerse en pie. Sí, le habían disparado y le faltaba un brazo. Parecía que todos

estaban demasiado asustados para moverse e intentar huir. A su lado se oían las risas socarronas de algunos de los requetés que los habían apresado y los estaban apuntando con los fusiles.

«Se está convirtiendo en una cacería. Nos disparan como si fuéramos conejos», pensó asustado. «Deben de haber descubierto a un grupo grande y por eso están tan contentos», supuso sin lograr contar a todos sus compañeros. Se encogió todo lo que pudo, conteniendo el aliento, debajo de unos troncos, para resultar invisible a sus ojos y se dispuso a esperar un buen rato en esta postura. No necesitaba ver nada más.

Uno de los sargentos que los custodiaban dio una orden y se oyeron las pisadas de los soldados, cerca, demasiado, quizá, pero no sabía calcular la distancia. Pronto cambiaron de dirección. «Parece que se dirigen en sentido contrario al que me encuentro», se dijo mientras respiraba aliviado. Pero los nervios le jugaron una mala pasada y, preso de náuseas, tuvo que moverse, para inclinarse a un lado y vomitar. Le empezaban a fallar las fuerzas. Si estar sin comer durante un día podría hacer desfallecer a cualquiera, él, que llevaba más de un año viviendo o malviviendo en San Cristóbal, se daba cuenta de que no estaba seguro de estar en plena forma para aguantar todo lo que le esperaba.

Pasó un tiempo prudencial y Rabanillo se levantó cautelosamente. Atisbó por entre los matorrales, en la dirección por donde había visto llegar al grupo de falangistas y de sus compañeros. Ya no había nadie. Tan sólo unos bultos que, dedujo, serían algunos de los cadáveres de sus camaradas. Intentó no pensar en eso. A buen seguro los otros habrían optado por escaparse por el otro lado del monte. Se deslizó a través de los setos en la dirección donde creía que estaba Francia. Conforme avanzaba silenciosamente empezó a oír de nuevo a un grupo de compañeros suyos que, en esta ocasión, estaban huyendo juntos y no parecía que los siguiera nadie. Dudó en acercarse. «Más fácil será la huida si lo hacemos cada uno de nosotros en solitario», pensó, valorando si era o no buena idea juntarse o no a ellos, pero al fin se dirigió hacia donde sonaban las voces.

De pronto oyó que se acercaba alguien por el sendero en el que se encontraba. Se agazapó a la espera de verle la cara y saltarle encima para defenderse si hiciera falta. Por un momento sus movimientos se hicieron casi furtivos. Se detuvo. Miró por encima del hombro y en torno suyo para asegurarse de que estaba solo. Suspiró aliviado cuando empezó a reconocer las

voces que hablaban.

—Creí que os había perdido —dijo asustado Daniel—. Ya me estaba preguntando cómo llegar a Francia sin vuestra ayuda.

—¿Qué ha pasado allí? ¿Has oído los disparos? —comentó Segundo algo asustado.

—No tengo ni la menor idea de qué ha pasado, pero no me gusta nada. He visto que a muchos los perseguían los soldados —contestó el Manos.

—¿Los habéis visto? Esos animales disparaban ráfagas sin mirar. A todo lo que se movía. No parece que tuvieran la intención de hacer prisioneros —explicó Segundo.

—Al corneta que se ha escapado le debe de haber dado tiempo de avisar por teléfono a Pamplona y que suban todos éstos —explicó Daniel.

—¡Camaradas! Qué gusto dar con vosotros —dijo Baltasar saliendo de su escondite—. ¡Ya pensaba que no iba a encontrar a nadie! —Y los abrazó uno a uno.

—¡Baltasar! ¡De dónde sales! ¡Qué alegría! —gritaron.

—¿Dónde has estado? —preguntó Julián.

Rabanillo, después de saludar efusivamente a Daniel Elorza, Fernando Garrofé, Segundo Marquínez y Julián Ortega, les contó su huida por el monte. Cómo, al salir de San Cristóbal, a lo lejos, había visto subir, por la carretera de Pamplona, camiones llenos de falangistas y requetés dispuestos a perseguir a todos los presos que habían salido del fuerte. Incluso, dijo, había visto disparar a esos mismos jóvenes sobre algunos de los presos huidos, a pesar de que éstos, en cuanto los tenían cerca se rendían y se quedaban con los brazos en alto. Los menos, concluyó con tristeza, eran detenidos y subidos a un camión.

—¿Y Leopoldo? ¿Lo has visto? —preguntó Daniel, rompiendo el silencio en que se sumieron tras las explicaciones de Baltasar—. Yo lo dejé huyendo por el bosque en solitario.

—La última vez que lo vi estaba abriendo las puertas del último piso de pabellones. Yo ya estaba en el patio y no sabía si quedarme a esperarlo o salir, y él me llamó desde una de las ventanas y me dijo que fuera hacia el rastrillo, que él bajaba en cuanto acabara y ya nos veríamos fuera. Hice lo que me dijo y desde entonces no lo he vuelto a ver. No sé más. Pensaba que me lo encontraría aquí. ¿No está con vosotros?

—Ninguno de nosotros lo ha visto tampoco desde entonces —anunció Daniel.

—Pero no os preocupéis ahora por él —aseguró Baltasar, queriendo animar a sus compañeros—. Leopoldo se las ha visto en peores, estaría esperando a que nadie se quedara dentro. Seguro que ha salido en cuanto ha dejado todas las puertas abiertas, y cuando menos nos lo esperemos nos los encontramos igual que yo os he encontrado a vosotros.

Todos estaban bastante desanimados tras la explicación de Baltasar. No era fácil creerse lo que les había contado.

—¿Disparaban a los que se rendían? —preguntó desanimado Daniel.

Demasiado pronto se truncaron los planes cuando el corneta logró escapar montaña abajo. Menos de dos horas tardaron en empezar a subir los camiones. ¡Cómo iban a salir todos los presos! ¡Cómo más de dos mil personas, que no sabían lo que estaba pasando, se iban a poner de acuerdo en lo que tenían que hacer con tan poco tiempo! ¡Quién iba a guiarlos!

—Lo único que hasta ahora parece que está claro es que tienen orden de disparar a todo el mundo. Hemos de tener mucho cuidado. Si no ninguno de nosotros saldrá vivo de esta aventura —se atrevió a decir Segundo.

—Calla, calla no seas agorero... —dijo de inmediato Daniel, frotándose las manos con nerviosismo.

Se sentaron en el suelo algo desanimados haciendo un círculo y tiraron en el medio los zaguanes y las bolsas que llevaban. Sólo Baltasar seguía de pie. No sabían qué pensar, ni qué hacer. Alegría, sí, pero desánimo también. Nada estaba saliendo como habían planeado. Y hasta el momento sólo habían visto que muchos de sus compañeros caían bajo las balas falangistas por quererlos acompañar en una aventura en la que apenas habían participado.

—Muchos disparos han sonado, me temo que va a haber más de un muerto. ¿Y esos perros? ¿Los habéis oído? Diría que nos sigue una jauría —apuntó Segundo encendiéndose un cigarro y ofreciendo a los demás por si querían compartirlo.

—Probablemente son perros de los caseríos que hay por esta zona. Seguro que están preparados para cazar conejos y aves de rapiña. Los deben de haber traído para ver si son capaces de seguir nuestras huellas por el monte —comentó Daniel alargando la mano para dar una calada al cigarro.

—Dejaros de cháchara y especulaciones y vayamos a ocultarnos cuanto antes —dijo Baltasar—. Éste no es sitio de pararse a descansar. Ahora menos que nunca debemos dejarnos vencer por el desánimo. ¿No os dais cuenta? ¡Estamos fuera del fuerte! ¡Aquello de allí es San Cristóbal!, sólo nos quedan unos kilómetros más y llegaremos a Francia. ¡Venga! ¡En marcha, camaradas!

—¿Sabes? —contó Daniel, sin hacer amago de levantarse, y visiblemente desanimado—. Muchos de los que estaban en los pabellones con Jovino y conmigo han bajado al patio, se han quedado mirando lo que pasaba y no se han atrevido a pasar de ahí. Eran hombres mayores, de la edad de mi padre, más o menos. Y no se atrevían a moverse. Estaban asustados, paralizados. Han bajado al patio, se han quedado quietos, esperando a ver, y en ese momento ya se veían las luces de los que estaban subiendo desde Pamplona. Y cuando yo salía hacia el rastrillo he visto cómo volvían sobre sus pasos a sus celdas, resignados.

—Lo peor no ha sido eso. Ésos al fin y al cabo ni han salido de San Cristóbal. Lo peor ha sido que yo he visto que muchos, una vez fuera, volvían por su propio pie. Les ha dado miedo seguir adelante cuando han escuchado los primeros disparos. Y nosotros no teníamos armas para ofrecerles y con las que defendernos, ni seguridad para decirles qué hacer o en qué dirección ir. Sólo Redín, que se ha quedado en la puerta, iba indicando más o menos el camino a seguir. Pero con el frío que hacía, decirles que todavía tenían que andar cincuenta kilómetros antes de llegar a la frontera francesa... —dijo Segundo.

—Benito Allo salió del fuerte conmigo; ¿recordáis a aquel zapatero remendón que estaba en la segunda brigada con su hijo? —Julián se los quedó mirando a todos, que de inmediato asintieron a la espera de que siguiera con la historia—. Pues éste iba seguido por unos cuantos compañeros gallegos. En cuanto los vi despistados, les dije que me siguieran, que teníamos un plan, pero cuando empezaba a anochecer hemos visto una patrulla de falangistas y se han parado. «¿Qué te parece, hijo mío?», le ha dicho Benito, con la resignación y el aplomo de sus setenta años, a su hijo. «Si seguimos por la carretera nos cogerán a las afueras y nos matarán, si nos metemos por esos barrancos moriremos de mala manera, así que lo mejor es retornar al penal, que allí por lo menos moriremos descansados, padre. Aunque tengamos que morir de hambre. Y madre tendrá un sitio donde venir a llorarnos.» Y eso han hecho sin dudarlo. No ha habido modo de convencerlos de lo contrario. Y con ellos, conforme los iban

viendo volverse, se han ido añadiendo hasta formar un grupo de al menos unos diez.

—Sí, al final eran diecinueve, yo los he podido contar —explicó Daniel—. Iban todos con las manos en alto, sin prisa. Con mis propios ojos he visto que se detenía un camión y subían sin rechistar, con la cabeza gacha.

—Se han desmoralizado al ver que no sabían qué tenían que hacer, ni hacia donde ir. Además, algunos de los que habían oído rumores de que estaba en marcha una fuga dieron por supuesto que tendríamos a alguien ayudándonos al otro lado y que nos esperarían con camiones para llevarnos a Francia, o qué sé yo cómo. Al ver que no era así no se han atrevido a seguir —apuntó Baltasar.

Baltasar miró a sus compañeros sin saber qué decirles. Al menos ellos estaban vivos, y fuera de San Cristóbal, podían seguir huyendo, intentar llegar a Francia. Les hizo un gesto para indicarles que se levantaran. Ahora no era momento de detenerse, había que seguir. Cualquier descanso podría ser fatal. Les llevaban ventaja, al menos de media hora.

—Pero estamos cansados, hambrientos y muertos de frío. No son las mejores condiciones para llegar a ninguna parte —contestó Daniel.

—Venga, venga, fuera el desánimo, hacia aquella colina —dijo con seguridad Baltasar—. Justo al lado hay un pueblo y Redín dijo que era una zona en la que seguro que los habitantes nos ayudarían. Que estarían de nuestro lado.

8.50 de la tarde del 22 de mayo de 1938, Pamplona

«Decididamente —pensaba ensimismado Alfonso Rojas mientras saboreaba un enorme puro, sin hacer demasiado caso de la conversación que mantenían a su lado dos amigos suyos—. Si mi padre pudiera ver la casa en la que vivo estaría más que orgulloso de cómo ha progresado su hijo. Quién me iba a decir a mí que llegaría tan alto. Hay que ver qué cuadros y qué tapices ha colgado Julia en esa pared. Qué estilo tiene, esta mujer mía, cómo sabe, cómo se le nota de dónde viene», pensó orgulloso y satisfecho, mientras, de refilón, miraba hacia el pasillo por el que entraban las voces apagadas de su mujer y un par de amigas suyas.

Las tres habían ido a la cocina con la excusa de que querían traer el café y unos dulces mientras ellos, con una copa de coñac y un puro en la mano, estaban en el salón charlando sobre una novillada a la que habían acudido hacía un par de semanas en un pueblecito cercano. «¿Pero no está la chica para traernos el café? ¿De qué estarán hablando?», se preguntó intrigado.

Daba gusto poder pasar una sobremesa agradable en casa, con el frío que hacía fuera. «Qué hará Julia tanto tiempo en la cocina. Esta mujer mía... ¿de qué estarán cuchicheando?», pensó Alfonso, y sin poder aguantar la intriga se levantó.

—Amigos, me parece que este café no acaba de llegar. Y eso que ayer noche traje unos cuantos paquetes de los que llegaron a la prisión, para que tuviéramos una buena reserva en casa durante unas semanas. Me temo que la chica habrá hecho de las suyas, si no no me lo explico. Voy a ver por qué tardan tanto nuestras mujeres —explicó mientras se levantaba.

—Por nosotros no te preocupes, Alfonso, estamos más que acostumbrados a que nuestras novias se entretengan hablando cada vez que deciden que van a buscar algo acompañadas. No sé qué tendrán que hacer o contarse que tardan siempre un siglo —dijo uno.

—Seguro que están hablando de cosas de mujeres —contestó el otro.

—Pero es que llevan más de media hora ahí metidas, no me lo explico. De verdad que no me lo explico —insistió Alfonso, y desapareció por el pasillo.

Tras atravesarlo, en el mismo momento en que iba a preguntarle a su mujer qué estaban haciendo, sonó el timbre de la calle. Alfonso dudó si ir él mismo a abrir la puerta o llamar a la chica para que fuera ella y, al final, cambió de rumbo y fue hacia la entrada dispuesto a abrir, haciéndole una señal a la criada de que no se preocupara, que ya se ocupaba el de la puerta.

—Buenas noches, señor —saludó un requeté levantando el brazo como si de un militar de mayor rango se tratara.

—Buenas noches. Y baja ese brazo, que aquí no te hace falta —contestó, y se lo quedó mirando como diciendo: cuéntame, dime qué has venido a hacer a mi casa un domingo por la noche.

—Verá, señor, disculpe estas horas tan intempestivas de acudir a su casa, pero es que hace un buen rato que estamos intentando localizarlo y no hemos dado con usted por teléfono, por más que lo hemos llamado. Debe de haber un problema con la línea. Por eso me han ordenado personarme aquí.

—Tiene que haber un error, soldado. En esta casa el teléfono funciona perfectamente —contestó un tanto enfadado.

—¡Alfonso!, qué fastidio, qué haces con la puerta abierta. Vas a coger frío. ¡María!, ¡María! ¿Dónde está la chica? ¿Quién es este soldado? —dijo su mujer, acercándose por el pasillo.

—¿Señora? —contestó la criada.

—Váyase, María, no se preocupe —dijo Alfonso—. Mujer, es sólo un momento. Pues me dice este soldado que han estado llamando a casa varias veces y no lograban hablar con nosotros.

El soldado, con claras muestras de estar un poco asustado, de venirle grande la tarea que le habían encomendado, miraba a derecha e izquierda tratando de buscar la mejor manera de pasar desapercibido. Y ya iba a reanudar su explicación cuando vio que doña Julia se acercaba a su marido.

—Querido, me temo que tiene parte de razón. Verás, es que han llamado un par de veces cuando estábamos en la cocina y... bueno, por resumir, te diré que les he dicho que no te molestaran. Que los domingos no se trabaja en las casas decentes y que estabas descansando con unos amigos.

—Pero mujer... cómo haces esas cosas. Podría ser algo serio —contestó don

Alfonso displicente, sin atreverse a levantarle la voz a su mujer.

—Alfonso, por Dios, qué les iba a decir, si tenemos gente aquí en casa...

—Pase, pase y explíqueme qué sucede, soldado. A qué ha venido. —Don Alfonso se giró sin querer seguir la conversación con su mujer, deduciendo que si se habían tomado tantas molestias, que incluso habían enviado alguien a casa, debía de ser un asunto serio el que le estaba esperando.

Don Alfonso entró con el soldado en una pequeña salita que tenían para recibir a las visitas. No quiso ir a su despacho, porque para ello tenía que pasar cerca de la puerta del salón y no quería que sus invitados fueran importunados más, ni tener que dar explicaciones. Una vez allí, él sentado y el soldado de pie, se enteró de todo lo que había pasado en el fuerte y de cómo creían que estaban ahora mismo las cosas según las últimas informaciones que les habían llegado.

—¿Es posible lo que me cuentas? ¿Pero qué clase de haraganes estaba vigilando el fuerte esta tarde? ¿Cómo ha podido suceder una cosa así?

—Tal como lo oye, señor. Han logrado abrir todas las puertas y han salido al patio, y de ahí al monte. Un corneta pudo escaparse y correr hasta dar con un teléfono para hacer una llamada al puesto de la Guardia Civil, que han sido los que nos han puesto sobre aviso.

—¡Qué estás diciendo! ¡Seguro que te estás equivocando! —le dijo Alfonso Rojas, mientras, levantándose del sillón, lo sujetaba de los hombros y lo movía con fuerza adelante y atrás—. ¡Qué estás diciendo! —repitió enfadado, con una violencia que él mismo se dio cuenta de que era desmesurada. Al fin y al cabo ese soldado sólo venía a cumplir una orden e informarle de lo que estaba pasando.

—Señor, parece ser que no han podido hacer nada, se les ha ido de las manos —dijo temeroso el soldado, mientras daba un paso atrás y se separaba de don Alfonso.

El soldado hablaba con la cabeza baja, como queriendo evitar una reprimenda que, aunque no tenía nada que ver con él, estaba claro que iba seguir recibiendo.

—Señor, creo que debería venir conmigo al fuerte, tengo un coche esperando abajo para llevarnos —se atrevió a insinuar, viendo que el reloj corría y Alfonso Rojas no parecía que tuviera intenciones de moverse del sillón donde, tras el ataque de ira, había vuelto a sentarse.

—Por supuesto que iré contigo. Van a empezar a rodar cabezas en cuanto llegue a San Cristóbal. Y no sólo las de esos malditos rojos, también las de más de un soldado. ¡Una fuga! ¡En San Cristóbal! Y ¿quién hay ahora mismo allí? —preguntó mientras se levantaba y salía de la habitación enfadado, dejando al soldado con la palabra en la boca y sin saber qué hacer.

—No sabría decirle, señor. Las últimas informaciones son de que han ido subiendo algunos voluntarios de los requetés hacia el fuerte, pero...

—¡Julia!, tengo que salir. Mi abrigo, ¿dónde está mi abrigo? ¡María, tráigame mi abrigo! —gritó, y se fue directo a uno de los armarios del recibidor, donde guardaba unas cuantas pistolas.

—¿Qué pasa, Alfonso? ¿Qué son estas voces? ¿Adónde te vas? —preguntó su mujer sorprendida.

—Se están fugando del fuerte. Estos rojos, aprovechando que era fiesta, han liado una buena.

Julia se paró de golpe.

—¡Eso te pasa por ser bueno! Demasiado bien los estáis tratando, mira ahora cómo te pagan. ¿Y no podrías ir más tarde y que se encarguen los soldados? —contestó.

—¡Mujer! —exclamó don Alfonso mientras se ponía el abrigo que le había traído la criada—. No cuentes con que regrese a dormir a casa esta noche. Despídete de mi parte de tus amigos. —Y, tras darle un beso en la mejilla, salió escaleras abajo seguido por el soldado. Todavía se oía a doña Julia quejarse por su salida de casa a horas intempestivas.

—¿Pero qué es esto? —exclamó al ver que en realidad lo que tenía esperando a la puerta era un camión en el que, además, había dos presos atados detrás.

—Disculpe, señor, pero es que arriba necesitan camiones, más que coches, y... —se excusó el soldado, pero fue interrumpido antes de acabar.

—¡No me estoy refiriendo al camión, hombre de Dios! Lo que digo es que qué hacen estos dos hombres aquí detrás.

—¡Ah! —suspiró aliviado—. Nos los hemos encontrado en el monte cuando veníamos a buscarlo. Y hemos preferido traerlos con nosotros, para no perder tiempo. Estaban tan desorientados que cuando nos han visto nos han dado el alto, pensando que éramos de los suyos —se rio el soldado.

Don Alfonso, antes de subir a la cabina del conductor, se asomó a donde

estaban los reclusos y les dijo:

—Vosotros, ya podéis rezar si es que sabéis, mientras vamos de camino a San Cristóbal, porque en cuanto llegemos os fusilo.

Los dos hombres se miraron, y sin atreverse a pronunciar palabra bajaron la cabeza.

—Vamos, ya podemos darnos prisa —dijo Alfonso mientras subía al camión.

Durante el trayecto, se enteró de que, en las más de dos horas que habían pasado desde el inicio de la fuga, ya se había dado orden de poner en marcha todo el mecanismo militar previsto para estas situaciones. Que ya habían empezado a subir por la montaña camiones con potentes reflectores, grupos de requetés y de falangistas con la orden de disparar a todo aquel que no se rindiera, acompañados de perros. Habían ido deteniendo vehículos en las carreteras, patrullado los caminos, registrado las casas y las granjas que se encontraban a su paso y recorrido campos y montes para evitar que los presos se escondieran entre la maleza. No podía ser muy difícil dar con ellos. Los fugados tenían poco más de una hora de margen desde que empezó la fuga.

Mientras, la radio falangista se encargaba de que la noticia llegara a todos los rincones de Pamplona para evitar que los huidos recibieran ayuda de la población.

En ese momento, también se enteró de que el coche del alférez del fuerte había sido lanzado montaña abajo. El alférez provisional regresaba al fuerte tras acabar su día de fiesta y se encontró con un grupo de reclusos huidos que, en cuanto lo reconocieron, le dieron el alto, lo desarmaron y lo detuvieron, despeñando el coche. Lo dejaron atado a un árbol donde rato después lo encontró un grupo de soldados. Era un grupo que se había dirigido directamente al fuerte, sin buscar a huidos por el monte, para ver cuántos eran, cómo estaban los hombres que allí habían quedado y en qué situación se encontraban los presos. Y empezar a controlar la situación.

Habían llegado a San Cristóbal unos setenta hombres con el armamento reglamentario completo y se encontraron en el patio a más de quinientos presos que no sabían exactamente qué estaba pasando y no se atrevieron a huir. De inmediato les ordenaron que se pusieran en fila contra la pared. Algunos empezaron a entrar en las celdas de nuevo cuando vieron cómo llegaban detenidos muchos de sus compañeros fugados. Con la colaboración de requetés y

falangistas, los soldados controlaron pronto los pueblos, los caminos y los puentes, y a lo largo de los días siguientes esperaban cazar a los que faltaban.

Los que regresaron a sus celdas pensaron que se librarían de la reprimenda, pero estuvieron esa noche a punto de ser ametrallados en el patio del penal por los soldados, cuando Michelín apareció en el patio sujetándose con fuerza las muñecas doloridas, tras ser desatado, muy enfadado.

—Montad ya esas ametralladoras. ¡Montad ya esas ametralladoras! —gritaba Michelín muy enojado. En cuanto lo liberaron había tomado el mando del fuerte a falta de otro mando superior en la plaza y a la espera de que llegara el director.

—¡Venga!, estos rojos no se merecen ninguna contemplación —gritaba don Manuel. El cura, de regreso también al fuerte, había subido con su uniforme de requeté, y tan sólo el alzacuellos denotaba su profesión, pues levantaba la pistola con tanta furia como el soldado más dispuesto a la batalla.

—A qué estáis esperando —dijo el director al llegar, casi sin saludar a nadie—. ¿No estáis oyendo?

—Señor director, no pueden dispararles a todos estos presos. No se han movido del fuerte. No sabían lo que estaba pasando —dijo Saturnino. El soldado, como prometió, había cumplido su palabra de intentar mediar por los presos y que nada les sucediera a aquellos que no se sumaran a la fuga.

—Vaya, ya ha tenido que hablar «sor» Saturnino —se rio uno de los guardias.

—Yo les prometí que no les pasaría nada si se quedaban —insistía mientras miraba con impotencia a un lado y a otro a todos los guardias civiles, buscando complicidades con alguno de ellos—. Yo se lo prometí, señor. Les di mi palabra. —Y se dirigió a la pared en que estaban los presos colocándose al frente.

—Quítate ahora mismo de ahí, Iriarte. Ahora mismo estoy tan enfadado que puedo ordenar que disparen aún teniéndote enfrente —insistió muy enfadado Michelín.

—Señor, tiempo habrá de juicios, no se manche usted más... Padre, dígaselo usted. Todos son hijos de Dios.

—Unos más y otros menos, hijo, y estos rojos no se merecen que seamos demasiado cristianos con ellos. Esto se convertirá en una anarquía como no les demos un castigo ejemplar —contestó don Manuel, el cura, comprobando con la mano que seguía allí la pistola que había vuelto a colgar de su cincho.

Acercándose al patio ya se oían las voces de los funcionarios que habían sido atados por los presos.

—Venga, dejemos los fusilamientos para más tarde. Que alguien empiece el recuento de todos éstos —ordenó el director, que no dejaba de pensar qué iba a ser más beneficioso para él en el juicio que se montaría después, si disparar de forma indiscriminada o mantener a los presos no fugados detenidos y esperar a ver qué decían las autoridades superiores.

—¡A sus órdenes! —dijo un cabo. Y con un gesto a los detenidos, les indicó que lo siguieran.

Mandaron a la segunda brigada a aquellos presos que no se habían fugado, con excepción de los falangistas, que se quedaron en los pabellones. El resto, los que iban entrando detenidos, fueron acomodados directamente en la primera brigada. Previamente un par de funcionarios seguidos por un grupo de guardias civiles la vaciaron por completo, quemando todo lo que en ella se encontraba.

—Ni jergones, ni cubiertos, ni botes vacíos de conservas para poder beber agua... Nada. Las órdenes están claras, entrarán solo con lo puesto —dijo don Alfonso.

—Meterlos a todos juntos. Y ya lo habéis oído, ni agua. Aunque juren que se están muriendo, aunque supliquen por ella. Luego ya veremos qué hacemos. Estos bastardos nos han dejado en ridículo y lo van a pagar caro —concluyó Michelín, cuando por fin desechó la idea de la ametralladora.

Los hicieron dormir en el suelo, sobre la piedra húmeda. El primer día ninguno de los detenidos notó la falta de cubiertos ni de botes, porque no les dieron ni de comer ni de beber. Tampoco tenían cerillas, pues les prohibieron fumar. Al llegar al segundo día les dieron de comer, si comer se llama a poner una perola de lentejas muy, muy saladas, para repartir entre treinta o cuarenta comensales hambrientos, que habían estado a dieta tres o cuatro días y que no estaban provistos ni de cubiertos ni de platos. Al poco empezaron a tener sed, y no les dieron agua. El exceso de sal fue una nueva maniobra para atormentarlos.

Mientras, en el monte, los furgones con los reflectores no dejaban ni un solo palmo de terreno sin iluminar. Los hombres cubrían los puntos más estratégicos, por donde resultaba más fácil escapar. El monte empezó a parecerse a una jaula. Los vehículos iban y venían, los grupos de hombres con prisioneros se sucedían a la entrada del fuerte, los teléfonos sonaban...

Los campesinos de la zona fueron los primeros sorprendidos de lo que había pasado cuando los soldados llegaban a sus casas y los iban informando, tras hacer un registro exhaustivo de las viviendas. Nunca se les había ocurrido que podían llegar a fugarse del fuerte.

—¿Han visto a alguno de los prisioneros que se han escapado? —preguntaba uno.

—¿Hacia dónde han ido? —apuntaba el otro.

Aunque la fina lluvia que había empezado a caer impedía que se viera con claridad el rastro de los fugados, eran tantos y estaban tan desorientados que ellos mismos se delataban sin quererlo y era fácil atraparlos.

Pronto el bosque empezó a poblarse de cadáveres. Tendidos tal como habían caído por el tiro de un requeté o un falangista, los cuerpos se sucedían en las laderas y en los caminos que llevaban a San Cristóbal y ahí se quedaban. Uno con la cabeza descansando sobre una piedra como si estuviera dormido, pero con un fino hilillo de sangre saliéndole de la boca. El otro boca arriba tras recibir un disparo en medio del pecho. Más allá uno grotescamente enmarañado con unos arbustos. A otro lado uno con un tiro en la espalda y con las manos levantadas como queriendo huir... El fango acumulado durante los días de lluvia ensuciaba los cuerpos y muchos de ellos tenían un aspecto fantasmagórico.

A Alfonso Rojas, conforme le iban llegando informaciones más detalladas de lo que había sucedido, el número de presos fugados, de los muertos... iba poniéndose nervioso. Attendía a las explicaciones erguido y, sin mirar a ningún lado, con el rostro congestionado, intentando valorar una y otra vez las pérdidas reales y el peaje que tendría que pagar por ese despiste.

11 de la noche del 22 de mayo de 1938

El Manos, Segundo Marquínez, Baltasar Rabanillo, Fernando Garrofé y Julián Ortega al fin se pusieron en marcha y se alejaron cuanto pudieron del fuerte. Siguieron más de una hora casi a rastras por el monte hasta que llegaron a una loma. Tal como les había dicho Redín, vieron a lo lejos las luces de un pequeño pueblo. El hambre apremiaba y decidieron acercarse con cautela. Al menos intentarían comer algo. Si lograban identificar de dónde les llegaba ese olor a sopa recién hecha que debía de salir por una de las chimeneas humeantes, quizá les darían un plato caliente. Entraron en el pueblo en dos grupos para no llamar la atención.

Baltasar se acercó a la puerta de una casa con Julián y dio unos golpes en la puerta, pero no obtuvieron respuesta. Desde fuera veían que había luz, así que insistió de nuevo.

—¿Quién hay? —preguntó al rato una voz temblorosa de mujer al otro lado.

—Somos dos caminantes que se han perdido en medio de la noche. Nos preguntábamos, señora, si podría darnos un plato de sopa caliente y un rato de cobijo para que templemos el cuerpo antes de seguir nuestro camino —contestó Baltasar.

Se oyeron unos murmullos ahogados procedentes del interior y unos pasos que se acercaban de nuevo a la puerta.

—¿Tenéis algo que ver con la fuga de San Cristóbal? —preguntó entonces la voz.

—Sí, señora —confesaron Baltasar y Julián de inmediato, pensando que quizás eso les serviría de pasaporte de entrada a la casa, sintiéndose los vecinos próximos a las penurias que estaban pasando los presos.

—¡Marchaos en seguida! ¡Si los requetés os encuentran en casa estamos perdidos! ¡Nos matarán a todos! —contestó entonces nerviosa.

—¡Señora!, tenga compasión. Tan sólo un plato de sopa. Llevamos meses sin probar una comida decente. Denos algo caliente y nos iremos —insistieron desde

el exterior, ateridos, y se miraron algo preocupados.

—No queremos causarles problemas. Pero un plato de sopa caliente... — insistió Julián con un tono lastimero, y en ese mismo momento oyeron una voz que le decía a la mujer:

—Déjales entrar, son de los nuestros. Ojalá nuestro Avelino encontrara a alguien que le abriera la puerta y le diera una sopa caliente si la necesita. —Y oyeron cómo se corría el postigo y vieron abrirse la puerta.

—Esta zona es muy peligrosa, amigos, los requetés pasarán de un momento a otro. Están revisando todas las casas cada poco. Entrad rápido —dijo la mujer.

—Muchas gracias, señora. Muchas gracias de verdad —dijo Julián, y le cogió las manos agradecido.

—No pierdan cuidado, amigas, nos iremos enseguida —aseguró Baltasar.

La mujer les puso un plato de sopa caliente delante. Sopa de pan recién hecha, puntualizó. Les pareció la mejor comida que habían probado desde que empezó la guerra.

—Manjar de reyes —reconoció Baltasar cuando más tarde se lo contaba a sus compañeros.

Estuvieron allí un rato hasta que oyeron que un coche se detenía en la puerta del caserío. Se miraron asustados. Estaba claro que alguien había dado la voz de alarma. Alguien los había visto entrar en la casa y había avisado. La mujer sonrió sin mucha convicción queriendo transmitirles tranquilidad. No estaban los tiempos como para que te detuvieran por ayudar a unos fugados, estaba claro, pero ya estaba hecho.

Baltasar y Julián se levantaron enseguida en cuanto vieron entrar a los soldados. Resistirse sólo hubiera empeorado la situación. Los requetés los condujeron de malos modos a un granero que improvisaron como celda, con un par de soldados vigilando la entrada, mientras seguían dando caza a otros compañeros por la zona. Atados a uno de los postes, ni se atrevieron a contestar cuando les preguntaron su implicación en la fuga, quién era el cabecilla, cómo había tenido lugar. Debían saber qué había pasado con Leopoldo y los demás antes de acusar a alguien. ¿A quién habrían pillado? ¿Cuántos habrían logrado salir?

Una hora después llegó a la puerta del granero un furgón en el que había otro detenido. Los encerraron a todos juntos en poco más de seis metros cuadrados.

Todos habían sido capturados casi en las mismas circunstancias, el frío y el hambre los hacían acercarse a las casas y en esas mismas casas caían en manos de las patrullas que recorrían la zona. Cuando lo vieron entrar, Baltasar y Julián se desanimaron por completo, era Segundo. Estaban juntos de nuevo, pero no era así como lo habían planeado.

Los ataron a todos a los postes dejando a un par de soldados encargados no sólo de vigilarlos, sino de impedirles que hablaran entre ellos. Al menos habían comido y no estaban muertos. Aunque todos estaban en peores condiciones de las que habían salido. Con las ropas cubiertas de barro, la cara y las manos con arañazos... y con la certeza de que ésa sería la última noche de sus vidas.

Al rato, la puerta del granero se abrió violentamente y entraron con rudos ademanes media docena de hombres, cuatro de ellos requetés, y los otros, soldados. Los metieron a todos en el furgón y los llevaron de vuelta por el mismo camino que habían recorrido a pie.

—Apenas si os habéis separado del fuerte diez kilómetros —comentó uno de los soldados con guasa.

—Esta fuga os costará cara —dijo el otro.

—Ya podéis llevaros a éstos hacia San Cristóbal y bajar cagando leches aquí otra vez a buscar a los que todavía están huidos —gritó un cabo empujándolos impaciente.

—Habría que matarlos a todos. Así nos ahorramos el subir y bajar —sugirió de pronto uno de los requetés sacando el arma de la funda y apuntándoles.

Se oyeron en ese momento un par de disparos. Todos se miraron asustados. Como el que los estaba encañonando se animara a seguirlo, a esa distancia podía matar a cualquiera de ellos. Pero no disparó. Se giró y se dirigió a la puerta a ver qué estaba pasando fuera. De pronto aparecieron muchos requetés, jóvenes, viejos, altos, bajos...

—¡Aquí tenemos a otro más! —gritaban eufóricos, mientras tiraban de un hombre maltrecho al que casi arrastraban atado por las manos.

—Claro que sólo uno de ellos lo puede contar —comentó otro riéndose.

—Anda, dile a tus compañeros cómo ha acabado ese de ahí fuera. Parece que no se mueve, ¿verdad?

—Qué bien nos están viniendo estas prácticas de tiro. Esta noche estamos haciendo un cursillo acelerado —comentó irónico uno de los falangistas,

mientras, con un gesto de satisfacción, se echó el aliento sobre las uñas y se las frotó contra la pechera.

—¡Vaya, si es el Manos! Muy bonito —dijo uno de los soldados cuando los vio entrar—. ¿Tú no tenías que estar en la cocina?

—¿A qué viene eso de juntarse con los políticos? Mira lo que has conseguido —comentó el otro.

El Manos no contestó, pero cuando Baltasar, Julián y Segundo lo vieron entrar, comprendieron de inmediato que el muerto del que estaban hablando los falangistas podía ser su compañero Daniel o tal vez Fernando.

No se atrevieron a hablar. Demasiado caro había pagado Julián sus comentarios cuando los ataron. Con un ojo morado, y sangrando por un brazo, casi ni tenía fuerzas de levantar la cabeza, preocupado en no caerse cada vez que tiraban de la cuerda con la que estaba atado por los brazos.

—¿Cuántos de vosotros estáis en esta zona? —preguntó uno de los oficiales.

Nadie dijo nada. Ni siquiera ellos sabían cuántos de los presos habrían seguido su misma dirección y de éstos cuántos habrían logrado escaparse de los tiros y las persecuciones.

—Muy bonito, ahora todos se han vuelto mudos —dijo un soldado, y le dio una patada a uno de ellos.

—Ya aprenderán éstos en cuanto estemos de nuevo de regreso en San Cristóbal. Ya aprenderán lo que les pasa a los presos que quieren fugarse y que luego no colaboran.

—Sí, éstos van a saber lo que es bueno —dijo otro, y sacando una navaja del bolsillo se acercó a Baltasar.

—Venga, déjalos. Que tenemos orden de llevarlos a San Cristóbal.

—Sois unos blandos. Con estos rojos hay que tener mano dura y dejar las órdenes a un lado —intentó convencerlos el falangista.

—¡He dicho que nos los llevamos a San Cristóbal y no se hable más! —insistió el cabo, y el otro guardó la navaja, haciendo un gesto de indiferencia.

El grupo de falangistas había atravesado unos campos en dirección a una aldea. Eran todos chavales de la zona y conocían los recovecos por los que, seguramente, irían los presos. Cuando hacía más de una hora que no tenían ni un rastro de los fugados que seguir, uno de ellos tuvo la intuición de que alguno habría ido en esa dirección, porque al final del camino había una aldea. Un

pequeño pueblo en el que los primeros días de guerra habían tenido que hacer una buena escabechina. El alcalde, el maestro, un grupo de nacionalistas y más de un comunista y socialista reacio a atender a razones. Los pillaron por sorpresa y ni tiempo tuvieron de escapar al monte. Mataron a catorce hombres, pero seguro que sus familias no habían aprendido la lección y podían haberse prestado a resguardar a alguno de los fugados en alguna de las casas.

—Un buen plato de comida caliente es algo demasiado tentador para dejarlo escapar. Y aquí pensarán que van a encontrar ayuda y que están demasiado lejos del fuerte como para que los localicemos tan pronto. Hacedme caso, éstos han venido aquí y los están ocultando en alguno de los caseríos —apuntó el sargento, y les indicó que se dividieran en grupos de tres o cuatro para hacer más difícil la huida por detrás.

—Bien, si alguno de ellos está ahí, no duden que lo cogemos —dijo, y les hizo señales de que cada uno avanzara hacia el centro sin dejar de mirar en cada una de las casas. Avanzaron lentamente cuando los perros empezaron a ladrar confirmando las sospechas del sargento.

—Tienen que estar por algún sitio, *Campeón* no se equivoca nunca, ¿verdad que no? —dijo acariciando al perro de caza que llevaban consigo sujeto con una correa para evitar que saltara a morder a todo lo que se movía.

Mientras andaban en la dirección que marcaba el hocico del cazador vieron un ligero movimiento de matorrales.

—¡Allí está!

—¡Miren!

Corrieron en esa dirección y dos minutos más tarde había un hombre acorralado. Fue registrado de inmediato; la única arma que encontraron fue un cuchillo de mesa que uno de ellos había cogido de la cocina poco antes de salir. Un cuchillo con el que más bien pensaban matar una gallina o un pollo para comer que defenderse o atacar a nadie. Le pusieron las esposas.

—Sal con las manos bien delante que las veamos.

—Tu nombre —gritó otro.

—Fernando Garrofé —contestó.

—Bueno, ya ves lo que te ha durado la libertad. Quizá por esta tontería vuestra no volváis a disfrutarla nunca más. Es hora de volver al fuerte —gritó el sargento, y le dio un culatazo para indicarle que fuera hacia el furgón que tenían

a la salida del pueblo, donde se juntó con los demás.

—Vamos... deprisa, que no tenemos todo el día. Aún quedan muchos compañeros vuestros que detener.

Avanza la noche del 22 de mayo de 1938

Los primeros presos que salieron de San Cristóbal, antes de separarse, miraron por última vez el plano que había trazado Arbulo y que Pico llevaba guardado. Habían calculado que el fuerte debía de tener unos 500.000 metros cuadrados, contando el terreno rodeado por las murallas. El monte lo rodeaba por completo, y no era una vegetación cómoda y agradable. Al contrario, era una zona de gruesos árboles, altos matorrales y escarpada piedra. A veces, con la niebla, no se veía nada a diez pasos, lo que aumentaba la sensación de desamparo que se vivía dentro de San Cristóbal. Más allá, poco sabían de lo que podrían encontrarse, salvo que, una vez localizado el norte, debían seguir ese rumbo sin desviarse, allí se encontraba la frontera francesa.

A ninguno de ellos le resultaba familiar el terreno en el que se encontraban. En sus ingresos, por lo general los habían trasladado de noche, a oscuras, y era difícil recordar lo que vieron, y salvo algún vasco y algún navarro que conocían un poco el terreno, los demás habían llegado desde sus lejanas provincias. Por eso debieron aprenderse los nombres de los pueblos vecinos para saber que iban en la dirección correcta.

Días antes, los cinco, Jovino Fernández, Fernando Garrofé, Segundo Marquínez, Juanito Iglesias y el Manos, habían planeado el lugar donde encontrarse, si se separaban una vez iniciada la huida. Era un pajar que, les aseguró Redín, había en uno de los terrenos, cerca de un caserío bastante aislado en el término de Unzu. Tan pronto como el último de ellos llegara al pajar, y entre ellos se confirmara que todo estaba en orden, entonces sí, cada uno se marcharía en una dirección distinta para evitar que los atraparan juntos, aunque para acabar coincidiendo en un mismo destino: un punto concreto de la frontera francesa.

La salida del penal, habían calculado, no tendría lugar hasta pasadas las 9 de la noche, supusieron que tardarían un par de horas más en llegar al sitio fijado y se dieron media hora más de margen para controlar los imprevistos. Jovino

Fernández, después de salir huyendo y de dejarse caer, aprovechando el desnivel que le ofrecía el monte para descender algunos metros, esperó hasta asegurarse de que nadie lo seguía. Aunque llevaba casi un año preso en San Cristóbal, todas las mañanas, al salir de la brigada, intentaba mantener en el patio sus músculos en forma. En su pueblo había sido uno de los mejores cazadores y seguía pensando que cuando volviera a casa, acabada la guerra, seguiría cazando y por eso se esforzaba en estar en buena forma.

El ejercicio, ironías de la vida, le sirvió para no ser cazado. Cuando salió del fuerte echó a correr casi agachado, a cuatro patas, hacia el punto donde, recordaba, podía saltar de nuevo a un camino y cruzarlo para adentrarse en el bosque y ocultarse. Oyó débilmente los gritos de angustia de algunos de sus compañeros perseguidos por los falangistas y los requetés, y unos cuantos tiros que le parecieron disparados al azar y que, a buen seguro, acabarían dando en algún blanco.

Se quedó quieto en cuanto encontró un arbusto en el que ocultarse y vio de refilón a unos requetés que se dirigían en su dirección. A juzgar por las voces, le parecieron tan jóvenes como alterados. Iban en grupo y corrían a campo traviesa. Estaban dirigidos en su búsqueda por los gritos de otros compañeros que, supuso, se encontraban en un alto, desde donde podían ver mejor a sus *presas* e indicarles lo que debían hacer para atraparlos.

—Allí, a la derecha, más a la derecha —gritó uno.

—Aquel de allá arriba, cuidado, que se escapa —exclamó otro.

—Disparad a todo lo que se mueva. ¡A todo lo que se mueva! —insistía el que, supuso Jovino, era el de más alto grado, aunque desde donde estaba no podía distinguir si llevaban o no galones.

—Me cago en to. No podemos dejar que estos rojos se escapen. Vamos a ser el hazmerreír de Burgos cuando se enteren de la que han liado.

—¿Es que os han cortado las piernas? —seguían increpando.

—Corred, corred tras ellos. Están más abajo.

Jovino creyó reconocer una de las voces. Le pareció que era la del sargento que vigilaba su brigada. Patiño era de los peores. El mismo día de su llegada, recordaba, los recibió con una vara como la que se utiliza para llamar al ganado, golpeándolos en la espalda conforme bajaban a la brigada insinuándoles que ésa era la forma más suave que tenían de recibir a los recién llegados y que se

guardaran mucho de hacer lo que no debieran. Luego, días después, uno de los presos que entró era un sobrino de su mujer y Patiño cambió algo de actitud, al menos cuando él se encontraba delante. Al fin y al cabo, en Pamplona se conocían todos, y no era ni el primero ni el último que tenía a un familiar preso en el fuerte.

Cómo cambiaban las cosas. En aquellos momentos, cuando él entró en San Cristóbal, casi todos los mandos sublevados estaban convencidos de que la victoria estaba asegurada. Una prueba de ese optimismo, era que ni siquiera preveían que pudiera haber un intento de evasión en alguna de sus cárceles. Por eso les pilló desprevenidos la fuga.

«Maldita sea nuestra suerte —pensó—. Si no hubiera sido porque se nos escapó ese corneta, nadie se hubiera enterado de la fuga en Pamplona hasta que ya hubiera sido demasiado tarde. Debimos controlarlos más.»

Avanzó a rastras un buen rato casi sin respirar para no hacer ruido, hasta que calculó que los ojos que podían avistarlo estarían demasiado lejos como para distinguirlo de los matorrales. Casi era noche cerrada y eso le hacía jugar con ventaja porque, supuso, se dificultaría mucho más la localización de todos ellos.

«¿Cuántos se habrán atrevido a salir del fuerte?», se preguntó de pronto mientras evitaba moverse para no ser descubierto. Y recordó la cara de sorpresa de muchos de sus compañeros, que no estaban al tanto de la fuga, cuando les iban abriendo las rejas para dejarlos salir. «Salid, camaradas, salid. ¡Sois libres! ¡No os quedéis ahí parados!», gritaba, y los más lo miraban atónitos sin entender qué era lo que de verdad estaba pasando.

Levantó un poco la cabeza y todavía atisbó un grupo de cuatro hombres. Por el porte diría que eran requetés, pero no estaba seguro, no había luz suficiente para distinguir sus camisas ni si llevaban boina. Tenía que pensar deprisa y moverse sin hacer ruido. Dedujo que estaban más cerca de lo que parecía y no se movió.

Estuvo tendido un buen rato, casi sin poder respirar por la tierra que se le metía por la boca y la nariz. Casi en la orilla de un río que, creyó recordar, debía ser el Ulzama. Con los ojos cerrados, apretando los párpados, confió en que pasarían sin verlo, tan ocupados como estaban persiguiendo a todos aquellos que corrían monte abajo y que eran fáciles de atrapar.

De pronto oyó unos pasos. Muy cerca. Y unas voces. «¿Voces de mujer?», se

sorprendió. Sí, eran voces de mujer. Un grupo de, le pareció, seis hombres, acompañados por tres mujeres, se acercaba por la ladera justo hasta donde estaba él escondido. Se le cortó la respiración. Un solo ruido podía ser su sentencia de muerte.

—Vosotras no tendríais que haber salido de casa a estas horas —comentó a las mujeres uno de los hombres.

—¡Manolo, por Dios!, cómo dices eso. No os íbamos a dejar aquí, buscando en el bosque, sin venir a haceros al menos un rato de compañía —contestó una de las chicas.

—¡Que nosotras también luchamos por defender la Patria! Y todos vosotros sois la Patria —dijo otra—. Y para que la Patria no muera, bien tendréis que cenar algo. —Levantó una cesta de mimbre que, dedujo Jovino, estaría llena de comida.

—Qué íbamos hacer. Estábamos en casa de Julia cuando llamaron a don Alfonso porque se habían escapado los presos de San Cristóbal. No veas la cara que puso. Primero pensó que se trataba de una broma, tan seguro estaba de que del fuerte no se iba a escapar nadie nunca. Luego, cuando el soldado que venía con la noticia fue dándole todas las informaciones que tenía, se quedó blanco. Como si esa noticia fuera a dar un vuelco a su vida. Todos nos quedamos mudos cuando nos enteramos. Fue Julia quien, viendo que nadie reaccionaba, y asumido ya que no podíamos acabar la tertulia que tan agradablemente habíamos empezado, nos dijo que os fuéramos a buscar y os acompañáramos al monte. Seguro que íbamos a ser de ayuda mientras salíais a la caza de los rojos.

Manolo no quiso seguir la conversación. De poco servía si ya estaban todos en el bosque, lo mejor era aprovechar la comida que habían traído y luego seguir buscando a los fugados.

—De acuerdo, mujer. Pero tened cuidado —contestó poco convencido.

—Venga, venid aquí, a la orilla. Cenamos algo y luego vosotros seguís a la caza de los rojos —dijo la tercera, que, a juzgar por la voz, dedujo Jovino que debía de ser la más jovencita de ellas.

—¡Aquí, aquí, a este lado, que ahí hay unas florecillas! Y ya sabéis que... «Mira, cuando vas al campo... / no pises las “Margaritas”... / que es la flor más estimada... / que tenemos los Carlistas» —canturreó una de ellas.

—Jaaaa, razón tienes, Matilde. Cómo eres hermanita. No dejas pasar una

oportunidad para cantar.

—Es que esta chica lo tiene todo, desde luego —dijo uno de ellos y concluyó la canción—: «Qué guapa eres / qué bien te está / la boina blanca / la colorá.»

—Bueno, dejaros de canciones y de tonterías, que aquí hemos venido a lo que hemos venido —cortó en seco uno de los chicos.

—Julián, eres un aguafiestas. —Y en ese momento se escuchó cómo se rompía una rama.

—¿Habéis oído? —preguntó uno de ellos de inmediato, y Jovino se quedó de piedra, pensaba que no se había notado su movimiento. Tenía los brazos dormidos por la postura y había querido colocarse bien y sin darse cuenta había roto una rama.

—¡Los perros, que pasen los perros a oler! —Y los acercaron hacia donde se había oído el ruido.

Jovino acostumbrado a tratar con animales, cuando vio los hocicos a poco menos de un palmo de su cabeza, no tuvo más ocurrencia que acariciar a los dos perros. Éstos, poco acostumbrados a un trato de cariño, respondieron con un lametazo y se retiraron del lugar.

—Ha sido una falsa alarma —dijo al fin una de ellas.

—Sí, venga, recoge las cosas, ya cenaremos más tarde, démonos prisa y sigamos buscando.

Jovino respiró aliviado cuando los oyó alejarse. Al poco se levantó y no vio a nadie. Entonces se dirigió hacia lo que supuso la seguridad de unos frondosos árboles, donde tras observar que los pájaros daban buena cuenta de unos frutos silvestres se comió unos cuantos. Su pulso estaba todavía mucho más acelerado que de costumbre.

Cuando se repuso se dio cuenta de que se había salvado de una buena. Se incorporó y, mirando a su alrededor, vio que no tenía una idea clara de hacia dónde debía dirigirse. El ir y venir, esconderse, buscar refugio, habían conseguido despistarle por completo. Decidió volver sobre sus pasos para retomar el camino correcto. Encontró un punto al que, recordaba, había ido en algún momento con el batallón de limpieza del fuerte.

Cada quince días unos cuantos presos recibían el regalo envenenado de salir de San Cristóbal y pisar el exterior. Debían pasarse todo el día desescombrando parte de la carretera por la que se accedía desde Pamplona al fuerte para que los

camiones llegaran sin problemas; a cambio recibían un poco más de rancho del habitual. A él le había tocado dos días limpiar la maleza de la carretera, un trabajo más pesado en las épocas en las que también la nieve se acumulaba en la carretera y había que retirarla. No sólo por la dificultad, sino porque en esas épocas las temperaturas eran tan bajas que lo menos que conseguían era acabar con sabañones, y lo más, desnutridos y con pocas fuerzas, regresar con una neumonía que podía llevarlos directos a la muerte.

Desde la entrada de San Cristóbal, en más de una ocasión, uno de sus compañeros de destino que era navarro le había explicado que, si el día estaba claro, se podía ver con nitidez el camino que debía recorrerse hasta llegar a la frontera francesa sin confundirse por los caminos que se dirigían al interior de la península. En aquella última conversación con Redín, Jovino no había prestado demasiada atención, y ahora se arrepentía porque quizá, sin saberlo, había puesto en peligro su vida. Pero sí recordaba a la perfección el perfil de la montaña que indicaba que Francia se encontraba a menos de diez kilómetros, y en cuanto la reconoció eso le bastó para que se animara a seguir adelante.

«¿Quién iba a sospechar entonces que esa información sería de utilidad?», se reprochó. Según recordaba, había unos cincuenta kilómetros desde San Cristóbal hasta la frontera francesa, «Al norte, siempre al norte», se justificó, recordando la frase de uno de sus compañeros navarros. En ese momento intentó acordarse de los nombres de los pueblos que debía encontrarse para saber que iba en la buena dirección. Se acordaba de Esteribar y Ezkabarte, y de ahí a Francia; ya no recordaba ninguno más. Aunque al final decidió dejarse guiar por el sol y alejarse de los pueblos, que le parecieron poco seguros.

Anduvo un par de horas hacia el norte y llegó a lo que le pareció la cercanía de una pequeña población; se acercó con prudencia. «Orrio, ahí pone Orrio», leyó en un rótulo casi oculto por la maleza. Empezaba a anochecer, en media hora no podría ver nada, lo único que tenía que hacer era esperar a que estuviese oscuro y acercarse a alguna de las casas a ver si encontraba comida. Aunque entre los árboles no lograba calcular bien a la distancia a la que se encontraba de los caserones, siguió un camino pero sin atreverse a bajar. Era mejor hundirse en el fango y pasar hambre que arriesgarse a que lo atraparan. Conforme avanzaba, cada vez se le hacían más nítidas las luces parpadeantes de algunas casonas.

Oyó cómo le rugían las tripas, «debo llevar casi diez horas sin comer nada,

tan sólo aquellos frutos», se dijo, y se dio cuenta de que, conforme había ido bajando el sol, la temperatura había ido también descendiendo, y el viento arreciaba atravesando su ropa húmeda hasta cortarle la piel.

Siguió avanzando, todo estaba desierto y silencioso, sólo se escuchaban los aullidos del viento. «Mejor sigo hasta el próximo pueblo aprovechando la tranquilidad de la noche», decidió. Y bajó a la pequeña carretera con intención de seguirla desde un margen. Si seguía haciendo ese frío pronto se le helarían las manos, y los sabañones, aplacado su dolor hasta entonces, volverían a hacerse notar. Estaba aterido; permaneció quieto unos instantes, obligándose a dominar su deseo de dormir y moviendo brazos y piernas para entrar en calor. Recordó una noche de verano, con unos amigos, junto a una hoguera, unas guitarras, risas... «en todas partes del mundo, / sale el sol por la mañana. / Y a mí me sale de noche / cuando estoy a tu ventana. / Tengo que coger flores». Cómo añoraba aquellos corrillos y las canciones, y sobre todo el roce de las cuerdas de la guitarra: «Viva la montaña, viva / viva el noble montañés, / que si la montaña muere / España perdida es...» Cómo echaba de menos todo aquello, y, sí, siempre una buena bota de vino, una hogaza de pan, algo de carne y... las chicas. Y Julia, ¿qué sería de ella? ¿Qué pensaría cuándo se enterara de la fuga? ¿Dónde estaría ahora?

Prefirió no seguir pensando en ella y siguió andando. Y se encontró con una verja de madera; sin duda se había acercado a los límites de un caserío. Con una patada soltó dos maderos que le impedían la entrada y se dispuso a seguir adelante, el ruido que hicieron al caer no podía haber llegado hasta la casa. La dificultad de atravesar por terrenos cultivados era mucho menor que la que hasta ese momento había pasado caminando a campo traviesa. Tropezó con algo y se dio de bruces. Un cubo con restos de lo que supuso que era comida para los cerdos se desparramó a su alrededor. Acostumbrado a rebuscar en la basura del fuerte, un acto reflejo hizo que sus tripas crujieran reclamando alimento, y sin dudarle se agachó para intentar distinguir de qué se trataba y ver si podía aprovechar algo.

«Con que sean unas mondas de patatas, siempre será mejor que no comer nada», pensó mientras escudriñaba por el suelo, ayudado por la luz de la luna, intentando distinguir lo que tenía a sus pies, hasta que dio con unos chuscos de pan. «Tan duro como el del fuerte», pensó al intentar masticarlo; a su lado unas

naranjas algo pasadas que habían rodado unos metros le sirvieron para engañar el hambre. Los marranos se quedarían sin esa comida.

Siguió su marcha y se aproximó a un carro de estiércol, el olor era nauseabundo. Tenía que alejarse, si ese tufo se le pegaba a la ropa sería difícil dar con alguien que quisiera ayudarlo. Al lado vio una cabaña donde había aperos de labranza y se dirigió a ella. Pensó en dormir dentro un rato, un par de horas al menos para recuperarse. La luz de la luna se ocultaba por momentos, como si se retirara lentamente y diera paso a una oscuridad completa. «Tengo más margen», pensó. El caserío quedaba a poco más de diez metros de donde se encontraba y no se veía mucha actividad, así que dedujo que podía descansar tranquilo.

Se durmió.

Apenas si había amanecido cuando Jovino salió de su débil sueño. Se incorporó, se restregó los ojos, alzó la vista y vio que el sol, algo tímido, empezaba a asomar por el horizonte. Estaba hambriento. La sensación de hambre con la que convivió a diario durante su cautiverio no se separaba de él, las migajas de la noche no habían servido de mucho. Escuchó el sonido de un arroyo y decidió acercarse a lavarse la cara y a beber, al mismo tiempo que decidía que lo mejor era no acercarse al caserío, donde a esas horas todos empezarían con sus labores de labranza y podrían dar aviso de su presencia.

Debía de haber rodeado una larga carretera bordeada de árboles, y por eso no la distinguió por la noche y ahora no sabía dónde se encontraba. Se puso en marcha, pero la fortuna no estuvo de su lado. Conforme avanzaba entre la maleza para alejarse lo más posible del dichoso caserío, el agua helada encharcada que iba pisando se le calaba en los huesos. Debía de haber andado ya bastantes kilómetros, pero no parecía que llegara a ninguna parte y la montaña hacia la que debía avanzar había desaparecido. De repente, escuchó el ruido de un motor. Parecía el de un coche y procedía del bosque que le quedaba a la derecha. Escuchó atentamente. El ruido se hizo cada vez más fuerte y, escondido, vio cómo pasaba un auto a poco más de trescientos metros de donde estaba.

«¡Una carretera!», al menos tenía un camino al que dirigirse. La siguió durante una hora sin ver ni escuchar ningún otro coche. Después, a la derecha, vio que se abría otra más en la que había un poste indicador: «Zubiri. 5 Km»; iba

por buen camino, tenía que seguir en la misma dirección sin desviarse. No podía retroceder, cada paso que daba era un desafío, su mismo cuerpo se lo decía. Helado, hambriento y con una herida en el tobillo que cada vez sangraba más y le impedía caminar con soltura. Avanzó poco a poco, ayudado por la maleza y los árboles que le servirían de refugio. Sus movimientos inestables hacían que de vez en cuando cayera rodando una roca. La tensión provocaba que sintiera que el corazón estaba a punto de salirle por la boca, pero no podía detenerse. Si rodeaba el bosque, y más allá el río, al final estaría Francia.

Saltó, queriendo ahorrarse una curva del camino, y en el mismo momento en que estaba en el aire se arrepintió. Cayó sobre unos setos que se le clavaron en la pierna, abriéndole una herida que se había hecho unos días antes en el tobillo y que estaba cicatrizando. Empezó a sangrar de nuevo. No podía seguir así, si se le infectaba la pierna no llegaría a ninguna parte. De pronto recordó un remedio que su abuela utilizaba en el pueblo y que ésta a su vez había heredado de la suya. «Barro, seca las heridas y no las infecta.» Buscó barro y se lo aplicó. Cuando se secara haría una venda, una especie de tapón, que impediría que la herida se volviera a abrir y que ayudaría en su curación. Sólo tenía que tener la prudencia de írsela lavando cada vez que pasara cerca de un riachuelo.

Pasó todo el día siguiente oculto entre la maleza y vigilando su tobillo sin poder andar demasiado. Aquella noche, con el pie envuelto en barro, y cubierto por hojas, le subió la fiebre. El dolor se le hizo por momentos insoportable y la sangre de la herida no dejaba de brotar, algo había hecho mal. Ni tiempo tuvo para pensar cómo solucionarlo, la fiebre se encargó de que cayera sumido en un sopor. Debió de quedarse dormido durante bastante tiempo, porque cuando volvió a notar el dolor casi anocheaba de nuevo. Lloró de impotencia al oír perros que se acercaban. No podía dejarse atrapar ahora por una herida tan tonta. No era justo que el tobillo fuera el encargado de dar al traste con su huida. Tenía que llegar a Francia. Tenía que lograrlo como fuera.

—¡Muchacho! ¿Qué te ha pasado en el pie? —dijo una voz a su espalda.

—...

No se atrevió a contestar. Se giró y vio que delante de él se encontraba un pastor.

—De dónde has salido tú con estas pintas. ¿Qué te ha pasado? ¿Eres de los nuestros?

Se sujetó el tobillo con fuerza, con las únicas fuerzas que le quedaban. La aventura de Jovino había durado veinticuatro horas.

Madrugada del 23 de mayo de 1938, patio del penal

Cuando se montó Rabanillo en el furgón que lo llevaría de regreso a San Cristóbal se recuperó rápidamente de la impresión inicial de haber sido hecho prisionero. Y enseguida pensó que muchos de sus compañeros habrían logrado huir y con eso se contentó. Su moral se vio afectada momentáneamente cuando en el mismo furgón fueron subiendo algunos de sus compañeros de fuga, detenidos en los bosques que rodeaban la prisión.

Ahora sentía curiosidad acerca de lo que habría pasado con el resto de sus compañeros, pero se dio cuenta de que los jóvenes soldados que lo acompañaban no parecían saber más que él. Así pues, permaneció callado y trató de parecer tan digno e indiferente como le fue posible. Concentró su interés en la carretera y vio que se aproximaban a San Cristóbal. Recordaba una a una todas las curvas para ascender a la cima del monte que los devolvería al fuerte. La llegada al penal sirvió para minar su confianza de nuevo. No parecía que hubiera muchos evadidos a juzgar por cómo se encontraba el patio de lleno. La fuga había fracasado, casi todos sus compañeros habían sido detenidos, y por los cadáveres que veía a la entrada, eran muchos también los asesinados.

Las ropas de Baltasar estaban rotas y sus cabellos llenos de barro. A pesar de su aspecto, y de que caminaba con dificultad por llevar las manos atadas a la espalda, mantenía una postura llena de dignidad. Con la cabeza erguida, y los hombros echados hacia atrás, sabía que su fin estaba cerca, pero no quería dejar que ellos se vanagloriaran.

La tensión pudo con él cuando lo juntaron en la celda de castigo con sus compañeros. Apenas si los vislumbró cuando lo tiraron dentro, pero sabía que allí estaban.

La primera brigada había sido convertida en una gran celda de castigo, ya estaba llena: iban metiendo allí a los capturados, medio desnudos y sin comida. Conforme entraban los presos se fueron enterando de que entre los 207 fugados muertos estaba Leopoldo Pico, Joaquín Ibáñez y Fernando Garrofé. Al poco

metieron a empellones en la brigada a Ángel Arbulo, el chaval, que había logrado llegar hasta el Bidasoa, pero allí lo habían sorprendido los carabineros.

—Al primero que hable nos lo llevamos fuera y le damos el mismo fin que a todos esos que están tirados en la entrada —dijo con mala leche el oficial que cerró la puerta.

Callados, asustados, conscientes del final que les esperaba, ni siquiera podían planear un discurso en el que no saliera nadie perjudicado. Al tocar el suelo Baltasar se dejó vencer por el cansancio, sólo quería descansar, le costaba trabajo mantener los párpados abiertos.

—¿Quiénes han muerto? —preguntó con un susurro—. ¿De quiénes son los cadáveres de la entrada?

Era lo único que necesitaba saber.

Cuando amanecía el 23 de mayo, la fuga prácticamente había terminado. Unos, agotados, fueron detenidos a pocos kilómetros del fuerte, otros asesinados al intentar alcanzar la frontera francesa, muchos ni siquiera llegaron a salir del penal por miedo a lo que su acción pudiera suponer y las represalias contra su familia.

A esa hora, algunos soldados más de lo que era habitual fueron encargados de custodiar las entradas del fuerte. Había subido un batallón entero y tenían hombres más que suficientes para no dejar ni un ladrillo sin control. Controladas las entradas, los demás, repartidos en grupos de tres, fueron colocados por todas aquellas dependencias de San Cristóbal donde había presos detenidos. Mientras dos vigilaban, uno de ellos se encargaba de hacer salir a los presos para elaborar una especie de censo que les diera una idea aproximada de cuántos eran los que habían huido.

En un primer recuento, se dieron cuenta de que faltaban más de setecientos hombres y estaba claro que no eran tantos los que se encontraban ya detenidos. Además, a esas horas de la madrugada apenas si se sabía algo de cómo había sido la fuga ni de quiénes habían sido sus promotores.

—Tenemos que empezar a hacer los primeros interrogatorios para depurar responsabilidades —dijo Michelín muy serio.

—No será fácil enterarse de cómo ha sido, señor, la mayoría de los que están aquí ni sabían que se estaba planeando una fuga —contestó uno de los soldados.

—Los que hemos metido en la primera brigada, éstos son los que lo tienen

que saber. En algún sitio estará el cabecilla. ¡Su nombre!, soldado, ¡al menos quiero que me den el nombre de ese bastardo para acabar con él y dar con su muerte un ejemplo a todos! —insistió Michelín.

—¡Señor, señor! Si me permite —dijo uno de los soldados que habían sido apresados en los primeros momentos de la fuga.

—Diga, soldado.

—Señor, yo fui de los primeros sorprendidos por los fugados. Y cuando estaba con ellos me pareció oír que todo había sido idea de un tal Leopoldo Pico. Cuando estaban atándonos en el cuarto de servicio, dos de los presos que estaban con nosotros comentaron que no sabían qué tenían que hacer una vez acabaran de ligarnos, porque tenían que esperar a que Leopoldo les dijera cuál era el siguiente paso.

—Interesante —reflexionó atento Michelín.

—Al parecer —siguió el soldado—, ellos no supieron de la fuga hasta el mismo momento en que empezó, y se sumaron a la revuelta dispuestos a escaparse a Francia en cuanto les abrieron las puertas. Pero no sabían nada —continuó el soldado.

—¿Dónde dormía? —preguntó Michelín.

—En la primera brigada, señor —contestó el soldado.

—Vaya, parece que ya le habíamos visto el percal —dijo entonces Michelín.

—Eso parece, señor.

—¡Ese Pico! ¡Tráiganme a ese Pico! —gritó Michelín.

—Ahora mismo voy a ver si está en el fuerte —dijo uno de los soldados.

—Y tráiganme, también, a aquellos presos que estaban durmiendo a su lado. Todos éstos estarían enterados también de lo que se estaba preparando —dijo de pronto Michelín, pensando que, si no podían dar con el cabecilla, quizá sí que podrían dar con todos los cómplices que orquestaron la huida.

Nunca se le olvidaría a Baltasar la visión del cadáver de Leopoldo, colgado como un cerdo por sus extremidades a un lado de la entrada principal de San Cristóbal. Todo el mundo tenía que verlo. Estaba claro que Leopoldo no había hablado y que ahora querían conseguir que los demás lo hicieran. Si él estaba todavía ahí, era señal de que no debía abrir la boca cuando lo interrogaran. Bastantes eran ya los que habían muerto, y si Leopoldo resistió como se imaginaba, él mantendría la versión de que Leopoldo, y sólo él, había sido

promotor y ejecutor de la fuga.

Mientras, se escuchaba algún interrogatorio más. Las voces no le resultaban familiares, así que imaginó que era uno de los fugados a quien, por azar, habían decidido torturar a ver si sabía algo, pero que no les diría nada. Qué razón había tenido Pico al no querer informar a demasiados reclusos de lo que se estaba tramando, a la larga hubiera sido un peligro. De este modo, si lograba comunicárselo a los pocos compañeros que quedaban vivos, podían todos mantener la misma versión.

No había luz, no sabía quiénes eran sus compañeros de cautiverio. No los podía ver. Y si hablaban entraba uno de los soldados que estaba en la puerta vigilando y se liaba a golpes con ellos.

Sin embargo, el miedo jugaba en contra de los falangistas, tenían miedo a los castigos del gobierno por no haber sido capaces de evitar la fuga. Por eso sólo se preocupaban en saber qué había pasado sin molestarse en llevar a los detenidos a los que iban a interrogar a uno de los pabellones alejados. Les daba igual que los otros detenidos supieran las técnicas que estaba utilizando para conocer cómo se inició todo.

En la primera brigada todos temblaban escuchando las torturas de sus compañeros. Uno de los guardias se empeñaba en conocer quién les había ayudado desde fuera.

—¿Quién? ¿Quién ha sido? —repetía sin cesar.

—No podéis haberlo hecho solos. Alguien tiene que estar detrás de todo esto —gritaba otro.

Por toda contestación, una serie de gemidos inconexos. Estaba claro que, fuera quien fuera el interrogado, no hablaría.

Salir del fuerte era sólo la mitad de la batalla, ahora lo tenían claro y lo aprendieron de la peor de las maneras. Todos fueron atrapados, uno a uno, y sólo tres lograron huir. Uno mientras intentaba atravesar un puente; el otro mientras probaba de colarse en un caserío, éste corriendo por el monte, los más en la zona de Esteribar y Ezcabarte, encaminados ya hacia Francia.

Mientras, en San Cristóbal, una vez que dieron por terminados los interrogatorios de aquellos que las autoridades del fuerte creyeron que eran los principales instigadores de la fuga, llevaron a todos los prisioneros al patio. Los hicieron permanecer de pie. Formando en filas de a tres, rodeados de un cerco de

guardias. Algunos tiritaban de frío, heridos, maltrechos, sin abrigo ni ropa adecuada. Otros estaban esposados, tal como habían llegado en los camiones.

—Aquí, aquí delante. Os quiero a todos a la vista y sin rechistar —gritaba Patiño.

Nadie sabía qué les esperaba y cada vez se notaba más tensión en el patio conforme iban entrando más compañeros apresados.

Un cuchicheo hizo que el director, Alfonso Rojas, se girara y se dirigiera a los presos.

—Si continúan los murmullos yo mismo me encargaré de darles a cada uno un tiro en la nuca —dijo sin más. La tensión con la que estaba viviendo el momento era más que evidente. No había sido capaz de evitar la mayor fuga jamás llevada a cabo contra las autoridades franquistas. Y no podía hacer nada por evitar que se supiera.

No hubo más murmullos, no estaban para bromas. De inmediato encargó a uno de los guardianes que, acompañado de dos soldados, empezara a pasar lista en los pabellones de los presos que no habían salido. Mientras, otro registraba los nombres de los presos que iban llegando detenidos y se apilaban en el patio. Había que averiguar quiénes faltaban.

Durante los días siguientes la búsqueda continuó y fueron llegando, cada vez más aisladamente, aquellos presos que lograron resistir más tiempo.

El día siguiente transcurrió casi en total silencio. No hubo patio para los reclusos. Brigadas y pabellones permanecieron cerrados. Los funcionarios iban arriba y abajo y ojeaban continuamente a través de las cancelas. Algunos soldados les miraban con el entrecejo fruncido, sospechando que entre los no fugados podría encontrarse camuflado alguno de los responsables de la fuga. Cuando volvió a caer la noche, empezaron a llegar más fugados capturados. Los ingresaban a trompicones en la primera brigada, adonde fueron a parar los que entraron en días sucesivos.

Aquellas primeras horas y días transcurrieron tensos. Había continuos reencuentros e imprevistos registros, en los que se buscaban posibles armas aún escondidas. Más bien trataban de intimidarlos o de dar sensación de control absoluto. Los nuevos funcionarios que vinieron a reforzar la dotación o sustituir a los retirados del servicio actuaban despóticamente para superar de algún modo la debilidad mostrada por sus predecesores.

A mediodía de ese 23 de mayo tan sólo eran tres los desaparecidos con los que no se daría nunca.

Epílogo

14 días después, Roncesvalles

Jovino avanzó cautelosamente por el bosque que lo rodeaba hasta llegar por fin a la zona en la que la vegetación era más espesa. Había tomado la dirección adecuada. Frente a él se extendía un camino angosto y un poco más allá veía las luces de lo que, dedujo, sería un caserío. Había que alejarse de las zonas habitadas.

«No debo correr riesgos —pensó Jovino—. Debo marchar a pie hacia Francia, sin detenerme en ningún pueblo. Una vez que cruce la frontera podré encontrar ayuda fácilmente.»

Encontró un pequeño sendero y lo siguió, tratando de continuar en paralelo a los sembrados y las aldeas. Todavía faltaba bastante para que amaneciera cuando llegó a lo que le pareció una carretera y, ayudado por la luna, la siguió medio escondido a los lados. Andaba sin descanso durante la noche y se ocultaba a descansar durante el día. Al anochecer continuó por un valle, pasó junto a una aldea y robó algunas verduras en un huerto.

Estuvo en el bosque unas cuantas horas, tiritando de frío y demasiado excitado para intentar dormir un rato. Cualquier sonido lo sobresaltaba e imaginaba que habían dado con él. Decidió entonces que era preferible reemprender la marcha.

Se adentró cada vez más en el bosque, pensando que los anchos troncos de los árboles podían proporcionarle un excelente escondrijo para su huida. Sin embargo, el terreno en el que se movía era tan escarpado y la humedad se calaba con tal fuerza en sus huesos que a punto estuvo de desmayarse del frío. Las sienes le latían con fuerza, respiraba trabajosamente y las piernas le temblaban. Pero no podía quedarse quieto, descansar podía ser su pasaporte a la muerte, sin

que ni siquiera hiciera falta que lo atraparan los falangistas. Se levantó, miró hacia atrás. No notó ningún ruido ni ningún movimiento. Sólo se oía el murmullo de los árboles, su propia respiración jadeante y los latidos de su corazón. Aspiró el agradable olor a tierra mojada. Seguía libre. Esa tranquilidad sólo podía deberse a la libertad.

Siguió adelante. Una resbaladiza alfombra de hojas le hizo reducir la marcha. Se metió por una especie de barranco y miró a su alrededor. Tan lejos como su vista podía alcanzar no se veía ni se oía a nadie. ¡Hacia el norte!, todavía le quedaban un par de horas antes de que empezara a oscurecer. Luego tendría que buscar un sitio donde guarecerse.

Se adentró entre los árboles y justo entonces su cuerpo fue el que le adelantó la hora de descansar. No podía más, le dolían las piernas, los brazos, y su estómago reclamaba algo de alimento. Cogió una de las pastillas de chocolate que le dio aquel pastor que le salvó de los perros. Las guardaba en sus bolsillos, no era mucho, pero al menos engañaría al hambre un rato. Se arrastró buscando un lugar donde ocultarse. Agazapado junto a unas matas, calculó que hacía ya dos días que había salido de San Cristóbal. Lejano, le llegó el ir y venir de los coches y vio algún haz de luz de los reflectores que todavía estaban persiguiendo a algunos compañeros suyos. Tendría que seguir un rato más sin descansar; imaginó que muchos, como él, estarían todavía huyendo y que sólo la suerte decidiría quién sería el próximo detenido. Pero no pensaba ponérselo fácil. Imaginaba una verdadera cacería si los iban atrapando a todos. Su cuerpo casi no le respondía, estaba helado hasta los huesos pero no le importaba; él, de momento, era libre y quería seguir siéndolo.

Se quedó quieto un buen rato esperando que bajara el sol; no pudo calcular el tiempo, porque a ratos las fuerzas le fallaban y se quedaba dormido. Cuando volvió a abrir los ojos era de noche. Salió de su escondrijo aterido, tembloroso, con los huesos algo entumecidos por la postura forzada tantas horas y empezó a andar a campo traviesa. Reinaba un silencio casi completo que sólo de vez en cuando era alterado por algún disparo de fusil lejano, que más parecía de un cazador que de soldados. De pronto, a lo lejos, le pareció escuchar un campanario al que apenas si había prestado atención. «Una, dos, tres...», debían de ser las tres de la madrugada, pronto amanecería y debía aprovechar las horas de oscuridad que le quedaran.

No había luna y la densa oscuridad se adueñó del monte. Se encontraba en medio de una espesa maleza y le costaba avanzar, hasta el punto de que confundió la dirección y anduvo unas cuantas horas hacia el sur antes de darse cuenta de su error. Conforme pasaban los días la tranquilidad se iba adueñando de él. Caminar de noche a través de los campos era una experiencia tan aterradora como fascinante. A ratos sólo le parecía real el suelo que pisaba, puesto que no lo veía. Sus ojos intentaban adaptarse a la oscuridad, pero a veces veían formas, siluetas que le hacían temblar de miedo hasta que, mucho más cerca, constataba que era un simple juego de óptica y que no tenía que preocuparse.

Diez días después de haber salido del penal, buscando el sitio donde pasar el día —todavía seguía al pie de la letra una de las recomendaciones que escuchó a uno de sus compañeros en San Cristóbal: «Hacia el norte, siempre hacia el norte. Francia está aquí mismo»—, topó con una arboleda poco después de leer el letrero de una población que, una vez más, iba a evitar. Decidió esperar hasta que amaneciera. Los carteles que acababa de leer le informaron de que estaba a poco más de veinte kilómetros de la frontera, y le parecía que había recorrido miles.

Se tendió sobre un lecho de hojarasca para dormir. Hacía mucho frío y no lograba entrar en calor. Le dolían todos los músculos. Y decidió ponerse en marcha de nuevo.

Después de caminar un par de horas, pudo orientarse de nuevo y dirigirse, supuso, hacia Francia. Hacía días que no se había cruzado con nadie.

Jovino Fernández lo sabía. El terreno de la costa era extremadamente difícil. Colinas, hondonadas, pocos escondrijos. Laderas con valles sembrados de rocas y peñascos. Terrenos pantanosos, ríos que había que vadear... Además, a pesar de que parecía que la lluvia no iba a seguir como en días anteriores, el frío se le calaba en los huesos. El desgaste iba a ser grande y, además, debía tener cuidado en no estropear mucho la ropa, para que su aspecto no le delatara en cuanto lo vieran.

Oculto entre la maleza, en un punto elevado del valle, necesitó tiempo para recobrar el aliento, pero por suerte la situación en que se encontraba le permitía ver los puntos luminosos de los faros de los coches que perseguían a otros fugados. Estaba a salvo. Permaneció acurrucado junto a una roca. Ni las gotas de

lluvia que, primero de forma aislada, y conforme pasaba el día fueron cogiendo fuerza, le hicieron variar de postura. Tenía que llegar como fuera a la costa oeste y acercarse a la frontera francesa. Una vez en el bosque que comunicaba España con Francia lo demás sería coser y cantar.

Eso mismo pensaron los falangistas, quienes, durante los días posteriores a la fuga, se dedicaron a peinar la zona en busca, precisamente, de Jovino y dos compañeros suyos más: Valentín Lorenzo Bajo y José Marinero Sanz. Los demás estaban todos detenidos o muertos.

Jovino siguió adelante, miró hacia atrás un instante. No se notaba ningún ruido ni ningún movimiento en el bosque. Subió un repecho sin resbalar, y otro y otro más. Sólo se oía el ruido de los árboles, siguió subiendo y bajando, evitando acercarse a las pequeñas aldeas que veía a lo lejos y llegó a lo que supuso era la primera parte de su viaje, a la linde del bosque, allá, a lo lejos, las playas anunciaban que estaba a punto de entrar en territorio francés.

Se detuvo y miró a su alrededor, ni rastro de falangistas. Hacía horas que había dejado de escuchar los tiros de éstos y los lamentos de sus compañeros. No parecía que hubiera ningún signo de vida en kilómetros a la redonda, salvo unos pajarillos que piaban.

«Venga, sigue, sigue, Jovino», se repetía sin cesar una y otra vez. Hacia delante, hacia el norte... Por fin llegó a una especie de cala. No se acercó a la playa, era mejor esperar a que anocheciera; un movimiento de pequeños barcos faenando le hizo pensar que ni recordaba la última vez que había comido. Miró a su alrededor, no parecía que hubiera nada comestible; sin embargo, en esos barcos que se veían a lo lejos seguro que había pescado. Se arrastró por la ladera y se agazapó a esperar que llegara la noche. Tenía la ropa pegada al cuerpo por el sudor y la humedad, y estaba agotado, pero no podía dormirse. Al poco empezó a llover, caía esa llovizna fina que lo había acompañado muchos de los días en el fuerte. En esta ocasión agradeció que la lluvia aumentara y bebió el agua que caía del cielo.

Se le ocurrió echar un vistazo a la zona que tenía delante. Quería descansar un rato, recobrar el aliento. De pronto, vio una sombra gigantesca que se perfilaba junto a la suya.

—Arrêtez, ne bougez pas! En haut les mains. Stop! —gritó un hombre.

Se volvió y se encontró ante un soldado con el uniforme francés que le

apuntaba con la pistola, mientras, detrás de él, aparecían dos más.

—No disparen —dijo atemorizado—. Me llamo Jovino Fernández. Soy español. Y he huido de una prisión en que me tenían detenido ilegalmente los franquistas. ¿Dónde estoy?

Evadidos

Sólo tres de los 795 presos evadidos lograron cruzar la frontera con Francia: Valentín Lorenzo Bajo, José Marinero Sanz y Jovino Fernández González. Todos los demás o murieron en la fuga, 207 presos, o fueron capturados, ya fuera inmediatamente o en los días siguientes. El último preso atrapado fue Amador Rodríguez Solla, que sobrevivió hasta el 14 de agosto escondido en una cueva comiendo caracoles, ranas y hierbas y al que los compañeros llamarían cariñosamente «Tarzán». En el fuerte, el aislamiento para los fugados no se levantó hasta el 18 de julio. A partir de entonces, los testigos cuentan que las condiciones de vida en la prisión mejoraron: fue destituido el director, Alfonso de Rojas y Rueda, y se procesó por malversación de fondos al administrador, Carlos Muñoz. Finalmente, 14 de los fugados fueron condenados a muerte acusados de ser los promotores de la sublevación, y fusilados públicamente en la Ciudadela de Pamplona el 8 de septiembre de 1938. Todos los demás capturados, 585 presos, fueron condenados a 17 años más de cárcel, a sumar a las penas ya impuestas.

Notas

[1]. Sólidas puertas de verja de hierro, provistas de cerrojos. Han heredado la denominación de rastrillos de las antiguas verjas levadizas que guardaban el acceso a castillos y fortines y cuya forma recordaba la de los rastros o rastrillos campesinos. En el Fuerte de San Cristóbal, rastrillo se llama a todo el túnel que separa la zona penitenciaria de la fortaleza militar. En San Cristóbal, al final de ese túnel, había una verja de metal que impedía entrada y salida.

[2]. Toque militar con que se ordena la retirada de las tropas a sus alojamientos, la llamada para actos determinados, como la comida, etcétera.

[3]. «Bienvenidos a nuestro rincón.»

[4]. «¡Muchas gracias, camarada!»

[5]. «Hoy salimos.» Los presos se comunicaban muchas veces, en esperanto entre ellos.

[6]. «A cada cerdo le llega su San Martín.»

[7]. Presos ricos que con su dinero se labran fácilmente una posición privilegiada en la cárcel. No está claro el origen del nombre, pero parece que se llamaba así a esa zona antes de que el fuerte se convirtiese en prisión. Tenía alguna relación con las personas que se encargaban de los caballos del fuerte.

[8]. «Perro» en caló; se usa para denominar a los presos, por lo general comunes, que se venden a los caballistas para hacerles el trabajo servil, o sea, lavarles la ropa, fregarles los enseres de comer, hacerles la cama...